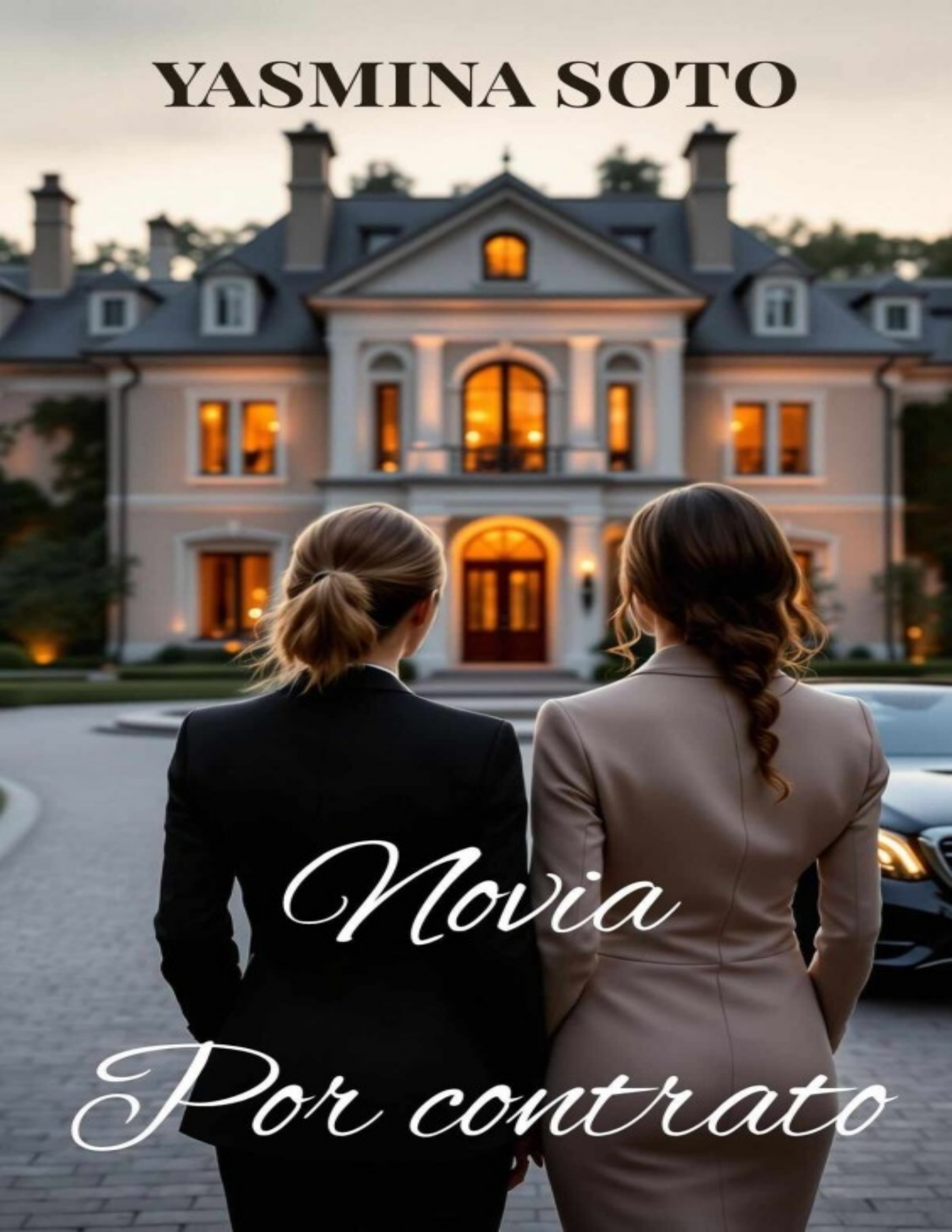
YASMINA SOTO



Novia Por contrato

NOVIA POR CONTRATO

Yasmina Soto

Copyright © 2025 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2504201517919

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo

Capítulo 1

Vega Velasco

Estoy en una cafetería con Elsa, mi confidente y amiga desde hace más de quince años. Trabajamos las dos en la empresa de mi padre, yo soy directora financiera y ella trabaja en Recursos Humanos. Somos una cadena de hoteles que está por todo el territorio español y parte de Latinoamérica. Mi padre tampoco se esforzó mucho en el nombre de la empresa, Grupo Hotelero Velasco. Empezaron tanto él como mi madre con un hotel rural hace muchos años en Galicia, y a medida que iba creciendo iban adquiriendo hoteles que cerraban en distintas partes.

—El café de aquí es malísimo, no sé por qué te empeñas en venir —protesta mi amiga.

—Porque yo no bebo café —afirmo con obviedad—. Las tostadas con aguacate y salmón de aquí están buenísimas.

—En eso te doy la razón, pero necesito encontrar un buen café.

—Ya lo tienes en tu oficina, no necesitas salir para eso —aseguro.

Mi amiga pone los ojos en blanco y miro el reloj, sabiendo que nos queda poco y tenemos que volver al trabajo.

—Tengo entradas para una fiesta privada el sábado —dice cambiando de tema.

—¿Dónde?

—Es un club, discoteca, pub, no tengo muy claro lo que es todavía, sé que se entra por contraseña y me la han pasado.

—Eso suena bastante raro, ¿no será algo con sexo?

—No creo, la persona que me lo pasó es la relaciones públicas y la conozco.

—La conoces, ¿por qué te has acostado con ella? —pregunto con mirada inquisitiva.

—Mira, no me estés liando, si es sexo me lo hubiera dicho. Incluso le dije que iba contigo y te conoce, sabe que no te gusto eso de acostarte con cualquiera y me dijo que sería perfecto, así que no

es nada de un club de intercambio o algo por el estilo, creo que es algo que quieren hacer muy exclusivo y misterioso, para así poder crear esa curiosidad y que la gente vaya.

—Es que como está de moda eso de intercambiar la pareja —respondo riendo.

—No sé de lo que hablas, yo jamás haría algo así.

Me ha cogido bebiendo agua y la escupo al escuchar su respuesta, será mentirosa, si la última relación que ha tenido era abierta. Terminó porque la otra chica no podía aguantar eso de no saber cuándo ella se acostaría con otra persona, porque mi amiga es bisexual y le da igual con quién acostarse. Ella dice que solo le atrae de la persona, no mira el género, yo pienso que eso depende de las tetas que tenga o el paquete que se le marque.

—Elsa, por favor, si tú no has tenido una relación monógama en tu vida.

—Pero eso no significa que haga intercambios. Son abiertas y ya —dice encogiéndose de hombros como si fuese evidente que no es lo mismo.

—No voy a discutir sobre eso.

—Entonces, ¿vamos el sábado?

—Vale, pero si es algo raro, yo me largo de allí.

—Define raro —dice ladeando la cabeza.

—Sexo.

—¿Sabes que esos sitios, primero tienen como un bar y después, si quieres, pasas a las otras salas?

—No lo sé porque nunca he ido y tampoco me interesan.

—Cenaremos primero y después iremos —sentencia antes de llamar al camarero para que nos traiga la cuenta.

—Seguro que no sabes el nombre del local? —pregunto por el extraño misterio.

Veo que mi amiga aprieta los labios, en ese momento, sé que sabe perfectamente a dónde vamos.

—Suelta —exijo.

—Es el Quantum.

—No voy a ir a un local de pijos —protesto saliendo de la cafetería.

—Vamos, Vega, dale una oportunidad. No voy a aceptar un no por respuesta.

—Ya veré lo que hago.

Llegamos al edificio, nos montamos en el ascensor y nos bajamos en la planta donde tenemos las oficinas. Elsa se marcha a su área y yo entro en mi despacho para seguir revisando el contrato de la próxima compra.

Estoy inmersa en los documentos cuando siento que golpean la puerta, levanto la vista y sin decir nada se abre y es mi padre el que entra.

—¿Ha pasado algo? —pregunto preocupada.

—No.

—Es que normalmente me llamas si necesitas algo, ¿qué te ha traído hasta aquí?

—Quería saludar a mi hija —dice tomando asiento.

—Papá, por favor —reclamo recostándome en la silla.

—Tu madre ha organizado una cena para el viernes.

Lo miro sin entender demasiado por qué me avisa él, normalmente lo hace mi madre cuando hay alguna cena. Si no es por eso, casi ni voy a la casa de mis padres. Así que ella siempre hace que al menos una vez al menos nos reunamos para cenar.

—Eso es mañana. ¿Por qué me lo dices tú? —pregunto confusa.

—Te ha organizado una cita con el hijo de una de sus amigas —suelta del tirón.

Miro a mi padre y resoplo, me hago hacia delante y apoyo la cabeza en el escritorio, haciendo como que me golpeo en él.

—No he conseguido sacarle esa idea de la cabeza, Vega, necesito que aceptes.

—¿Por qué tengo que aceptar algo que no quiero? No entiendo esa obsesión por encontrarme a alguien.

—Su alegato es que estás muy sola.

—Quiero estar sola, papá. Es que no sé lo que no entiende —me pongo de pie con frustración—. Si quisiera estar con alguien, lo buscaría, pero no quiero. Muchos de los hombres tienen miedo de las mujeres exitosas. En el ambiente que me rodeo, todos son machitos que quieren cuidar a su mujer y yo no necesito eso.

Mi padre se levanta y aprieta mis hombros y ensancha sus labios en una sonrisa con cansancio. Tras dejar un beso en mi frente como siempre hace, camina hasta la salida y antes de salir se gira y me mira.

—Es el hijo de los Obrador —comenta y abre la puerta para marcharse, pero yo no puedo contener las palabras de mi boca.

—Ni de coña, es un machista de mierda —escupo con rabia.

—Solo tienes que hacer el paripé y ya.

—No quiero hacer eso.

—Te prometo que, si ese hombre intenta propasarse, se marcha calentito de casa, es más, ya he hablado con su padre. Como te insinúe algo, sale de la casa a patadas.

—¿Por qué tenemos que aguantar esto? —pregunto con frustración.

—Te prometo que esta vez será la última, esto ha llegado demasiado lejos.

Tras eso, mi padre sale del despacho y vuelvo a tomar asiento en la silla. Me recuesto en ella y pienso que debo parar de alguna manera a mi madre, porque si no lo hago yo, sé que mi padre no tendrá el suficiente coraje de decirle basta a su mujer.

Capítulo 2

Vega

Estoy en la cafetería de nuevo con mi amiga Elsa, yo escuchando las mismas protestas de siempre, pero no es capaz de decir otro sitio donde desayunar.

—Si sabes que el café es malo, ¿para qué lo pides?

—Me gusta sufrir —dice encogiéndose de hombros.

Pongo los ojos en blanco mientras niego con la cabeza, con ella no se puede.

—Mañana tenemos una cita —apunta alzando la ceja.

—Primero tengo que pasar la de hoy.

—¿Eh? —me mira sin entender de lo que le estoy hablando.

—Mi madre me ha organizado una cita. Me lo ha contado mi padre para que no me pillara desprevenida.

—Vaya con Aurora, queriendo liar a su hija.

—Encima es el hijo de los Obrador.

—¿Samuel?

—Ese mismo, es un gilipollas de manual, un tío que solo sabe presumir del dinero que tiene.

—Es lo que pasa cuando ni follar sabe —suelta mi amiga antes de dar un sorbo a su café.

—Qué bruta eres, qué sabrás tú cómo lo hace.

Mi amiga se muerde los labios y sonríe. Yo la miro fijamente, porque sé que ella sabe algo que no me ha contado.

—Digamos que… entre el pequeño de los Obrador y yo…

—Nooo —digo sin poder contener la risa.

—Una noche de fiesta, bebí más de lo normal y terminamos en los baños de una famosa discoteca, él con el pantalón hasta los tobillos y yo entre sus piernas —relata.

—Vamos, que hiciste cosas con Samuel.

—Más o menos, me entró un ataque de risa. La realidad es que estaba muy bebida; en otras circunstancias hubiese disfrutado algo.

Él también tenía alcohol en el cuerpo.

—No quiero saber lo que hubieras hecho con mi cita de esta noche.

—Solo te pongo sobre aviso por si quieres pasar un rato divertido.

—Qué cabrona eres —digo riendo.

—Entre amigas deberíamos tener una lista de los que nos hemos tirado.

—No pienso acostarme con alguien que se haya acostado contigo —afirmo.

—A mí eso me da igual, un poquito de agua y jabón, limpio se queda para otra batalla.

—Todavía me pregunto por qué sigo siendo tu amiga con lo burra que eres.

—Porque no te lo pasas tan bien con nadie, si no conmigo, qué sería de ti sin mí. Esas fiestas aburridas de pijo, yo te salvo muchas de las veces.

—Elsa, te he tenido que sacar de más de una vez casi que arrastras de algún local.

—Ves, es una labor para mantenerte entretenida —lo dice tan ancha ella.

—Vámonos, que se nos hace tarde, hermanita de la caridad.

Mi amiga me hace una mueca y yo aguanto las ganas de reír, ya que llega el chico con la cuenta.

Cuando entro al despacho y antes de tomar asiento, mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón, al mirarlo veo que es mi madre.

—Mamá, tengo mucho trabajo —suelto nada más descolgar.

—Si yo no te llamo ni te acuerdas de que tienes madre…

Antes de que siga con todo su repertorio de reproches, me quito el móvil de la oreja y camino hasta tomar asiento. Si hubiese un premio de victimismo, mi madre se lo llevaría de calle.

—Vega, Vega

Escucho que grita.

—Sí, mamá, sigo aquí. ¿Qué quieres?

—Esta noche tenemos una cena, era para recordártelo, papá me dijo que ya te lo había dicho.

—Me lo dijo —afirmo—. Ahora necesito seguir trabajando, nos vemos esta noche.

—Vega, espera.

—¿Qué? —digo con desgana.

—Ven con un vestido, no vengas con pantalón.

—No me voy a poner un vestido.

—Hazme el gusto, hija.

No quiero seguir discutiendo de esto, encima que me monta una cita que sé por mi padre, pretende que vaya con vestidito para Samuel, ni de coña, pero necesito quitármela de encima.

—Vale, mamá —respondo y cuelgo de inmediato.

Suspiro pensando que esa mujer jamás se dará por vencida hasta que no me vea casada con algún hijo de sus amigas.

Estoy enfrente de la casa de mis padres, he aparcado cerca de la casa, no he querido entrar el coche porque necesito tener la posibilidad de largarme sin esperar que alguien tenga que abrirme la puerta.

Entro por un lateral del cual tengo llaves y me dirijo hasta la puerta principal, un escalofrío recorre mi cuerpo al recordar porque estoy aquí, no sé si estará mi hermano Lucas, pero lo que tengo claro es que no voy a consentir que mi madre se salga con la suya y yo ceda con tener una cita con ese hombre.

Pulso el timbre de mi casa y me abre Fabiola, la mujer que trabaja en casa de mis padres.

—Buenas noches, Vega —me dice abrazándome.

—Buenas noches —respondo correspondiendo a su abrazo.

Lleva tantos años con mis padres que para mí es una más de la familia, me dará mucha pena cuando se vaya y nos deje, aunque sé que mi padre siempre le dice que cuando se jubile, puede seguir allí sin hacer nada. Ella siempre le dice que se marchará a su pueblo.

—¿Dónde están? —pregunto al separarme de ella.

—En el salón, enseguida pasarán al comedor.

—Gracias.

Camino hasta llegar donde me ha dicho Fabiola, y al entrar veo que por suerte está mi hermano Lucas y suspiro al verlo, sé que con

él tendré un aliado al lado de mi madre. Saludo a todos, a mi padre, hermano y, por último, a mi madre.

—Vega, hija —dice abrazándome—. Te dije que vinieras con un vestido —susurra.

—Es más cómodo así —digo y aprieto la mandíbula de la rabia que siento en ese momento.

Me coloco al lado de mi hermano y hablamos un poco de la empresa. Él se ocupa de visitar los hoteles, casi nunca está en las oficinas, le gusta más el contacto con los empleados y clientes, yo en ese sentido soy más hermética, necesito mi sitio y no ver a tanta gente.

—¿Ya tienes listo el siguiente contrato? —pregunta.

—Estoy en ello.

—Perfecto.

El sonido del timbre se escucha, mi hermano me mira y yo expulso el aire por la nariz sabiendo quiénes son las personas que faltan.

—¿Esperamos a alguien más? —pregunta Lucas mirando a nuestra madre.

—Sí, son los Obrador —responde ella.

Cuando vemos que entra el matrimonio, que ni siquiera recuerdo sus nombres, como siempre los llaman por su apellido. Tampoco es que tenga un interés especial en saberlo. Por último, entra Samuel, de él sí que sé su nombre.

—Creo que te han preparado una cita —susurra mi hermano.

—Lo sé —indico asqueada.

—Me sentaré a tu lado, te protegeré de ese degenerado —asegura mi hermano riendo.

—Eres mi hermano pequeño, te debería de proteger yo, pero me alegra que te sientes a mi lado y así me quitas de encima a ese hombre.

—Esto será divertido —afirma cuando mi madre nos indica que tenemos que ir a la mesa.

Nos hemos saludado con cortesía para después dirigirnos al comedor y tomar asiento. Mi hermano se sienta a mi lado, por

suerte me he sentado en una esquina, yo respiro aliviada por haber cumplido su promesa.

Cenamos mientras se hablan de cosas de las empresas y posibles proyectos, no es hasta los postres que mi madre se lanza a hablar.

—Vega, deberías de salir un día con Samuel —propone.

Muestro mi mejor sonrisa y no respondo a eso.

—A mí me encantaría —indica Samuel.

—Ves, Vega, el muchacho quiere conocerte —insiste mi madre.

—Yo ya lo conozco.

—Nunca hemos coincidido —dice él.

—¿Te acuerdas de Elsa? —pregunto.

—No.

—Trabaja con nosotros, Elsa Marrero. Rubia, de mi altura, delgada. Ella sí te recuerda. Una noche de fiesta, mucho alcohol...

Samuel me mira abriendo mucho los ojos y empieza a entrarle los calores porque se revuelve en la silla.

—Pero eso es tu amiga, hija, deberías de darle una oportunidad de conocerlo —insta mi madre.

—Mamá, ya vale —dice mi hermano.

—No vale —suelta ella—. Ella necesita a un hombre.

—Yo no necesito a nadie, mamá, hasta ahora he sabido vivir la vida sin nadie a mi lado.

Samuel se ha quedado mudo desde que le conté lo de Elsa, ya parece hasta ausente en la conversación. Mi madre sigue exigiendo que debo tener una cita con Samuel, hasta que mi hermano explota.

—¡Ya basta! —grita dando un golpe en la mesa que pilla a todos desprevenidos—. Ella ya está conociendo a alguien —asegura.

Casi me atraganto con mi propia saliva al escucharlo y mi reacción es darle un codazo por lo que acaba de decir.

—¿Es verdad eso, Vega? —pregunta mi madre.

No sé qué responder, pero sé que, si digo que no, seguirá insistiendo en que salga con Samuel, así que me uno a la mentira de mi hermano.

—Sí —certifico.

—Pues tienes que presentarlo —comienza a decir mi madre y yo miro a mi hermano, para que me saque de esta.

—Mamá, deja que ella se afiance en la relación, ya habrá tiempo de presentaciones. Aparte es una mujer la que está conociendo.

Casi muero de un infarto a esa afirmación, miro a mi madre que está con la mandíbula desencajada, no sé si se acuerda de respirar, porque esa mujer se ha quedado pálida.

Cuando mi madre va a decir lago, es mi padre quien le dice que ya basta, que ya la presentaré cuando esté segura.

Al final los postres no se alargan mucho y más con la conversación que acabamos de tener, así que yo comunico que me voy y mi hermano hace lo mismo. Tras despedirnos de nuestros padres y de los allí presentes, salimos de la casa.

—Eres idiota. ¿Dónde voy a encontrar yo a alguien?

—Contratas —dice como si fuera fácil—. Así mamá dejará de molestar. La realidad es que su discurso cansa demasiado.

—Una mujer, Lucas. ¿Dónde encuentro una mujer?

—Joder, Vega, hay miles de mujeres en el mundo, estarás más segura con una chica que con un chico. No hagas dramas.

Resoplo desesperada, porque ahora, por culpa de mi hermano, tengo que encontrar a una mujer a quien presentar a mi familia y así mi madre me deje tranquila, y que la chica no crea que vamos a tener una relación en realidad.

Capítulo 3

Natalia García

El poco bullicio de la cafetería ya ni siquiera lo percibo después de doce horas de turno. Mis pies laten dentro de mis zapatos, estoy agotada. El local está casi vacío, solo quedan dos ejecutivos discutiendo sobre números en la esquina, y una pareja de adolescentes que comparten un batido con dos pajitas, ajenos al mundo que los rodea.

—¿Te importaría traerme la cuenta, guapa? —me pregunta uno de los ejecutivos, alzando su mano.

Asiento con una sonrisa mecánica, esa que he perfeccionado durante años de servicio al cliente. La que dice "estoy encantada de atenderte", cuando en realidad estoy pensando en lo mucho que me gustaría estar en cualquier otro lugar, preferiblemente detrás de mi cámara.

Mientras camino hacia la caja, pienso en esta mañana, antes del primer turno, hice algunas fotos del amanecer espectacular en la Plaza Mayor. Los destellos del sol saliendo bañaban los edificios históricos, y un grupo de palomas atravesó el encuadre justo cuando presioné el obturador. Perfecta sincronización y composición. Y aquí estoy, doce horas después, calculando la propina que estos tipos dejarán, si es que dejan alguna.

—Son catorce con cincuenta —digo, entregando la cuenta.

El ejecutivo más joven saca su tarjeta y la deja caer con un gesto que pretende ser elegante. Me recuerda a esos personajes de las películas que creen que el mundo gira a su alrededor. Mientras proceso el pago, miro el reloj: nueve menos cuarto. Quince minutos más y termina mi turno. Los ejecutivos se marchan y yo empiezo a recoger la mesa.

—¡Natalia! —la voz de Raquel, mi compañera de la barra me sobresalta—. Tu compañero de piso está en la puerta.

Me giro y ahí está Oliver, con su eterna sonrisa traviesa y ese aire de quien acaba de descubrir el secreto del universo. Viene vestido como si fuese a una fiesta, con una camisa negra ajustada y esos vaqueros que se compró en la boutique donde trabaja su último ligue.

—Espera cinco minutos —le digo gesticulando. Él asiente y se sienta en la barra, donde Raquel ya le está sirviendo su café cortado de siempre.

Sigo recogiendo lo que me queda mientras escucho fragmentos de la conversación entre Oliver y Raquel. Él está especialmente animado esta noche, moviendo las manos mientras habla, sus ojos brillan. Está tramando algo.

Por fin, los últimos clientes salen por la puerta. Son las diez en punto cuando me quito el delantal y me desato el pelo, liberándolo de la cola de caballo que me obliga a llevar el protocolo del café.

—¡Nat, no te vas a creer lo que tengo! —Oliver prácticamente salta de su taburete cuando me acerco.

—Déjame adivinar... ¿Por fin te han ascendido en la agencia? —pregunto, aunque sé por su expresión que es algo más interesante.

—Mejor. Mucho mejor —saca su teléfono y me muestra una foto de lo que parece ser una tarjeta negra con un código QR—. ¿Sabes qué es esto?

—¿Un pase para el metro? —digo no muy convencida.

La realidad es que estoy cansada y lo único que quiero es llegar a casa, darme una ducha y acostarme a dormir.

Oliver rueda los ojos teatralmente y suspira con desgana al saber que no tengo ninguna intención saber más.

—Es la entrada al Quantum.

Mi corazón da un vuelco. El Quantum es ese club ultra privado del barrio Salamanca del que todo el mundo habla, pero al que nadie parece haber entrado realmente. Se rumorea que es donde las élites de Madrid se mezclan con artistas, donde se gestan proyectos millonarios y carreras artísticas.

—¿Cómo demonios has conseguido eso? —pregunto, inclinándome para ver mejor la imagen.

Oliver sonríe con aire misterioso.

—¿Recuerdas a Alejandro, el empresario que conocí en aquella exposición de arte contemporáneo?

—¿El del Porsche blanco?

—El mismo. Digamos que hemos estado pasando tiempo juntos —Oliver mueve las cejas sugestivamente—. Y puede que en un momento de intimidad haya conseguido que me diera acceso.

—Oliver —le regaño, aunque no puedo evitar sonreír—. Eres terrible.

—Soy práctico. Y esta noche, tú y yo vamos a colarnos en el mundo de los ricos y famosos.

—Esta noche no puedo, Oliver, estoy agotada, solo quiero llegar a casa e irme a la cama.

—Excusas, te das una ducha y quedarás como nueva.

—Hoy no —insisto.

—Es una oportunidad para conocer a gente importante. Es hoy, Nat, mañana quizá no la tengamos.

Raquel, que ha estado escuchando toda la conversación mientras limpia la máquina de café, interviene:

—Deberías ir, Nat. Siempre estás hablando de conseguir contactos para tu fotografía. ¿Qué mejor lugar que ese?

Tiene razón. Llevo años tratando de que alguien importante vea mi trabajo, enviando porfolios a galerías que nunca responden, publicando en Instagram sin conseguir la visibilidad que necesito. Quizás esta sea la oportunidad que he estado esperando.

—Vale —digo finalmente—. Pero necesito una ducha rápida.

—Tenemos tiempo de convertirte en Cenicienta. En esa mujer que dejará deslumbrada a la *jet set* de Madrid.

—Eres idiota —respondo tirándole el paño que tengo en la mano.

Caminamos por las calles de Madrid mientras mi amigo me dice todos los contactos que puedo hacer en el club, yo fantaseo con esa idea. Al llegar al piso, Oliver es el que decide lo que me voy a poner y es: un vestido negro con unos tacones.

—Tengo las piernas reventadas —me quejo.

—Piensa que es para un futuro mejor, para dejar atrás ese trabajo de tortura e iniciar el principio de tu nueva vida.

—¿Y si no hago contactos? —pregunto con preocupación.

—Al menos lo habrás intentado, Natalia —dice y hace una pausa antes de continuar—. Eres increíble tras la cámara. Quien no lo quiera ver es que está ciego. Hay que dar el primer paso y es este, Natalia.

Él siempre me ha apoyado en todo, incluso cuando he querido tirar la toalla. Estaba ahí, dándome aliento cuando lo he necesitado.

—Eres el mejor amigo del mundo, ¿lo sabías?

—Lo sé, lo sé. Y ahora date prisa, que el carruaje nos espera.

El "carruaje" resulta ser un Uber que Oliver ha pedido. Durante el trayecto, me cuenta más detalles sobre Alejandro y cómo consiguió realmente la contraseña. Al parecer, no fue solo durante un momento de intimidad, sino que llevaba semanas planeándolo, ganándose su confianza. La realidad es que se lo ha robado.

—¿No te da miedo que se entere? —pregunto, mientras nos acercamos a la zona más exclusiva de Madrid.

—¿Alejandro? Qué va. Está en Barcelona. Además, el código QR cambia cada semana. Para cuando se dé cuenta, si es que se da, ya habrá expirado.

El Quantum no tiene letrero ni nada que indique que es un club. Solo una puerta negra en un edificio antiguo, custodiada por un hombre trajeado que podría pasar por un modelo de Hugo Boss. Oliver se acerca con la confianza de quien ha nacido para estos ambientes, mientras yo intento que no se note que los tacones me están matando.

—Buenas noches —saluda mi amigo, mostrando el código QR en su teléfono.

El portero lo escanea con un dispositivo y asiente levemente.

—¿Los dos? —pregunta señalándome.

—Por supuesto —responde Oliver con una sonrisa encantadora.

Las puertas se abren y entramos en otro mundo. El interior del Quantum es como una mezcla entre una galería de arte contemporáneo y un club de jazz de los años 50. Las paredes están cubiertas de obras que reconozco de algunos de los artistas más cotizados del momento. La iluminación es tenue, creando atmósferas diferentes en cada rincón.

—Esto es —susurro, pero no encuentro las palabras.

—Increíble, ¿verdad? —Oliver me guía hacia la barra principal, donde un camarero con aspecto de alquimista prepara cócteles que parecen obras de arte en sí mismos.

—No puedo permitirme nada de esto —digo, mirando la carta de precios.

—Esta noche yo invito. Considéralo una inversión en tu futuro como fotógrafa famosa.

—¿También le has robado dinero a Alejandro? —pregunto muy pegada a su oído.

Él ríe antes de contestar.

—Ya me gustaría, pero no. Esto, como te he dicho, es una inversión hacia un futuro mejor.

Pedimos dos cócteles con nombres impronunciables y nos mezclamos entre la gente. Reconozco algunas caras de revistas y televisión, pero la mayoría son desconocidos que, sin embargo, rezuman ese aire de importancia que solo da el dinero o el poder.

Me encantaría capturar todo esto: las sombras que proyectan las esculturas, las expresiones de la gente cuando creen que nadie los observa. Pero sé que, en un lugar como este, la discreción es crucial.

—Mira quién está allí —susurra, señalando con la cabeza hacia un rincón—. Es Manuel Serra.

El nombre me hace contener la respiración. Manuel Serra es uno de los galeristas más importantes de Madrid, conocido por descubrir nuevos talentos y convertirlos en estrellas del mundo del arte.

—Deberías hablar con él —dice Oliver.

—¿Estás loco? ¿Qué le voy a decir?

—La verdad. Que eres una fotógrafa con talento que necesita una oportunidad.

Antes de que pueda protestar, Oliver me empuja suavemente en dirección a Serra. Mi corazón late tan fuerte que temo que se escuche por encima de la música ambiental. El galerista está solo, en su mano sostiene una copa de vino tinto. Pero cuando me voy a acercar, veo que lo hacen dos mujeres y me quedo parada sin saber muy bien qué hacer. No quiero interrumpir nada y parece que él esté encantado de hablar con ellas.

Regreso a la barra donde está mi amigo, él habla con alguien mientras me sigue con la mirada. Cuando llego hasta donde está, acaricia mi brazo.

—Habrá otra oportunidad, la noche es larga.

Asiento y puede que la haya o no, pero lo que sí quiero es disfrutar de esta oportunidad que tengo y no quiero perderla, porque quizá jamás vuelva a entrar al Quantum y tengo que aprovechar para hacer algún contacto.

Capítulo 4

Vega

Voy en el coche con Elsa camino al Quantum. Durante todo el trayecto no ha parado de hablar de lo exclusivo que es este sitio y lo difícil que es conseguir una entrada. Nunca me había interesado ese local, sabía de su existencia, pero jamás he tenido curiosidad. Es un sitio donde solo unos cuantos pueden acceder. Me pregunto si no han intentado engañar a mi amiga, ya que es muy raro que ella pueda tener acceso y a saber cuánto habrá pagado por ese código.

—¿Y si es una estafa? —pregunto mientras busco un aparcamiento.

—No lo es, ya te he dicho que conozco a la relaciones públicas.

—Sí, porque te has acostado con ella —respondo poniendo los ojos en blanco.

—No me he acostado con ella, solo nos hemos besado un par de veces.

—Para ti eso es conocer a alguien.

—Oye, que yo soy muy formal.

No puedo evitar reírme de su comentario mientras aparco el coche. Caminamos hasta la puerta donde hay un hombre que parece más un modelo que un portero.

—¿Sabes? Lo que dijo mi hermano anoche me ha estado rondando la cabeza todo el día —comento mientras esperamos nuestro turno.

—¿Qué dijo?

—Que contratara a alguien para fingir ser mi pareja y así mi madre me deje en paz.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunta Elsa mientras muestra el código QR al portero.

—¿Estás loca? ¿Contratar a una desconocida? ¿Y si es una psicópata?

Entramos al local y me quedo impresionada por la decoración. Es una mezcla perfecta entre elegancia y modernidad. Las luces tenues crean una atmósfera íntima y sofisticada.

—¿Por qué hablas en femenino?

—Porque el idiota de mi hermano dijo que estaba con una mujer.

Elsa no puede contener la risa.

—Hubiese pagado por ver la cara de tu madre ante esa afirmación. Le dará un infarto si llegas con una mujer a casa.

—No quiero contratar a una mujer —digo con desgana.

—Es mejor una mujer, piénsalo. Tu madre quiere que tengas pareja, tu hermano te ha dado la coartada. Además, sería una forma perfecta de que te deje en paz de una vez por todas.

Mientras pienso en su sugerencia, Elsa pide nuestras bebidas. La idea no es tan descabellada como parece inicialmente. Con una mujer me sentiría más cómoda y segura, y definitivamente mi madre dejaría de intentar emparejarme con los hijos de sus amigas.

Mi amiga me va diciendo candidatas que podrían ser para fastidiar a mi madre y que mi plan salga perfecto. Nos reímos con la posibilidad de que la mujer que me ha parido se espantaría con cual más, incluso yo mismo, todas tan correctas, tan perfectas. Tras decirme varias opciones a mí no me motiva ninguna, demasiada elegancia y se ve que no lo harían por un poco de dinero.

—Creo que este no es el lugar para hacer ese contacto, aquí hay mucha gente con dinero, no creo que tengan la necesidad de llegar a un negocio conmigo.

—Quizá tengas razón, pero encontraremos a alguien en otro lugar —asegura ella bebiendo de su copa.

Mi amiga se apoya en la barra y se queda observando al otro extremo. Yo desvío la mirada y no acierto a saber a quién está mirando exactamente. Observo a mi amiga sin entender a quién mira, chasqueo los dedos delante de ella para que salga del trance.

—Mira —dice Elsa de repente, señalando discretamente hacia un rincón—. ¿Ves a esa chica del vestido negro? La que parece que quiere acercarse a Manuel Serra, pero no se atreve.

Dirijo mi mirada hacia donde indica y veo a una joven morena, bastante guapa, que efectivamente parece debatirse entre acercarse

o no al famoso galerista.

—Se nota que no pertenece a este ambiente —continúa Elsa—. Pero tiene algo... una mezcla de vulnerabilidad y determinación. Podría ser perfecta.

—¿Perfecta para qué?

—Para tu plan. Es guapa, parece inteligente y definitivamente necesita dinero si está aquí intentando hacer contactos.

—No puedo simplemente acercarme a una desconocida y proponerle que finja ser mi novia —protesto.

—¿Por qué no? Es una transacción comercial como cualquier otra. Ella obtiene dinero y contactos, tú obtienes paz y libertad.

Observo a la chica con más atención. Hay algo en su manera de moverse, en cómo observa todo a su alrededor, que me intriga. No parece el tipo de persona que frecuenta estos lugares, pero tampoco parece intimidada por el ambiente.

—Vale, supongamos que acepto esta locura. ¿Cómo sugieres que me acerque?

—Déjamelo a mí —dice Elsa con una sonrisa que conozco demasiado bien—. Voy a crear una situación natural, pero primero vamos a saludar a Manuel Serra, no podemos…

Se queda a medias y tira de mí, rápido. Cuando me veo, estamos saludando al señor Serra y la chica se aleja con cara de decepción. Mi amiga tenía razón, ella está aquí para hacer contactos. Me quedo mirándola fijamente y se dirige hacia donde hay un chico y habla con él. Ahora mismo me siento una mezquina, le he quitado la oportunidad de hablar con alguien que quizá podría cambiar su futuro.

Yo estoy entre mirando a la chica de la barra y a la conversación que tengo delante, pero la realidad es que no sé de lo que hablan, es mi amiga quien tiene el control. La chica se va a lo que parece el baño, y vuelvo a dirigir mi atención únicamente a la conversación. Cuando me doy cuenta, le estoy dando dos besos alseñor Serra para despedirnos.

—Que empiece el espectáculo —dice mi amiga.

Antes de que pueda detenerla, Elsa se dirige hacia la chica con paso decidido, acaba de salir del baño y va en su dirección. La veo

"tropezar" accidentalmente cerca de ella, derramando parte de su bebida.

—¡Lo siento muchísimo! —exclama Elsa con una actuación digna de un Goya.

Me acerco rápidamente, siguiendo el guion no escrito que mi amiga ha creado.

—Elsa, ¿estás bien? —pregunto, para luego dirigirme a la chica—. Discúlpala, a veces es un poco torpe.

—No pasa nada —responde ella con una sonrisa amable—. Por suerte no me ha manchado.

—Soy Vega —me presento—. Y esta torpe es mi amiga Elsa.

—Natalia —dice ella, y noto cierta tensión en su postura, como si temiera que descubriéramos que no debería estar aquí.

—¿Primera vez en el Quantum? —pregunta Elsa, quien obviamente no conoce el concepto de sutileza.

Natalia duda un momento antes de responder.

—Sí, he venido con un amigo —dice, señalando hacia la barra donde un chico conversa animadamente con otros clientes.

—Nosotras también, es nuestra primera vez —comento, intentando que se sienta más cómoda—. ¿Te apetece tomar algo con nosotras?

Veo la duda en sus ojos, pero finalmente asiente. Mientras caminamos hacia la barra, noto cómo Elsa me guiña un ojo, satisfecha de haber logrado el primer contacto.

Pedimos otra ronda de bebidas y comenzamos a charlar. Descubro que Natalia es fotógrafa, aunque actualmente trabaja como camarera para pagar las facturas. Habla con pasión sobre su arte, sobre la luz y las sombras, sobre capturar momentos que otros no ven.

—¿Y tú? —me pregunta—. ¿A qué te dedicas?

—Soy directora financiera del Grupo Hotelero Velasco —respondo, y noto cómo sus ojos se abren ligeramente al reconocer el nombre.

—Vaya, debe ser un trabajo interesante —dice, y aprecio que intenta no parecer impresionada.

—Lo es, aunque a veces puede ser complicado. Especialmente cuando tu madre está empeñada en casarte con algún hijo de sus amigas —añado, siguiendo el plan que Elsa y yo habíamos trazado sin palabras.

—Eso suena intenso —comenta Natalia con una pequeña sonrisa.

—No te haces una idea —interviene Elsa—. Deberías ver las cenas que organiza su madre. Son como un mercado matrimonial del siglo XIX.

Natalia ríe y noto cómo se relaja un poco más. La conversación fluye naturalmente y, por momentos, casi olvido que esto empezó como un plan para encontrar a alguien que fingiera ser mi pareja.

—¿Y has pensado en...? No sé, ¿hacer algo para que tu madre deje de intentar emparejarte? —pregunta Natalia después de un rato.

Es el momento perfecto, la apertura que estábamos esperando. Miro a Elsa, quien asiente imperceptiblemente.

—De hecho... —empiezo, pero me interrumpe el amigo de Natalia, que se acerca apresuradamente.

—Nat, tenemos que irnos —dice con urgencia—. Acabo de ver entrar a Alejandro.

Veo cómo el color abandona el rostro de Natalia.

—Ha sido un placer conocerlas —dice apresuradamente—. Pero tenemos que marcharnos.

Antes de que se vaya, saco una tarjeta de mi bolso.

—Toma —le digo—. Me gustaría hablar contigo de una propuesta de negocios.

Natalia toma la tarjeta con manos temblorosas y la guarda en su bolso antes de seguir a su amigo hacia la salida.

—Bueno —dice Elsa cuando nos quedamos solas—. Ha sido interesante.

—¿Crees que llamará?

—Por supuesto que llamará. ¿Has visto cómo miraba este sitio? Necesita contactos y dinero, y tú puedes ofrecerle ambas cosas.

—¿Y si no es buena idea?

—Vega, a veces las mejores ideas parecen locuras al principio. Además, ¿qué es lo peor que puede pasar?

Miro hacia la puerta por donde ha desaparecido Natalia y no puedo evitar preguntarme en qué me estoy metiendo. Pero por primera vez desde que mi madre empezó con su cruzada matrimonial, siento que podría tener una solución.

—¿Más champán? —pregunta Elsa, sacándome de mis pensamientos.

—Por favor —respondo—. Creo que voy a necesitarlo.

Capítulo 5

Natalia

Corro por la calle tanto como me permiten los tacones, agarrada al brazo de Oliver. Mi corazón late con fuerza, mitad por el miedo a ser descubierta y la otra por la extraña sensación que me ha dejado el encuentro con Vega Velasco.

—¡Para, para! —suplico cuando estamos lo suficientemente lejos —. No puedo más con estos zapatos.

Oliver se detiene y me ayuda a apoyarme en una pared mientras me quito los tacones. El frío del suelo me hace estremecer cuando lo noto en los pies descalzos.

—¿Crees que Alejandro nos vio? —pregunto, todavía jadeando.

—No, pero no podíamos arriesgarnos —responde Oliver, vigilando la calle.

—Dijiste que estaba en Barcelona —protesto.

—Eso me había dicho, pero ya ves cómo mienten los hombres.

—Las mujeres también lo hacen, creo que eso viene innato en el ser humano.

—Yo no miento —se justifica.

—Oliver, acabamos de estaren un local donde no entraríamos ni de broma. Le has robado el pase a un tío que te beneficias y hemos accedido como si fuéramos de la alta sociedad. Si eso no es mentir —digo, poniendo los ojos en blanco.

Mi amigo sonríe y se encoge de hombros, para después sujetarme el brazo y seguir caminando.

—¿Has conseguido al menos hablar con Serra?

Niego con la cabeza y busco en mi bolso la tarjeta que me entregó Vega.

—Pero conseguí algo más interesante —digo, mostrándosela.

—¿Vega Velasco? —lee Oliver, alzando las cejas—. ¿La Vega Velasco del Grupo Hotelero?

—La misma. Y me ha dicho que tiene una propuesta de negocios para mí.

Oliver me mira impresionado.

—Bueno, puede que esta noche no haya sido un completo desastre después de todo.

Mientras caminamos hacia casa, con los tacones en la mano, le cuento a Oliver sobre la conversación con Vega y Elsa. Sobre cómo parecían estar buscando algo específico, aunque no llegué a enterarme de qué.

—¿La vas a llamar? —pregunta cuando llegamos a nuestro portal.

—No lo sé —respondo sinceramente—. ¿Y si solo estaba siendo amable?

—Nadie da su tarjeta personal solo por ser amable, Nat. Especialmente alguien como ella.

Entramos al apartamento y me dejo caer en el sofá, exhausta. La tarjeta de Vega parece quemar en mi bolso. La saco y la observo bajo la luz: papel grueso, letras elegantes en relieve, un número de teléfono directo.

—¿Sabes? —dice Oliver mientras se sirve un vaso de agua—. Creo que deberías llamarla el lunes mismo.

—¿No es demasiado pronto?

—En ese mundo, quien duda pierde. Además, ¿qué tienes que perder?

Miro a mi alrededor, a nuestro pequeño apartamento compartido con muebles de segunda mano. Pienso en mis turnos interminables en la cafetería, en mi cámara guardada porque no tengo tiempo ni recursos para dedicarme a lo que realmente amo.

—Tienes razón —digo finalmente—. La llamaré el lunes.

—Esa es mi chica —sonríe Oliver—. Y ahora, cuéntame más sobre esa amiga suya, Elsa. Me pareció ver que te miraba de una manera bastanteinteresante.

—¡Oliver! —le lanzo un cojín que esquiva riendo—. No empieces.

—Solo digo lo que vi —se defiende, levantando las manos—. Además, ¿no notaste algo raro en cómo se desarrolló todo? Como si hubieran planeado hablar contigo.

Frunzo el ceño, pensando en ello. Es cierto que hubo algo extraño en todo el encuentro, como si Elsa hubiera provocado deliberadamente ese "accidente" con la bebida.

—¿Crees que debería preocuparme?

—Creo que deberías estar intrigada —responde Oliver—. Y creo que el lunes lo averiguaremos.

Me levanto del sofá, decidiendo que necesito una ducha y dormir. Ha sido una noche demasiado intensa.

—Por cierto —dice Oliver cuando estoy a punto de entrar al baño —. Si te proponen algo ilegal o raro, recuerda que siempre puedes decir que no.

Asiento, agradecida por tener un amigo que se preocupa por mí. Bajo el agua caliente de la ducha, repaso mentalmente la conversación con Vega. Había algo en ella, una mezcla de autoridad y vulnerabilidad que me intrigó. Y esa manera de hablar sobre su madre y las citas.

Me meto en la cama pensando en qué tipo de propuesta de negocios podría tener para mí. ¿Quizás trabajar como fotógrafa para sus hoteles? Sería un sueño hecho realidad. Pero algo me dice que hay más, mucho más detrás de todo esto.

Me despierto el lunes antes de que suene la alarma, con la mente todavía dando vueltas a los acontecimientos del sábado por la noche. La tarjeta de Vega descansa sobre mi mesita de noche, donde la dejé antes de acostarme. La tomo entre mis dedos, pasando el pulgar por el relieve de las letras.

El sonido de Oliver preparando café me saca de mis pensamientos. Me levanto y me dirijo a la cocina, donde mi compañero de piso ya está completamente vestido y arreglado.

—Buenos días, Cenicienta —me saluda con una sonrisa—. ¿Has decidido ya a qué hora vas a llamar a tu hada madrina?

—No es mi hada madrina —respondo, robándole un sorbo de su café—. Y todavía no estoy segura de sí debería llamar.

—¿Por qué no? —pregunta, apartando su taza de mi alcance—. Hazte tu propio café, por cierto.

Mientras preparo mi café, le expongo mis dudas:

—¿No te parece extraño? Una de las mujeres más importantes del sector hotelero se interesa de repente por una camarera que se coló en un club exclusivo.

—Primero —dice Oliver levantando un dedo—, no eres solo una camarera. Eres una fotógrafa talentosa que circunstancialmente trabaja de camarera.

—Vale, pero...

—Segundo —me interrumpe levantando otro dedo—, no se interesó por ti de repente. Hubo toda una conversación, y por lo que me contaste, parecía bastante interesante.

Me siento en la pequeña mesa de la cocina con mi café y una tostada. Oliver tiene razón, la conversación con Vega fluyó de manera natural. Había algo en su manera de hablar, en cómo me escuchaba cuando le conté sobre mi fotografía.

—¿Sabes qué es lo que más me intriga? —digo después de un momento—. La manera en que hablaba sobre su madre y las citas arregladas. Era como si estuviera buscando una salida.

—¿Y si esa salida tienes que ver contigo? —sugiere Oliver.

Lo miro sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Piénsalo. Una mujer de alto nivel social, presionada por su familia para casarse, conoce a una chica que necesita una oportunidad —deja la frase en el aire, moviendo las cejas.

—No estarás sugiriendo... —lo miro entrecerrando los ojos.

—Solo digo que hay muchas formas de hacer negocios, Nat. Y algunas son más creativas que otras.

Miro el reloj y me doy cuenta de que voy a llegar tarde al trabajo si no me doy prisa.

—Tengo que irme —digo, levantándome de un salto—. Y tú estás viendo demasiadas películas románticas.

—¡Llámala después del trabajo! —me grita mientras corro al baño—. ¡Y no te olvides de contarme todo!

Durante mi turno en la cafetería, no puedo evitar que mi mente divague hacia Vega. Mientras sirvo cafés y limpio mesas, repaso una y otra vez nuestra conversación, buscando pistas sobre qué tipo de propuesta podría tener para mí.

—¡Natalia! ¡Natalia! —la voz de mi compañera me devuelve a la realidad—. La mesa cuatro lleva cinco minutos esperando su cuenta.

—Lo siento —murmuro, dirigiéndome hacia los clientes.

Para cuando termina mi turno, estoy agotada pero decidida. Saco la tarjeta de mi bolso y mi teléfono. Me siento en un banco del parque cercano a la cafetería, respirando hondo antes de marcar el número.

Un tono, dos tonos, tres…

—Despacho de Vega Velasco —responde una voz que no es la suya.

—Hola, soy Natalia. La señora Velasco está esperando mi llamada.

Hay un silencio al otro lado de la línea. Como si esperara más información que no tengo.

—Un momento, por favor —dice la voz.

—¿Natalia? —esta vez sí es la voz de Vega—. Me alegro de que hayas llamado.

—Espero no molestar.

—Para nada. De hecho, me preguntaba si podrías venir a mi oficina. Hay algo que me gustaría proponerte.

Miro mi ropa: el uniforme de la cafetería no es exactamente apropiado para una reunión de negocios.

—¿Cuándo te vendría bien? —pregunto, calculando mentalmente si me daría tiempo a ir a casa a cambiarme.

—¿Qué tal ahora mismo? —propone—. Prometo que vale la pena.

—Estoy con la ropa del trabajo, acabo de terminar mi turno.

—Ven, no te vas a arrepentir, por favor.

Hay algo en su tono, una mezcla de autoridad y súplica, que me hace tomar una decisión impulsiva.

—De acuerdo. Dime la dirección.

Mientras anoto la dirección en mi teléfono, no puedo evitar preguntarme en qué me estoy metiendo. Pero como diría Oliver, ¿qué tengo que perder?

—Te espero entonces —dice Vega—. Natalia, gracias por llamar.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono durante un momento. Luego, envío un mensaje rápido a Oliver:

—Voy a su oficina ahora mismo. Si no te escribo en dos horas, llama a la policía.

La respuesta llega casi instantáneamente:

—¡Ve a por ella! Y no te preocupes, tengo el teléfono de emergencias en marcación rápida.

Con una mezcla de nervios y expectación, me dirijo hacia la dirección que me ha dado Vega. Mientras camino, no puedo evitar pensar en las palabras de Oliver sobre formas creativas de hacer negocios. ¿Qué tipo de propuesta puede ser tan urgente que no puede esperar a que me cambie de ropa?

Supongo que estoy a punto de averiguarlo.

Capítulo 6

Vega

Miro el reloj por enésima vez mientras espero la llegada de Natalia. Desde que recibí su llamada, mi mente no ha parado de dar vueltas, pensando en cómo plantear esta descabellada propuesta.

—Deja de dar vueltas, me estás mareando —dice Elsa, que está sentada en el sofá de mi despacho—. Pareces un león enjaulado.

—¿Y si dice que no? ¿Y si piensa que estoy loca? Esto es una locura —aseguro finalmente.

—¿Y si dejas de preocuparte por algo que aún no ha pasado? —responde mi amiga—. Además, va a venir, eso ya es una buena señal.

El teléfono suena y mi corazón da un vuelco.

—Señorita Velasco, Natalia García ha llegado.

—Hazla pasar, por favor.

Elsa se levanta y me da un apretón en el hombro.

—Me voy a mi despacho. Llámame cuando acabes y me cuentas cómo ha ido.

Justo cuando Elsa sale, Natalia entra. Lleva el uniforme de camarera y parece algo incómoda, pero mantiene la cabeza alta. Me gusta eso, demuestra carácter.

—Gracias por venir tan pronto —digo, indicándole que tome asiento—. ¿Te apetece algo de beber?

—No, gracias —responde, sentándose con cuidado—. Siento venir así vestida, no debo parecer la misma chica que en el local…

—No te preocupes por eso —la interrumpo—. Lo importante es que hayas venido.

Me siento frente a ella, separadas por mi escritorio. Durante unos segundos, ninguna dice nada. Es un silencio incómodo que rompo rápido.

—Supongo que te estarás preguntando por qué te he hecho venir con tanta urgencia.

—La verdad es que sí —admite—. El sábado mencionaste una propuesta de negocio.

—Sí, bueno —me paso la mano por el pelo, nerviosa—. Es algo un poco peculiar.

Natalia me mira expectante, y decido que lo mejor es ser directa.

—Necesito que finjas ser mi novia.

Sus ojos se abren de par en par y por un momento temo que se levante y salga corriendo. Pero no lo hace. En su lugar, inclina ligeramente la cabeza, como si estuviera procesando la información.

—¿Es una broma? —pregunta finalmente.

—No, no lo es —respondo, y procedo a explicarle la situación—. Mi madre está obsesionada con emparejarme con los hijos de sus amigas, eso ya te lo había mencionado la otra noche. Hace unos días organizó una cena para presentarme a un tipo que... bueno, digamos que no es mi tipo.

—Y quieres que yo finja ser tu novia para que te deje en paz —completa ella.

—Exacto.

—¿Por qué yo? Eres heterosexual, la prensa siempre te ha emparejado con señores, ¿por qué no buscar un hombre?

Es una buena pregunta. Una que me he estado haciendo desde anoche.

—Porque pareces inteligente y discreta. Porque creo que necesitas contactos y yo puedo proporcionártelos. Y... —dudo un momento— porque creo que podríamos ayudarnos mutuamente. Con un hombre no podría ser, ya que mi hermano dijo que era una mujer. Aparte siendo justas, me siento mucho más cómoda teniendo al lado a una mujer, que a algún hombre que pueda confundirse y pretender algo que no va a suceder. Así que la opción de mi hermano me parece una buena idea.

—Y de paso también enfadas a tu madre con que eres bisexual —afirma moviéndose incómoda en la silla.

—Podría ser —respondo.

—¿Qué obtendría yo exactamente?

Me inclino hacia adelante, apoyando los codos en el escritorio.

—Un sueldo mensual generoso, acceso a eventos donde podrías conocer gente importante del mundo del arte, y la posibilidad de mostrar tu trabajo fotográfico en nuestros hoteles.

Veo cómo sus ojos brillan ante la última parte, pero mantiene la compostura.

—¿Y qué tendría que hacer exactamente?

—Acompañarme a eventos familiares y sociales, actuar como mi pareja cuando sea necesario, y... —hago una pausa— ayudarme a convencer a mi familia de que por fin he encontrado a alguien.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Seis meses inicialmente. Después podríamos reevaluar la situación.

Natalia se recuesta en la silla, pensativa. Puedo ver las dudas en su rostro, pero también un destello de interés.

—¿Y qué pasa con la parte física? —pregunta, sonrojándose.

—Nada que te haga sentir incómoda —me apresuro a aclarar—. Quizás algunos gestos de afecto en público, cogernos de la mano, ese tipo de cosas. Todo dentro de los límites que establezcamos de mutuo acuerdo.

Se hace un silencio mientras ella procesa toda la información. Contengo el impulso de seguir hablando, de tratar de convencerla. En su lugar, espero pacientemente mientras ella considera la propuesta. Porque sé que no puedo obligarla a nada, es ella quien de forma voluntaria debe aceptar el acuerdo. Me siento mal haciendo esto, pero sé que tengo que hacerlo para quitarme de encima a mi madre.

—¿Puedo pensarlo? —dice finalmente.

—Por supuesto —respondo, tratando de ocultar mi decepción—. Tómate el tiempo que necesites.

Me levanto y saco una carpeta de mi cajón.

—Aquí está todo por escrito —digo, entregándosela—. El contrato, las condiciones, la compensación. Léelo con calma y si tienes alguna duda o quieres negociar algún punto, estoy abierta a ello.

Natalia toma la carpeta y la guarda en su bolso.

—Te daré una respuesta mañana —dice, poniéndose de pie.

—¿Tan pronto? —pregunto confusa, pensando que debía de necesitar más tiempo para tomar una decisión como esa.

—No soy de las que se pasan días dándole vueltas a las cosas —responde con una pequeña sonrisa—. O es buena idea o no lo es.

Veo como se aleja dirigiéndose hasta la puerta, consciente de que las próximas veinticuatro horas van a ser eternas.

—Natalia —la llamo antes de que salga—. Gracias por escucharme y no salir corriendo.

Ella se gira y me mira directamente a los ojos.

—Todavía no he dicho que sí.

—Lo sé. Pero el hecho de que lo estés considerando ya significa mucho.

Cuando la puerta se cierra tras ella, me dejo caer en mi silla y suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo.

Me quedo mirando el espacio vacío donde estuvo sentada. Mi mente es un torbellino de pensamientos contradictorios. ¿En qué momento se me ocurrió que esto podría ser una buena idea? El plan sonaba mucho mejor en mi cabeza, después de tres copas de vino y la insistencia de Elsa de que la idea de mi hermano era buena.

Elsa, necesito hablar con ella. Marco su número nerviosa.

—Cuéntamelo todo —dice nada más descolgar—. ¿Cómo ha ido?

—Va a pensárselo —respondo, masajeándome las sienes—. Pero, Elsa, me miraba como si estuviera completamente loca.

—Vega, le acabas de proponer a una desconocida que finja ser tu novia. Por supuesto que te iba a mirar como si estuvieras loca.

—Gracias por el apoyo moral —gruño—. ¿Sabes qué es lo peor? Que cuando estaba aquí sentada, explicándole el plan, una parte de mí deseaba que dijera que no.

—¿Por qué?

Me levanto y camino hacia la ventana, observando el ajetreo de la ciudad.

—Porque si dice que sí, esto se vuelve real. Ya no es solo una idea loca, sino algo que realmente voy a hacer. Voy a mentir a mi familia, a mis amigos, a todo el mundo.

—Ya mientes ahora —señala Elsa—. Cada vez que vas a una de esas citas arregladas y finges interés. Cada vez que le dices a tu

madre que 'ya llegará la persona adecuada'.

—Es diferente.

—¿Lo es? —puedo imaginar a Elsa arqueando una ceja—. Al menos esta vez la mentira podría llevarte a algo bueno.

—¿Como qué?

—Como libertad —responde sin dudar—. Libertad para respirar, para ser quién eres sin la presión constante de tu madre y sus expectativas medievales.

Me dejo caer en el sofá de mi despacho, cerrando los ojos.

—¿Y si todo sale mal? ¿Y si Natalia acepta y luego resulta ser... no sé, una persona horrible? ¿O si alguien descubre la verdad?

—¿Y si sale bien? —contraataca Elsa—. ¿Y si resulta ser exactamente lo que necesitas para ganar tiempo y espacio?

—Hay tanto en juego... —murmuro—. La empresa, la reputación de la familia...

—La empresa es de tus padres, tú solo eres la contable, no habrá un escándalo porque la hija de los Velasco ahora está con una mujer. Y en cuanto a la reputación, ¿cuándo vas a dejar de mantener las apariencias? Tienes que vivir, Vega.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago. Tiene razón, como siempre.

—Cuando la vi entrar —confieso en voz baja—. Por un momento pensé en echarme atrás. Pero luego la vi alzar la cabeza, tan digna a pesar de estar claramente incómoda con su uniforme de camarera en mi oficina. Hay algo en ella, Elsa. Algo auténtico.

—Lo sé, por eso la elegimos, ¿recuerdas?

—¿Y si dice que no?

—Entonces buscaremos otra candidata —responde Elsa con firmeza—. Pero creo que dirá que sí.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque puede conseguir salir de esa cafetería y hacer lo que realmente quiere. Que va a ser la novia de Vega Velasco. No todos los días puedes tener una relación con alguien tan importante.

Me incorporo de golpe.

—Elsa... —advierto—. No me gustan las mujeres. Yo no soy como tú. No empieces.

—No estoy empezando nada —ríe.

—Esto es un acuerdo de negocios —recalco—. Nada más.

—Por supuesto —dice en un tono que sugiere exactamente lo contrario—. Un acuerdo de negocios que implica cogerse de las manos, aparecer juntas en público y convencer a todo el mundo de que están locamente enamoradas. Totalmente profesional.

—Te odio.

Sé que Elsa solo me está molestando, algo muy habitual en ella.

—No, me adoras. Y por eso soy la única que puede decirte estas cosas —hace una pausa—. ¿Quieres que vaya a tu despacho? Podemos revisar el contrato mientras esperamos su respuesta.

—No —respondo después de un momento—. Necesito estar sola y pensar.

—De acuerdo. Pero Vega...

—¿Sí?

—Pase lo que pase mañana, estoy orgullosa de ti.

Cuelgo el teléfono y miro al exterior. En algún lugar ahí fuera, Natalia está leyendo mi propuesta, decidiendo si quiere formar parte de esta locura.

Me pregunto qué pensará realmente de todo esto. De mí. ¿Me verá como una empresaria desesperada? ¿Como una rica caprichosa? ¿O quizás vea lo que hay detrás de todo esto?

El teléfono vibra con un mensaje de mi madre:

—¿Cuándo podemos cenar para conocer a la persona que estás conociendo?

Cierro los ojos y respiro hondo. Por favor, Natalia, di que sí. Di que sí, y ayúdame a escapar de esta jaula dorada que yo misma he ayudado a construir.

Mañana sabré su respuesta. Mañana todo podría cambiar.

Capítulo 7

Natalia

El metro va casi vacío a esta hora de la tarde. Sentada, abro la carpeta que Vega me ha dado. Las hojas están perfectamente ordenadas, con separadores y notas adhesivas marcando los puntos importantes. Por supuesto que sería así de meticulosa.

Empiezo a leer el contrato mientras el vagón avanza. Los términos son claros: seis meses de "relación", apariciones públicas programadas, una generosa compensación mensual y me detengo en seco al ver la cifra. Es más dinero del que gano en seis meses en la cafetería. Mi boca se seca al ver tal cantidad que está puesta en ese documento.

Mi teléfono vibra. Es Oliver.

—¿Ya eres millonaria?

—Más bien he entrado en una dimensión paralela.

—¡Cuéntame! ¿Estás en casa? —pregunta.

—Estoy en el metro. En veinte minutos llegaré.

—Perfecto, llevo pizza, porque estoy seguro de que no has comido nada.

Sonrío y guardo el teléfono. Oliver y comida, justo lo que necesito para procesar esta locura.

Cuando llego a casa, el olor a pizza llegada inunda el apartamento. Oliver está sentado en el sofá con una cerveza en la mano.

—Vale, suéltalo —dice, después de ir a buscar una cerveza para mí—. ¿Qué propuesta indecente te ha hecho la empresaria sexy?

Le lanzo un cojín a la cabeza mientras me dejo caer en el sofá.

—Quiere que finja ser su novia.

Oliver se atraganta con la cerveza.

—¿Perdón? —tose—. ¿He oído bien?

—Perfectamente —saco el contrato de mi bolso—. Incluso hay un documento legal y todo.

Oliver me mira incrédulo, no sabe ni qué decir. Alterna la mirada entre el documento que todavía tengo en mis manos y mis ojos.

—Esto es coña —dice quitándome la carpeta.

—Es un acuerdo de negocios —digo encogiéndome de hombros.

—Un acuerdo de negocios que implica besarse en público —dice, ojeando el contrato.

—No dice nada de besos —corrijo—. Solo muestras de afecto apropiadas y creíbles.

—Ah, claro, porque cogerse de las manos es totalmente creíble para una pareja adulta —ironiza—. ¿Qué más pone?

Yo empiezo a devorar un trozo de pizza mientras él lee. Veo la expresión de asombro de mi amigo según va leyendo.Con sinceridad esto parece que Vega solo quiere reírse de mí, pero es verdad, hay un contrato que me ha dado, así que esto ahora mismo es lo mas real que me ha pasado en mi vida.

—Joder, Nat —silba al ver la compensación—. Con esto podrías dejar la cafetería y dedicarte a la fotografía.

—Lo sé —murmuro—. Es tentador.

—¿Tentador? ¡Es la oportunidad de tu vida! —deja el contrato y me mira seriamente—. ¿Cuál es el problema?

Me levanto y empiezo a caminar por la sala.

—¿El problema? ¿Además de mentir a todo el mundo? ¿De fingir ser algo que no es? ¿De pretender estar enamorada de alguien que apenas conozco?

—¿Y no te parece interesante conocerla mejor? —pregunta con una sonrisa sugerente.

—Oliver —digo poniendo mis manos en la cara.

—¿Qué? Solo digo que es guapa, inteligente, y claramente está tan desesperada como tú.

—¡Yo no estoy desesperada!

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una cita?

Me detengo en seco.

—Eso no viene al caso.

—Viene totalmente al caso —insiste—. Mira, sé que desde lo de Andrea te has encerrado en ti misma.

—No metas a Andrea en esto —le interrumpo bruscamente.

—Vale, vale —levanta las manos en señal de paz—. Solo digo que quizás esto sea justo lo que necesitas. Un cambio, una aventura...

—¿Una aventura basada en una mentira? Joder, que esto es irreal, Oliver.

—Es una oportunidad, Nat. Una que no creo que se te presente en otra ocasión.

—Es un contrato —susurro convenciéndome de que la idea no es tan descabellada.

—Por ahora —sonríe.

—¡Para! —le tiro otro cojín—. No voy a hacer esto porque Vega sea guapa.

—Ah, ¿pero admites que es guapa?

Me dejo caer de nuevo en el sofá, derrotada.

—Eres imposible. Todos tenemos ojos en la cara para saber que Vega Velasco es una mujer cotizada. Soltera, con dinero, por lo poco que he hablado con ella, la cabeza bien amueblada. Pero es una locura.

—Eres una cobarde si no aceptas.

—¿Cobarde?

—Sí, cobarde —repite—. Solo estás poniendo excusas.

—No son excusas.

—Nat —me interrumpe, ahora serio—. ¿Cuánto tiempo llevas soñando con poder dedicarte a la fotografía? Esta mujer te está ofreciendo exactamente eso, más contactos en el mundo del arte, más exposición...

—A cambio de una mentira.

—A cambio de ayudarla —corrige—. ¿No te da curiosidad saber por qué alguien como ella necesita recurrir a algo así?

Pienso en la manera en que Vega hablaba de su madre, de las expectativas familiares, de la presión.

—Parecía atrapada —admito.

—¿Y no te gustaría ayudarla a escapar? —pregunta suavemente —. Mientras tú también escapas de tu propia jaula. Te has encerrado y no haces nada para avanzar, esto es una oportunidad —insiste.

Miro el contrato sobre la mesa. Seis meses que podrían cambiar mi vida. O arruinarla por completo. Solo hay que fingir una relación,

solo serán unos cuantos eventos y después seré libre para dedicarme a lo que realmente quiero.

—¿Y si todo sale mal? —susurro la pregunta que más me asusta.

Oliver sonríe con ternura.

—No va a salir nada mal, Nat. Solo hay que tener bien las reglas, puedes incluir una cláusula que después de ese tiempo se confirma que la relación ha terminado. No sé, hay tantas cosas que puedes hacer para protegerte tú también, aunque he de reconocer que el contrato por lo que he leído es bastante claro.

—Esto es una locura —insisto.

—Una que puede llevarte a ser la persona que quieres. Esa fotógrafa de éxito que todo el mundo admira.

Pienso en lo que me dice Oliver, realmente ni siquiera ser admirada, solo quiero cumplir mi sueño de vivir de lo que realmente quiero, y sé que con la ayuda de Vega Velasco puedo conseguirlo. Solo seis meses me repito insistentemente.

Cojo mi teléfono y miro la hora. Ya es tarde, miro a mi amigo que me observa expectante.

—Le prometí una respuesta mañana.

—¿Y?

Respiro hondo y tecleo un mensaje:

—¿Podemos vernos mañana para discutir los detalles del contrato?

La respuesta llega casi inmediatamente:

—¿Desayuno a las nueve? Conozco un lugar discreto.

Miro a Oliver, que observa atento.

—¿Qué hago?

—La pregunta es: ¿qué no harías por cumplir tus sueños?

Vuelvo a mirar el teléfono y, con el corazón latiendo fuerte, respondo:

—De acuerdo. Mándame la dirección.

Cuando levanto la vista, Oliver está sonriendo de oreja a oreja.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —dice.

—¿Qué?

—Que voy a poder decir 'te lo dije' cuando tenga que ir a ver una exposición de fotos de mi amiga y compañera de piso.

Esta vez, el cojín le da de lleno en la cara.

Mañana mi vida puede empezar a cambiar, y tengo la sensación de que estoy viviendo una alucinación y que cuando me despierte simplemente todo era un sueño.

Capítulo 8

Vega

El sitio que he elegido para el desayuno está en una calle tranquila del centro, lo suficientemente alejado de las zonas de negocios como para evitar encuentros incómodos. Llego veinte minutos antes, necesito tiempo para calmarme y repasar mentalmente todos los puntos que quiero discutir.

La camarera me trae el tercer café de la mañana. Apenas he dormido, dando vueltas en la cama, imaginando mil escenarios diferentes para esta conversación. El mensaje de Natalia anoche me tomó por sorpresa, estaba convencida de que rechazaría la propuesta directamente.

La campanilla de la puerta suena y mi corazón da un vuelco. Natalia entra, vestida con vaqueros y una camisa blanca simple. Sin el uniforme de camarera, parece diferente, más relajada. Nuestras miradas se encuentran y me levanto automáticamente.

—Buenos días —dice, acercándose a la mesa—. Espero no llegar tarde.

—Para nada, yo llegué antes —respondo, indicándole que se siente—. ¿Has desayunado?

—No, la verdad.

Llamo a la camarera y Natalia pide un café con leche y tostadas. Hay un momento de silencio incómodo mientras esperamos que traigan su pedido.

—Has leído el contrato —digo finalmente. No es una pregunta.

—Sí —saca la carpeta de su bolso—. Tengo algunas preguntas.

—Por supuesto.

La camarera trae el desayuno de Natalia y esperamos a que se aleje antes de continuar.

—¿Por qué seis meses? —pregunta, yendo directa al grano.

Me recuesto en la silla, considerando la respuesta.

—Es tiempo suficiente para establecer una relación creíble y su eventual ruptura sin levantar sospechas. Menos tiempo podría parecer poco serio, más tiempo sería complicado.

Natalia asiente lentamente, untando mantequilla en su tostada.

—¿Y qué pasa después? ¿Cómo se supone que terminaremos esta relación?

—De forma amistosa —respondo—. Diremos que nos dimos cuenta de que funcionamos mejor como amigas. Sin dramas, sin escándalos.

—¿Y tu familia se lo creerá?

—Mi madre, estoy segura de que se alegrará, ella esto no lo va a aprobar —sonrío sin humor—. Pero para entonces ya habrá pasado suficiente tiempo como para que la presión por emparejarme haya disminuido. Preferirá no agobiarme antes de que vuelva a elegir una mujer.

Natalia toma un sorbo de café, estudiándome por encima de la taza.

—¿Por qué yo? —pregunta de nuevo—. Y esta vez quiero la verdad, no la versión comercial que me diste ayer.

Su directa honestidad me descoloca por un momento, pero es justo que sepa el porqué de la elección sobre ella.

—Porque no perteneces a mi mundo —admito finalmente—. No tienes conexiones con mi círculo social, lo que hace menos probable que alguien descubra la verdad. Y porque —dudo un momento—, porque hay algo en ti que inspira confianza.

—¿Basándote en qué? ¿En una breve conversación en un club?

—En tu mirada —respondo sin pensar—. En la forma en que hablas, directa y sin pretensiones. En cómo mantuviste la dignidad ayer en mi oficina a pesar de sentirte incómoda. Todos tenemos una ambición, la tuya no se mueve por dinero, eso me tranquiliza. Eres una persona que prefiere ganarse las cosas por si mismas, no te veo como mujer florero o una chantajista.

Sus mejillas se colorean ligeramente, pero mantiene mi mirada.

—¿Y qué hay de las apariciones públicas? —cambia de tema, volviendo al contrato—. ¿Qué tipo de eventos serían?

—Principalmente, cenas familiares, algún evento de la empresa, quizás una o dos galas benéficas —enumero—. Nada demasiado mediático.

—¿Y la prensa?

—Los medios locales ocasionalmente cubren eventos del sector hotelero, pero no soy exactamente una celebridad —sonrío—. Aunque tendremos que ser cuidadosas con las redes sociales.

Natalia asiente, pasando las páginas del contrato hasta llegar a un punto específico.

—Aquí habla de 'comportamiento apropiado y creíble como pareja' —lee—. ¿Qué implica exactamente?

Siento calor en las mejillas.

—Como mencioné ayer, nada que te haga sentir incómoda. Cogerse de las manos, algunos abrazos, quizás... —me aclaro la garganta—, algún beso casual en la mejilla.

—¿Y si no es suficiente? —pregunta en voz baja—. ¿Si alguien duda de la autenticidad de la relación?

—Improvisaremos —respondo—. Pero siempre dentro de los límites que acordemos. Si en algún momento te sientes incómoda, tienes derecho a decir no.

—¿Y tú? —sus ojos marrones me miran intensamente—. ¿Qué límites tienes tú?

La pregunta me pilla desprevenida. Nadie me había preguntado por mis límites antes.

—Yo supongo que los mismos. Respeto mutuo, comunicación clara, nada que nos haga sentir incómodas a ninguna de las dos.

Natalia termina su café y se queda en silencio un momento, como tomando una decisión.

—Una última pregunta —dice finalmente—. ¿Qué pasa si una de las dos conoce a alguien durante estos seis meses? ¿Alguien real?

Mi estómago se contrae ante la pregunta. En mis planes no está conocer a alguien, estoy bien sola. No quiero a ningún hombre que se crea con derecho a decir qué tengo o no que hacer.

—El contrato incluye una cláusula de exclusividad durante su vigencia —respondo profesionalmente—. Por el bien de la credibilidad del acuerdo.

—¿Y si sucede de todos modos? Los sentimientos no entienden de contratos. Puede aparecer alguien.

Nuestras miradas se encuentran, veo en su expresión que me exige una respuesta, pero mi lado empresarial me dice que ese contrato hay que cumplirlo, en cambio, al observarla sé que ella no es como yo, a ella la mueven otras cosas, por eso la he elegido, me recuerdo.

—En ese caso —respiro hondo—, supongo que tendríamos que hablarlo y encontrar una solución.

Natalia asiente lentamente y saca un bolígrafo de su bolso.

—¿Tienes una copia del contrato?

Mi corazón se acelera.

—¿Eso significa que aceptas?

—Eso significa —dice, mirándome directamente— que estoy lo suficientemente loca como para intentarlo.

Saco una copia del contrato de mi maletín con manos temblorosas. Natalia lo firma sin dudar y me lo pasa. Veo que ha rellenado sus datos con bolígrafo, sé que esto hay que hacerlo bien, pero me vale con que ahora lo firme.

—Tu turno —dice.

Mientras firmo, no puedo evitar preguntarme si acabo de cometer el mayor error de mi vida o si, por el contrario, acabo de hacer algo extraordinariamente correcto.

—Entonces —dice Natalia cuando termino de firmar—, ¿ahora somos oficialmente novias falsas?

No puedo evitar reír. Esto es una locura, pero tengo que hacerlo para quitarme la presión de mi familia.

—Supongo que sí.

—¿Y cuál es el primer paso en este plan descabellado?

—Tenemos que planear cómo nos conocimos, pero antes de eso —miro mi reloj y sonrío —. ¿Tienes planes para comer después? Hay alguien que deberías conocer.

—¿Tan pronto con las presentaciones?

—Si vamos a hacer esto —respondo—, necesitaremos toda la ayuda posible.

Natalia recoge sus cosas y se levanta.

—¿Quién?

—Mi amiga Elsa. ¿Lista para tu primera actuación como mi novia?

—¿Tengo opción?

—Siempre tienes opción —respondo seriamente—. En todo momento —sujeto su brazo antes de que siga caminando —. No quiero que te sientas obligada a nada.

Me mira por un largo momento antes de sonreír.

—Entonces sí, estoy lista. Vamos a conocer a tu mejor amiga... cariño.

El término de afecto, aunque dicho en broma, hace que mi estómago dé un vuelco. ¿En qué me he metido?

Me despido de Natalia una vez fuera del café y quedamos a una hora en un restaurante apartado del centro. La veo alejarse tan despreocupada, por lo que acaba de firmar que tengo miedo de que esto sea un error por mi parte. Es tan inocente, no sabe qué se va a meter en un mundo donde el poder es quien manda.

Capítulo 9

Natalia

Regreso al apartamento y como era de esperar, Oliver no está. Es lunes, yo lo tengo libre. Pienso en la conversación con Vega y sonrío, esto es una locura, pero sé que me dará una estabilidad económica que ahora mismo no tengo y que es una oportunidad para conocer a gente del sector que puede ver mi trabajo.

Cuando se acerca la hora del almuerzo, recibo un WhatsApp de Vega:

—Te recojo en un punto que me indiques y así vamos las dos juntas.

—Hola —saludo.

—Perdona, hola. Es que llevo un día de mucho ajetreo.

—Podemos hacer esto en otro momento —propongo.

—No, es hoy. Elsa ya ha reservado un sitio discreto, ella va directamente y yo pasaré a recogerte.

—Si me dices dónde estás, puedo ir yo.

—Natalia, es a las afueras de Madrid y prefiero recogerte —insiste.

—Está bien, te mandaré la ubicación.

—Perfecto. Salgo de aquí en media hora.

Cincuenta minutos después, me estoy subiendo al coche de Vega. Estamos en silencio durante el trayecto, cada una absorta a sus propios pensamientos. Llegamos al destino y aparca para después bajarnos del coche.

El restaurante que Elsa ha elegido para el almuerzo es exactamente como esperaba: elegante, discreto y probablemente con precios que no quiero ni imaginar. Vega camina a mi lado con la confianza de alguien que pertenece a este mundo. Yo intento no parecer demasiado fuera de lugar.

—Relájate —murmura Vega mientras entramos—. Elsa no muerde.

—¿Estás segura? Porque tengo la sensación de que esto es más un interrogatorio que un almuerzo.

Vega sonríe.

—Bueno, técnicamente eres mi primera novia. Es normal que quiera interrogarte.

—Tu primera novia falsa —corrijo en voz baja.

—Detalles, detalles...

Elsa ya está sentada en una mesa del fondo, con una copa de vino blanco en la mano. Al vernos, se levanta con una sonrisa sabiendo que todo esto es un montaje.

—¡Por fin! —exclama, abrazando a Vega antes de girarse hacia mí—. Natalia, me alegro tanto de verte de nuevo.

Su abrazo me pilla por sorpresa, pero lo devuelvo torpemente.

—Igualmente —respondo, sentándome junto a Vega.

—He pedido vino —anuncia Elsa—. Creo que esta ocasión lo merece.

—Elsa... —advierte Vega.

—¿Qué? ¿No puedo celebrar que mi mejor amiga por fin haya encontrado el amor?

Me atraganto con el agua que estaba bebiendo. Vega le lanza una mirada asesina.

—¿No habíamos quedado en que esto sería discreto? —pregunto asustada.

—Oh, tranquila —Elsa hace un gesto despreocupado—. Nadie puede oírnos. Además, es ideal que ya os vean juntas aquí.

Un camarero se acerca con la carta y aprovecho para esconderme tras ella, intentando procesar la situación. Los precios, como temía, son astronómicos. No podría pagar esto ni de broma.

—Pide lo que quieras —murmura Vega, inclinándose hacia mí—. Yo invito.

—Por supuesto que invita ella —confirma Elsa—. Tranquila, Natalia, yo tampoco podría pagar estos precios —comenta riendo—. Por eso está bien tener una amiga como Vega, ahora que serás su novia, puedes permitírtelo.

—Elsa... —vuelve a advertir Vega.

—Vale, vale —ríe Elsa—. Seré seria. Hablemos de los detalles prácticos. ¿Habéis acordado ya vuestra historia?

—¿Historia? —pregunto.

—Cómo os conocisteis, cuándo empezó todo, la gente preguntará.

Miro a Vega, que parece tan perdida como yo.

—No habíamos llegado a esa parte —admite.

—Por suerte me tenéis a mí —Elsa saca una tablet de su bolso—. He preparado algunas opciones creíbles.

—Por favor, dime que no has hecho una presentación PowerPoint —suplica Vega.

—Por supuesto que he hecho una presentación PowerPoint. ¿Me conoces o no?

Durante la siguiente media hora, mientras comemos un menú degustación que cuesta más que mi alquiler, Elsa nos presenta tres posibles escenarios para nuestro "romance". Cada uno está meticulosamente detallado, con líneas temporales y posibles preguntas que la gente podría hacer.

—Me inclino por la versión del encuentro casual en una galería de arte —dice finalmente—. Es romántico pero creíble, y se ajusta a los intereses de ambas.

—¿Mis intereses? —pregunto, sorprendida.

—La fotografía —responde Elsa como si fuera obvio—. Nos dijiste en el Quantum que eras fotógrafa.

Miro a Vega, que de repente parece muy interesada en su plato.

—Aficionada —corrijo—. Trabajo en una cafetería.

—Por ahora —dice Elsa con una sonrisa enigmática—. En fin, ¿qué os parece? ¿Nos quedamos con la historia de la galería?

Vega me mira, esperando mi opinión.

—Supongo que tiene sentido —respondo—. Es más fácil de recordar si nos mantenemos cerca de la verdad.

—Excelente —Elsa hace algunas anotaciones—. Ahora, sobre las redes sociales.

—¿Qué pasa con ellas? —pregunto sin comprender a qué se refiere.

—Necesitamos establecer una presencia gradual. Algunas fotos casuales juntas, quizás algún comentario coqueto…

—Elsa —interrumpe Vega—. ¿No crees que vas demasiado rápido?

—El tiempo es oro, querida. Y hablando de tiempo... —mira su reloj— ¿no tienes una cena familiar este fin de semana?

Vega palidece visiblemente.

—No pensarás... —sus palabras salen con un susurro.

—Es la oportunidad perfecta —insiste Elsa—. Una cena informal en casa, controlada, con pocas personas. El escenario ideal para presentar a tu nueva novia.

—Es demasiado pronto —protesto—. Apenas nos conocemos.

—Precisamente por eso es perfecto —argumenta Elsa—. Si esperamos demasiado, será más sospechoso que nadie supiera nada antes. Aparte, ya Vega soltó que está conociendo a alguien.

Vega me mira con expresión de disculpa.

—Tiene razón —dice suavemente.

Tomo un largo sorbo de vino, considerando la situación. Una cena con la familia de Vega. Con su madre. La misma que la presiona constantemente sobre su vida personal.

—¿Quiénes estarían? —pregunto finalmente.

—Mis padres, mi hermano menor, quizás mi tía Elena —responde Vega—. Es una cena mensual bastante informal.

—Define informal.

—En términos de mi madre —interviene Elsa—, significa que solo necesitarás un vestido de cóctel en lugar de uno de gala.

Genial. Justo lo que necesitaba oír. ¿Qué será un vestido de cóctel?

—No tengo... —no encuentro las palabras exactas para no parecer una paleta y afirmar que no tengo ni idea de lo que me está hablando.

—Yo me encargo del vestido —interrumpe Elsa—. Y del maquillaje, y del peinado. Consideradlo parte de mi inversión en esta operación.

—¿Tu inversión? —pregunto.

—Por supuesto —sonríe—. ¿Crees que hago todo esto solo por diversión?

—¿No es así? —digo intercambiando las miradas entre las dos mujeres que hay en la mesa.

—Bueno, principalmente sí —admite—. Pero también quiero ver a mi mejor amiga feliz. Y libre.

La manera en que mira a Vega me hace pensar que hay mucha más historia detrás de todo esto de lo que imaginaba.

—Está bien —digo finalmente—. Iré a la cena.

—¡Perfecto! —Elsa aplaude—. Ahora, sobre el vestido, estaba pensando en algo en azul marino...

Mientras Elsa se lanza a una detallada descripción del atuendo perfecto, miro a Vega. Está mordisqueándose el labio, un gesto que empiezo a reconocer como señal de nerviosismo.

—Hey —susurro, tocando suavemente su mano sobre la mesa—. ¿Estás bien?

Se sobresalta ligeramente ante el contacto, pero no retira la mano.

—Sí, es solo... —me mira con una mezcla de culpa y gratitud—, gracias por hacer esto.

—Aún no he hecho nada.

—Estás aquí —responde simplemente.

Y por alguna razón que no quiero analizar demasiado, esas dos palabras hacen que mi corazón se acelere.

—Entonces —la voz de Elsa nos devuelve a la realidad—, ¿quedamos el sábado a las cuatro para prepararte?

Asiento, preguntándome en qué momento mi vida se convirtió en una película romántica.

—Una cosa más —dice Elsa con una sonrisa traviesa—. ¿No deberíais practicar un poco? Ya sabéis, para que parezca natural.

—¿Practicar qué? —pregunto, aunque temo la respuesta.

—Esto —responde, señalando nuestras manos, que siguen unidas sobre la mesa.

Vega y yo nos separamos como si nos hubiera dado una descarga eléctrica. Elsa ríe.

—Oh, esto va a ser tan divertido —asegura con una sonrisa Elsa.

Y mirando a Vega, que ahora está completamente sonrojada, no puedo evitar pensar que "divertido" no es exactamente la palabra que yo usaría. Interesante, tal vez. O peligroso. Probablemente ambas cosas.

Capítulo 10

Natalia

Ayer Oliver no llegó a nuestro apartamento, se quedó en casa de alguien. Estaba hecha un manojo de nervios después de la reunión de Vega y Elsa, maldije que no viniera, pero no puedo exigirle que pare su vida para contarle la locura de la mía.

—¿Este sábado? —Oliver casi se atraganta con su café—. ¿No es demasiado pronto?

Estamos en la cafetería donde trabajo, aprovechando mi descanso. Le he estado contando sobre la reunión.

—Eso dije yo —respondo, robándole un trozo de croissant—. Pero, aparentemente, cuanto antes mejor.

—¿Y estás lista para conocer a la temible señora Velasco?

—Para nada —me hundo en la silla—. Ni siquiera sé cómo comportarme en una cena así. ¿Cuántos cubiertos se supone que hay que usar?

—YouTube tiene tutoriales para todo —bromea—. Pero en serio, ¿qué te preocupa más? ¿Los modales en la mesa o fingir estar enamorada de Vega?

Le lanzo una mirada asesina.

—No ayudas.

—Solo digo que al menos tu "novia" es guapa —sonríe—. Podrías haber acabado fingiendo amor eterno por alguien horrible.

—No es mi novia.

—Todavía.

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra con un mensaje de Elsa:

"Boutique Nouveau, en media hora. Sin excusas."

—Tengo que irme —suspiro—. Elsa insiste en que necesito un vestido nuevo.

—¿La mejor amiga está contribuyendo en tu transformación? Me gusta su estilo.

—Es ridículo —protesto—. No necesito...

—Nat —me interrumpe Oliver—. Vas a cenar con una de las familias más influyentes de la ciudad. Claro que necesitas un vestido nuevo.

—Todo esto es una locura.

—La mejor clase de locura —sonríe—. Y ahora ve. No hagas esperar a tu hada madrina.

La boutique que Elsa ha elegido es exactamente el tipo de lugar donde nunca me atrevería a entrar por mi cuenta. El tipo de tienda que ni siquiera muestra los precios en el escaparate porque, si tienes que preguntar, probablemente no puedas permitírtelo.

Vega ya está allí cuando llego, luciendo tan elegante como siempre en un traje sastre gris perla. Me saluda con una sonrisa tímida que hace que mi estómago dé un vuelco inexplicable.

—Llegas justo a tiempo —dice Elsa, arrastrándome hacia los probadores—. Tengo varias opciones seleccionadas.

—No tengo mucho tiempo, he de volver al trabajo.

—Será rápido —asegura.

Los "varios" vestidos resultan ser una colección completa. Azules, verdes, negros... todos elegantes, todos probablemente más caros que mi alquiler de tres meses.

—Esto es ridículo —protesto desde el vestidor, luchando con la cremallera de un vestido azul marino—. No puedo usar algo tan caro para una simple cena.

—No es una simple cena —la voz de Elsa suena firme—. Es tu presentación oficial como novia de Vega Velasco. Y créeme, Aurora Ferrer notará cada detalle. No podemos dejar nada al azar.

Respiro hondo, mirándome en el espejo del vestidor. El vestido es hermoso, tengo que admitirlo. La tela cae perfectamente, el color resalta mi piel, pero me siento como una impostora.

—¿Natalia? —llama Elsa—. Sal para que podamos verte.

Cierro los ojos un momento, reuniendo valor, y abro la cortina.

El silencio que sigue me pone nerviosa.

—¿Tan mal está? —pregunto, aunque la expresión en el rostro de Vega me dice todo lo contrario.

—Está... —Vega, se aclara la garganta—, perfecto.

Nuestras miradas se encuentran en el espejo y algo en su intensidad hace que me falte el aire. Nunca nadie me había mirado así.

Elsa se acerca y, sin previo aviso, suelta mi cabello. Los mechones caen sobre mis hombros y noto cómo Vega contiene el aliento.

—Mucho mejor —asiente Elsa—. ¿Vega?

—¿Hmm? —Vega, parece salir de un trance.

—¿Sigues con nosotras?

—Sí, claro —responde rápidamente—. El vestido es perfecto.

La forma en que lo dice, casi sin aliento, hace que mis mejillas se calienten.

El resto de la sesión pasa entre la elección de zapatos, accesorios y planes para mañana. Elsa insiste en que necesitamos "practicar" y, aunque la idea me pone nerviosa, sé que tiene razón.

—Os quiero a las dos en mi casa a las cuatro —ordena—. Sin excusas.

—No puedo a esa hora.

—¿A qué hora puedes? —pregunta Elsa suspirando.

—A las ocho, tengo un trabajo que no puedo dejar.

—Podrías hacerlo, por lo que te paga mi amiga.

—Claro, y después, si esto sale mal tengo que volver a pedir que me vuelvan a admitir porque fue el capricho de una rica para joder a su familia —suelto enfadada.

—No dejaría que te quedaras sin un ingreso, y mucho menos por mi culpa —dice Vega intentando poner paz.

—Está bien, a las ocho en mi casa. Hay que practicar.

—¿Practicar qué exactamente? —pregunto, aunque temo la respuesta.

—Todo —responde—. Cómo os conocisteis, vuestras primeras citas, pequeños detalles que una pareja real conocería.

La idea de "practicar" intimidad con Vega hace que mi corazón se acelere. ¿Cómo se supone que vamos a fingir algo así?

—No puede ser tan difícil —digo, intentando sonar más segura de lo que me siento—. Es solo actuar natural, ¿no?

La risa de Elsa no es tranquilizadora.

Cuando finalmente salimos de la boutique, el aire fresco es un alivio.

—¿Estás segura de esto? —pregunta Vega suavemente—. Todavía puedes echarte atrás.

Me detengo y la miro directamente.

—¿Quieres que me eche atrás?

—No —responde demasiado rápido, y algo en mi pecho se agita —. Es decir, solo quiero asegurarme de que estás cómoda con todo esto y que no quiero que dejes nada por mí.

—¿Lo estás tú?

—Yo... —duda—, supongo que estoy tan nerviosa como tú.

Sonrío ligeramente, agradeciendo su honestidad.

—Al menos somos honestas sobre eso.

El bullicio de la ciudad interrumpe el silencio que existe entre nosotras, pero de una manera que no resulta incómoda. Nos miramos fijamente, como queriendo descifrar lo que está pensando la otra.

—Tengo que irme —digo finalmente, recordando mi turno en la cafetería—. Pero nos vemos en casa de Elsa.

—Te puedo mandar un coche —ofrece.

—Puedo coger el metro —respondo, quizás demasiado brusca. No quiero empezar a depender de estas comodidades.

Mientras me alejo, siento su mirada en mi espalda. En el metro, mirando mi reflejo en la ventana, no puedo evitar pensar en cómo me miraba con ese vestido. Seguro que estaba sorprendida de que una camarera pudiera estar tan elegante con un vestido que jamás se podría permitir con el sueldo que gano, aunque me sentí desnuda con su mirada.

No puedo pensar así. Esto es un acuerdo de negocios, un contrato. El hecho de que mi corazón se acelere cada vez que ella está cerca es una complicación que no necesito.

El sábado conoceré a su familia. Hoy empezará realmente esta farsa en casa de Elsa.

Y si el mayor peligro resulta no ser la opinión de Aurora Velasco, sino mis propios pensamientos traicioneros, bueno, eso es algo que tendré que manejar por mi cuenta.

Mi teléfono vibra con un mensaje de Oliver:

—¿Conseguiste el vestido perfecto para impresionar a tu futura suegra?

—Cállate —respondo, pero no puedo evitar sonreír.

¿En qué lío me he metido?

Capítulo 11

Vega

—No puedo creer que cancelaras la reunión con los inversores japoneses —dice Elsa, apoyada en mi escritorio mientras yo termino de revisar unos contratos.

—La reprogramé —corrijo sin levantar la vista—. Como si tuviera otra opción. Te recuerdo que fuiste tú quien insistió en que necesitábamos toda la tarde para "entrenar".

—Porque la necesitamos. ¿Has visto cómo se pone Natalia cuando intentas acercarte? Parece un ciervo asustado.

Levanto la mirada, frunciendo el ceño.

—No es tan malo.

—¿No? —Elsa arquea una ceja—. Antes en la boutique casi salta cuando rozaste su mano al pasarle los zapatos.

—Estaba nerviosa. Es normal.

—Normal sería estar nerviosa por conocer a tu futura suegra, no por un simple roce de manos —se sienta en el borde de mi escritorio —. Necesitáis practicar la intimidad física.

Siento que mis mejillas se calientan.

—¿La qué?

—No ese tipo de intimidad, idiota —rueda los ojos—. Me refiero a los pequeños gestos. Tomarse de las manos, abrazos casuales, la forma en que las parejas reales se mueven en el espacio de la otra.

—Suena complicado. Sabes que no soy demasiado afectiva.

—Es instintivo cuando hay química real —me mira fijamente—. Y vosotras la tenéis, solo necesitáis desbloquearla. Debéis pensar que esto es un trámite, que estáis haciendo el mejor papel de vuestra vida.

—Elsa...

—No me vengas con excusas. Sabes que necesitas que la cosa fluya, tu madre te analizará cada detalle, movimiento, gesto…

—Lo sé, pero es un poco violento todo esto. A veces pienso que esta locura debe de parar, pero en otra sé que estoy haciendo lo correcto para sacarme a mi madre de encima.

—Pues debes hacer cositas con la camarera para que sea creíble todo esto. Aparte, te gustó verla con ese vestido azul.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Multitarea, querida —se levanta con gracia—. Te quiero en mi casa a las ocho. Y por favor, intenta no asustarla esta vez.

—Yo no la asusto.

—Tu presencia ya asusta, Vega, hazla sentirse segura —asegura.

—Largo de mi despacho.

—Recuerda: ocho en punto. No llegues tarde.

—No, no, ¡NO! —Elsa se masajea las sienes, claramente frustrada —. Se supone que sois una pareja enamorada, no dos extrañas en un ascensor.

Llevamos dos horas en su ático "practicando", y cada intento de parecer una pareja natural ha sido más incómodo que el anterior.

—Tal vez si nos dieras instrucciones más específicas —sugiere Natalia, sentada al otro extremo del sofá, lo más lejos posible de mí.

—¡Es sentido común! —exclama Elsa—. Las parejas se tocan naturalmente. Se miran. Comparten pequeños gestos de afecto sin pensarlo.

—Es fácil decirlo —murmuro.

Elsa nos mira fijamente antes de sentarse frente a nosotras.

—Vale, empecemos por lo básico. Natalia, acércate a Vega.

Natalia se desliza unos centímetros en el sofá.

—Más cerca.

Otro centímetro.

—Por el amor de... —Elsa se levanta y literalmente empuja a Natalia hasta que nuestros muslos se tocan. El contacto envía una corriente eléctrica por mi piel—. Así. Ahora, Vega, pon tu brazo alrededor de sus hombros.

—¿Qué?

—Es un gesto básico de pareja. Natural. Relajado. Joder, parecéis dos crías. Hazlo —exige de mal humor.

Trago saliva y lentamente coloco mi brazo alrededor de los hombros de Natalia. Ella se tensa inicialmente, pero luego, para mi sorpresa, se relaja contra mí.

—Mejor —asiente Elsa—. Natalia, puedes inclinarte hacia ella. Se supone que te gusta estar cerca de tu novia.

Natalia duda un momento antes de apoyarse ligeramente contra mi costado.

—Así —sonríe Elsa—. ¿Veis? No es tan difícil.

Excepto que sí lo es, porque mi corazón está latiendo tan fuerte que estoy segura de que Natalia puede oírlo. Estoy tan nerviosa que no sé ni como no tiemblo, la realidad es que no entiendo esto que me pasa. Deben ser los nervios de que todo salga bien y lo único que hago es cagarla con inseguridades que no debo de tener, es solo un trámite, unos meses, un contrato que yo misma he planteado y que tenemos que cumplir.

—Ahora, practiquemos la historia de cómo os conocisteis —continúa Elsa—. Natalia, tú empiezas.

—Um... —Natalia se aclara la garganta—. Nos conocimos en la galería de Manuel Serra durante la exposición de fotografía urbana.

—Más detalles —insiste Elsa—. ¿Qué llevaba Vega? ¿Qué fue lo primero que pensaste al verla?

Siento a Natalia tensarse ligeramente. La batería de preguntas de mi amiga hace que hasta yo me ponga nerviosa, pero sé que es necesario, no podemos dejar nada a la improvisación.

—Llevaba un vestido negro —dice después de un momento—. Elegante pero simple. Estaba mirando una de mis fotografías, tan concentrada que ni siquiera notó que me había acercado.

La miro sorprendida. No esperaba tanto detalles. Hemos de obviar que realmente trabaja en una cafetería, mi madre ese dato le haría saltar todas las alarmas y haría lo imposible porque su hija no estuviera con alguien que sirve café. Es mejor que Natalia es una fotógrafa que esté empezando a ser conocida.

—¿Qué fotografía era? —pregunta Elsa.

—Una del amanecer en el puerto —responde Natalia, su voz más suave—. En blanco y negro, con las gaviotas apenas visibles entre la niebla.

—Suena hermosa —comento sin pensar.

—Lo era —sonríe—. Me acerqué porque parecías perdida en ella. Como si vieras algo más que solo barcos y niebla —ya no habla mirando a Elsa, lo hace mirándome a mí fijamente.

Hay algo en su voz que hace que mi estómago dé un vuelco.

—¿Y qué pasó después? —presiona Elsa.

—Yo... —me encuentro diciendo—, le pregunté si ella era la fotógrafa. Cuando dijo que sí, le pedí que me contara más sobre la foto.

—Hablamos durante horas —continúa Natalia—. Sobre fotografía, sobre arte, sobre la ciudad.

—Hasta que cerró la galería —termino, sorprendida de lo natural que fluye la historia.

—Y entonces la invitaste a cenar —añade Elsa.

—No —corrige Natalia—. Ella sugirió un café, pero yo tenía que trabajar. Así que intercambiamos números.

—Y te mensajeé al día siguiente —digo, siguiendo el hilo.

—Tres días después —corrige Natalia con una pequeña sonrisa—. No querías parecer demasiado ansiosa. Vega Velasco nunca debe de parecer desesperada —dice con una sonrisa.

No puedo evitar reír. Porque realmente jamás haría lo que he mencionado, suelo ser una mujer que espera que den el paso los hombres, pero sé que esta historia es diferente, porque somos dos mujeres.

—Eso suena como yo.

—Mucho mejor —aprueba Elsa—. Esta versión es creíble. Ahora, sobre la primera cita.

El timbre interrumpe sus instrucciones.

—Debe ser la cena —dice, levantándose—. No os mováis, vuelvo enseguida.

En el momento en que Elsa desaparece, soy dolorosamente consciente de que Natalia sigue apoyada contra mí, mi brazo todavía alrededor de sus hombros.

—Lo siento —murmuro, empezando a retirar mi brazo.

—No —dice rápidamente, sorprendiéndonos a ambas—. Es decir, deberíamos practicar, ¿no? Para que parezca natural.

—Cierto —respondo, mi brazo volviendo a su posición—. Para que parezca natural —repito su última frase.

Nos quedamos en silencio, el sonido de nuestras respiraciones mezclándose con el sonido de mi amiga despidiendo al repartidor.

—¿Vega? —llama mi atención Natalia.

—¿Hmm?

—¿Crees que funcionará? ¿Qué lograremos engañar a tu familia?

Considero la pregunta.

—Creo —digo lentamente—, que esta es la conversación más honesta que hemos tenido desde que nos conocimos. Todo ha fluido casi de forma natural, saldrá bien.

Ella ríe suavemente, y esconde su cara contra mi costado.

—Tenemos que mantener esta mentira durante unos meses, solo eso —aseguro.

—La vida tiene un extraño sentido del humor. Como he podido pasar de estar sirviendo cafés a ser en todo esto una fotógrafa que está iniciando su carrera en el mundo del arte.

—¡La cena está lista! —anuncia Elsa, regresando con bolsas de comida tailandesa—. Y veo que por fin están empezando a parecer una pareja real.

Me doy cuenta de que, durante nuestra conversación, Natalia se ha acurrucado más cerca, su cabeza casi descansando en mi hombro. El gesto se siente tan natural que ni siquiera lo notamos.

Mientras cenamos y seguimos practicando diferentes escenarios, Elsa tiene todo tan claro que hace que para nosotras no sea tan difícil seguir con toda esta historia.

No sé qué va a pesar cuando haga las presentaciones, lo que sí sé es que Natalia debe tener un futuro en el mundo de la fotografía porque escucharla hablar de lo que realmente ama es apasionante.

Capítulo 12

Vega

—Un restaurante de verdad es el escenario perfecto para practicar —declara Elsa mientras nos sentamos en una mesa discreta del Bistró Laurent—. Si pueden engañar a extraños, pueden engañar a tu familia.

Es viernes por la noche, y por insistencia de Elsa, estamos teniendo un "ensayo general" antes de la cena familiar de mañana. Natalia está sentada a mi lado, no enfrente, como señaló enfáticamente Elsa, porque "las parejas reales quieren estar cerca".

—¿No es un poco excesivo? —susurra Natalia cuando Elsa se excusa para ir al baño—. Este sitio es...

—¿Demasiado caro? —completo con una pequeña sonrisa.

—No es mi lugar, es el tuyo —asegura algo incómoda.

—No es el mío —protesto—. Es el mundo en el que me tocó vivir.

—Qué filosófica —bromea.

Elsa regresa y nos observa con ojo crítico.

—Están muy tensas. Vega, pon tu brazo en el respaldo del asiento de Natalia. Natalia, inclínate un poco hacia ella. Así... perfecto.

Me siento como una marioneta, pero obedezco. El perfume de Natalia, suave y floral, invade mis sentidos cuando se acerca. La incomodidad se palpa entre las dos, pero sabemos que esto lo tenemos que hacer. No entiendo por qué me cuesta tanto acércame a ella y estar tranquila.

La camarera se acerca a tomar nuestra comanda y, para mi sorpresa, Natalia toma la iniciativa.

—El risotto de setas para compartir, ¿verdad, cariño? —dice, mirándome con una sonrisa tan natural que por un momento me quedo sin palabras—. A Vega le encantan las setas.

—Sí, sí —logro articular, impresionada por cómo recuerda ese detalle que mencioné casualmente cuando estuvimos en casa de

Elsa.

—Adorables —murmura la camarera mientras se aleja.

—Muy bien —aprueba Elsa—. Eso ha sido perfecto. Los pequeños detalles son los que hacen creíble una relación.

Yo cierro los ojos y niego con la cabeza, mientras Natalia no puede contener la risa por la cara de emocionada que ha puesto Elsa. Es como si mi amiga se jugara algo en todo esto, como si estuviéramos interpretando un papel para ganar un Goya y vamos por buen camino.

La cena progresa sorprendentemente bien. La conversación fluye naturalmente, y cada vez me siento menos consciente de gestos de cariño hacia Natalia. Estoy cómoda, demasiado.

Estoy hablando sobre un proyecto del trabajo, gesticulando con la mano libre, cuando Natalia se gira hacia mí. Sin interrumpir mi frase, levanta su mano y con el pulgar limpia suavemente la comisura de mis labios.

—Tenías un poco de salsa —murmura.

El tiempo se detiene. Su pulgar permanece unos segundos más de lo necesario en mi labio, y siento una corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo. Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el restaurante entero desaparece.

—¡Qué pareja tan encantadora! —la voz de la camarera rompe el momento—. ¿Cuánto tiempo llevan juntas?

—Tres meses —respondemos al unísono, y la naturalidad de nuestra sincronización nos sorprende a ambas.

Cuando la camarera se aleja, noto que mi corazón late más rápido de lo normal. Miro a Elsa, esperando instrucciones o críticas, pero ella solo sonríe con una expresión que no logro descifrar.

—Eso —dice finalmente—, es lo que tienen que hacer. Esa clase de gestos naturales, instintivos, es lo que convencerá a tu madre.

—Fue improvisación —murmura Natalia, sus mejillas ligeramente sonrojadas.

—Fue perfecto —insiste Elsa—. ¿Ven cómo la camarera ni dudó de que fueran pareja? Esa es la clase de autenticidad que necesitamos. Van por el buen camino.

Mientras Elsa sigue hablando sobre otros detalles que debemos tener en cuenta, no puedo evitar pensar en ese momento. En cómo el simple roce de su pulgar en mis labios provocó una reacción que no estaba preparada para sentir. ¿Qué me pasa? Tienen que ser los nervios de todo esto que estoy haciendo para engañar a mi familia.

—¿Vega? —la voz de Natalia me devuelve al presente—. ¿Estás bien? Pareces distraída.

—Sí, solo pensando en mañana —aseguro, intentando sacar los pensamientos de mi cabeza y poder concentrarme en lo que estamos haciendo.

—Todo saldrá bien —dice, y su mano encuentra la mía bajo la mesa, entrelazando nuestros dedos en un gesto que se está volviendo familiar.

Asiento, incapaz de formar palabras. ¿Qué parte de esto es actuación? ¿Qué parte es real? Y más importante aún, ¿por qué cada vez me cuesta más distinguir la diferencia?

—Bueno —dice Elsa, pidiendo la cuenta—, creo que están más que listas para mañana. Han superado la prueba del restaurante con nota.

—Perdona, si te he hecho sentir incómoda, pero o nos metemos en el papel o esto no va a avanzar —explica Natalia.

—Tranquila, todo está bien. Es solo que es extraño tener contacto con alguien a quien acabo de conocer.

—¿No has hecho alguna locura en la vida?

—¿A qué te refieres? —pregunto confundida.

—Salir, conocer a alguien y terminar en la cama.

—No, no podría. Necesito tener todo controlado en mi vida. No me acuesto con alguien nada más conocerlo, necesito algo más.

—Vaya —dice Natalia, casi como si la hubiese decepcionado.

—¿Decepcionada?

—No, para nada. ¿Por qué debería estarlo?

La pregunta se queda en el aire, Elsa sigue dándonos pautas de cómo comportarnos y a decirnos que, si todo sale como hoy, sería perfecto.

Mientras salimos y antes de despedirnos, Natalia pasa una mano por mi brazo y lo desliza suavemente.

—Recuerden —dice Elsa antes de despedirnos—, los mejores actores son los que se creen su papel.

Sus palabras resuenan en mi cabeza durante todo el camino a casa. Porque esta noche, por momentos, no sentí que estuviera forzada a dejarme agarrar la mano por Natalia o incluso dejar que me limpiara la comisura del labio, y eso, más que la cena de mañana con mi madre es lo que realmente me asusta.

Capítulo 13

Vega

Observo el reloj por quinta vez en los últimos diez minutos. Son las siete y media de la tarde del sábado, y en media hora tengo que recoger a Natalia para llevarla a casa de mis padres. Estoy en mi apartamento, ya vestida y lista, pero incapaz de mantenerme quieta. Me entran mil dudas, si esto es lo correcto, si mi madre se lo creerá, si no le pasará algo por mostrarle una mujer como pareja en lugar de un hombre…

Mi móvil vibra y me saca del tormento de pensamientos que tengo. Es Elsa.

—¿Ya te has tomado media botella de vino?

—No bebo antes de conducir —respondo.

—Tampoco comes, ni duermes cuando estás nerviosa. Te conozco.

—No estoy nerviosa —miento.

—Ya, por eso, me has mandado quince mensajes preguntando si crees que el vestido azul marino era la mejor opción para Natalia.

Me dejo caer en el sofá, derrotada. La realidad es que los nervios se están apoderando de mí.

—¿Y si mi madre...?

—Tu madre va a intentar destrozarla —me interrumpe Elsa—. Lo sabemos. Por eso hemos practicado tanto. Por eso elegimos a Natalia.

—¿Qué quieres decir?

—Vega, esa chica tiene más temple del que crees. La he visto esta tarde mientras la ayudaba a prepararse. Está nerviosa, sí, pero también está segura.

Recuerdo cómo Natalia se enfrentó a la situación en la boutique, cómo mantuvo la dignidad a pesar de sentirse fuera de lugar. En el restaurante, aunque las dos estábamos nerviosas, al final, logramos relajarnos y que todo fluyera.

—Hablando de eso... ¿Cómo está?

—Preciosa —responde Elsa—. Y antes de que preguntes: sí, repasamos toda la historia otra vez. Sí, practicamos las respuestas a posibles preguntas incómodas. Y sí, está lista.

—¿Y yo? ¿Estoy lista? —me pegunto en voz alta.

Hay un momento de silencio al otro lado de la línea.

—Vega, llevas toda tu vida preparándote para enfrentarte a tu madre. La diferencia es que esta vez no estás sola. Ella te acompaña, solo es interpretar el mejor papel de tu vida.

Sus palabras me golpean con una verdad que no quiero aceptar, esta debe ser la mejor interpretación que jamás he hecho.

—Tengo que irme —digo, mirando el reloj—. Voy a recoger a Natalia.

—Una última cosa —dice Elsa antes de que cuelgue—. Cuando tu madre empiece con sus comentarios impertinentes, recuerda por qué estás haciendo esto.

—Para que deje de presionarme con el tema de las citas.

—No —corrige—. Para ser libre.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. Libertad. ¿Es eso realmente lo que busco? ¿O solo estoy cambiando una forma de control por otra?

El trayecto hasta el apartamento de Natalia es corto, pero cada semáforo parece una eternidad. Cuando llego, me sorprende verla ya esperando en la puerta del edificio. El vestido azul marino le sienta aún mejor que en la boutique, si eso es posible. Elsa ha hecho un trabajo excepcional con su pelo y maquillaje: elegante pero natural, sofisticado, pero no exagerado.

—Estás... —me aclaro la garganta—, perfecta.

Sus mejillas se enrojecen ligeramente y sonríe por mis palabras.

—Tu amiga es muy persuasiva cuando quiere —dice, subiéndose al coche—. ¿Estás bien? Pareces tensa.

—Es solo —suspiro mientras arranco el coche—, mi madre puede ser bastante intensa.

—Lo sé. Por eso hemos ensayado tanto, ¿no? Creo que podré manejar la situación.

La miro de reojo. Hay algo en su voz, una mezcla de determinación y vulnerabilidad que hace que mi estómago se retuerza. No quiero que mi madre le haga daño, todo esto es mi culpa.

—Natalia, sobre mi madre —dudo, buscando las palabras—, ella va a intentar...

—¿Ponerme a prueba? ¿Buscar fallos? ¿Hacerme sentir inferior?

—Todo eso, sí.

—Lo sé —sonríe—. No te preocupes, puedo manejarlo.

—¿Cómo puedes estar tan tranquila? —pregunto sin llegar a comprenderlo.

Se gira en el asiento para mirarme directamente.

—Porque esto es actuación, Vega. Y, aunque tu madre me intimida, recuerdo que esto es temporal. Seis meses y todo habrá terminado. Créeme cuando te digo que he tenido que lidiar en la cafetería con gente impertinente.

Seis meses. Ese es el tiempo que tenemos para que todos crean la historia y mi madre deje de insistir con que me tengo que buscar una pareja. Cuando rompa con Natalia, no volverá a intentar emparejarme, o sabrá que puedo buscar otra mujer y le puedo dar otro disgusto.

—Además —continúa—, tengo una ventaja que los anteriores candidatos no tenían.

—¿Cuál?

—Sé exactamente a qué me enfrento. No estoy aquí buscando su aprobación real, ni intentando impresionarla. Solo tengo que interpretar mi papel, ese que hemos ensayado.

Su lógica es impecable, pero hay algo en la forma en que lo dice que me hace preguntarme si realmente será tan simple.

Nos detenemos en un semáforo y aprovecho para mirarla. Se ha puesto los pendientes que Elsa insistió en prestarle, y la luz de la ciudad hace que brillen suavemente.

—¿Qué? —pregunta, notando mi mirada.

—Nada, es solo —sonrío—, realmente pareces una fotógrafa de éxito.

—Bueno, esa es la idea, ¿no? —responde, pero hay un destello de algo más en sus ojos—. Ser quien tu madre espera que seas, aunque sea una versión mejorada.

—En versión femenina, eso la va a cabrear.

—Sabré lidiar con ello. Mientras nosotras tengamos claro cuál es nuestro papel en todo esto, lo demás no importa, hay un objetivo y vamos a por ello.

El semáforo cambia a verde y retomo la marcha, pensando en sus palabras. ¿No es eso lo que llevo haciendo toda mi vida? ¿Ser quién mi madre espera que sea?

Mientras nos acercamos a la casa de mis padres, siento la mano de Natalia sobre la mía en la palanca de cambios.

—Ey —dice suavemente—. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas? Todo saldrá bien.

Asiento, entrelazando mis dedos con los suyos por un momento. El gesto se siente sorprendentemente natural y me da una seguridad que no esperaba.

—Juntas —repito, y por primera vez en toda la noche, siento que quizás, solo quizás, esto podría funcionar.

Capítulo 14

Natalia

La mansión de los Velasco es exactamente como me la había imaginado: imponente, elegante y con ese aire de antigüedad que solo el dinero puede comprar. Mientras Vega estaciona el coche en la entrada circular, siento que mi corazón late cada vez más rápido.

—Respira —dice Vega, apagando el motor—. Todo saldrá bien.

Ahora es ella la que me da aliento. La miro y veo la tensión en su mandíbula, en la forma en que sus manos agarran el volante, aunque ya hemos parado. Por instinto, coloco mi mano sobre la suya, como hice antes, para tranquilizarla, no solo a ella, sino a mí misma.

—Oye, se supone que soy yo la que debería estar nerviosa.

Ella sonríe débilmente y gira su mano para entrelazar nuestros dedos.

—Sabes que mi madre puede ser... —insiste en advertirme.

—¿Una arpía? —sugiero.

Su risa rompe parte de la tensión.

—Iba a decir intensa, pero tu descripción también sirve.

Antes de que pueda responder, la puerta principal se abre y aparece una mujer que solo puede ser la famosa Aurora Ferrer. Alta, elegante, con el pelo perfectamente peinado y un vestido que probablemente cueste una fortuna.

—Vega, llegan tarde —su voz es suave, pero autoritaria.

—El tráfico, mamá —responde Vega mientras salimos del coche —. Te presento a Natalia.

Aurora me examina de arriba a abajo con una mirada que me hace sentir como un espécimen bajo un microscopio. Mantengo la espalda recta y la sonrisa serena que Elsa me hizo practicar. Sé que me odia, me observa como si hubiera robado algo muy preciado para ella.

—Así que tú eres la fotógrafa —dice finalmente.

—Sí, señora Ferrer,es un placer conocerla —digo alzando la mano para saludarla.

—Aurora, por favor —responde con una sonrisa forzada—. Entremos, tu padre y tu hermano ya están dentro.

Mientras seguimos a Aurora hacia el interior, Vega desliza su mano en la mía y me aprieta suavemente. El gesto me da más confort del que esperaba.

El interior de la casa es aún más impresionante. Obras de arte originales decoran las paredes, y una escalera de mármol domina el vestíbulo. Aurora nos guía hasta un salón donde dos hombres hablan junto a un bar antiguo.

—¡Por fin! —exclama el que reconozco como Lucas, el hermano de Vega, acercándose con una sonrisa—. Ya pensábamos que os habíais arrepentido.

—En tus sueños, hermanito —responde Vega, y noto cómo se relaja ligeramente.

—Tú debes ser Natalia —dice Lucas, dándome dos besos—. Me alegro de por fin conocer a la mujer que ha conquistado a mi hermana.

—Lucas... —advierte Vega.

—¿Qué? Solo estoy siendo amable con mi futura cuñada.

Luis Velasco se acerca con paso tranquilo. Hay algo en su presencia que transmite autoridad sin necesidad de imponerla. Lo he visto en varios artículos de la prensa, por eso puedo reconocerlo.

—Bienvenida a nuestra casa, Natalia —dice con una voz cálida que contrasta con la frialdad de su esposa—. Vega nos ha hablado de ti.

—Aunque no lo suficiente —interviene Aurora—. Supimos de ti por un mensaje que me envió, y porque su hermano dijo que estaba conociendo a alguien. Creo que tampoco tenía mucha seguridad sobre esta posible relación.

—Mamá, por favor —responde Vega, y siento cómo su mano aprieta la mía con más fuerza.

—¿Nos sentamos? La cena está lista —dice Lucas para bajar la tensión.

El comedor es tan impresionante como el resto de la casa. Una mesa de madera oscura domina el espacio, iluminada por una lámpara de cristal que debe tener más años que los propietarios.

Vega me guía hasta mi sitio, apartando la silla para mí en un gesto que parece natural, pero que sé que hemos practicado. Me siento entre ella y Lucas, agradecida por no estar directamente frente a Aurora.

—Entonces, Natalia —comienza Aurora mientras sirven el primer plato—, cuéntanos sobre tu trabajo. ¿En qué galerías has expuesto?

Respiro hondo, recordando la historia que hemos preparado.

—Actualmente, estoy preparando mi primera exposición individual —respondo con la seguridad que Elsa me hizo practicar—. Aunque algunas de mis fotografías han sido parte de exposiciones colectivas en la Galería Serra.

—¿Serra? —Aurora arquea una ceja perfectamente delineada—. ¿Manuel Serra?

—Sí, él vio mi trabajo en una exposición menor y me contactó —la mentira fluye con sorprendente facilidad—. Fue así como conocí a Vega, de hecho.

—Una historia muy conveniente —murmura Aurora.

—Mamá... —advierte Vega.

—Solo digo que es una coincidencia interesante —continúa Aurora, tomando un sorbo de vino—. Una fotógrafa emergente conoce a la heredera de uno de los grupos hoteleros más importantes del país. ¿No te parece oportuno?

Siento la tensión crecer en la mesa. Lucas me lanza una mirada de simpatía mientras Luis se concentra en su plato. Pero no he llegado hasta aquí para dejarme intimidar.

—La vida está llena de coincidencias, Aurora —respondo manteniendo mi voz suave pero firme—. Aunque entiendo su preocupación. Debe ser difícil confiar cuando la gente suele acercarse a Vega por interés.

Aurora me mira sorprendida por mi respuesta directa. Vega, a mi lado, contiene la respiración.

—¿Y tú no tienes interés? —pregunta Aurora.

—Por supuesto que lo tengo —sonrío—. Tengo interés en su hija, en conocerla, en hacerla feliz. En cuanto al resto tengo mi propia carrera, mis propios sueños. No necesito aprovecharme de nadie para conseguirlos.

Un silencio se instala en la sala. Bajo la mesa, siento la mano de Vega buscar la mía, entrelazando nuestros dedos.

—Bien dicho —interviene Luis con una sonrisa aprobatoria.

—Luis, por favor —empieza Aurora.

—No, Aurora —la interrumpe Luis con suavidad, pero firmeza—. Creo que Natalia ha dejado clara su posición. ¿Por qué no hablamos de algo más agradable?

Lucas aprovecha la oportunidad para cambiar de tema, contando una anécdota sobre uno de los hoteles que acaba de visitar. Poco a poco, la tensión empieza a disiparse.

Durante el resto de la cena, observo la dinámica familiar. La forma en que Aurora controla cada detalle, cómo Luis intenta mantener la paz, la complicidad entre Vega y Lucas. Y, sobre todo, noto cómo Vega parece transformarse en una versión más contenida de sí misma cuando su madre está cerca.

En un momento, mientras Aurora está distraída hablando con Lucas, Vega se inclina hacia mí.

—Lo estás haciendo increíble —susurra.

—¿Sorprendida? —respondo en el mismo tono.

—Impresionada —corrige, y hay algo en su mirada que hace que mi corazón se acelere.

Por un momento, olvidamos dónde estamos, perdidas en nuestra propia burbuja. Hasta que la voz de Aurora nos devuelve a la realidad.

—¿Y cuándo pensáis formalizar esto? —pregunta abruptamente.

—¿Perdón? —Vega casi se atraganta con su vino.

—Bueno, si esto es serio como parece, supongo que habrá planes de futuro.

—Mamá, apenas llevamos tres meses juntas —protesta Vega.

—El tiempo suficiente para saber si hay futuro o no —insiste Aurora—. A menos que esto sea solo una fase, una para descubrir si te gustan o no las mujeres.

—No es una fase —interrumpo, sorprendiendo a todos—. Lo que siento por Vega es real. Pero también respeto su espacio y sus tiempos. No todo tiene que seguir un calendario preestablecido.

Aurora me mira fijamente antes de sonreír, una sonrisa que no augura nada bueno.

—Por supuesto, querida. Solo me preocupo por mi hija.

—Lo sé —respondo—. Y se lo agradezco. Pero quizás podría confiar un poco más en el criterio de Vega. Ha demostrado ser bastante capaz de tomar sus propias decisiones.

Vega me mira como si no pudiera creer lo que acaba de escuchar. Lucas intenta disimular una sonrisa tras su copa de vino.

—Interesante punto de vista —dice Aurora finalmente—. Aunque algo moderno para mi gusto.

—Los tiempos cambian, mamá —interviene Vega, y por primera vez en la noche, su voz suena firme—. Yo he cambiado con ellos, ella es lo que quiero. Surgió sin planearlo y ahora estamos aquí.

La tensión podría cortarse con un cuchillo. Pero antes de que Aurora pueda responder, Luis se levanta.

—¿Qué tal si pasamos al salón para el café?

El resto de la velada transcurre en una especie de tregua incómoda. Aurora mantiene sus comentarios al mínimo, aunque su mirada sigue evaluándome constantemente. Lucas hace lo posible por mantener la conversación fluida, y Luis interviene cuando la tensión amenaza con volver.

Cuando finalmente nos despedimos, siento como si hubiera corrido una maratón. Aurora me da dos besos helados, Luis un abrazo cálido, y Lucas me guiña un ojo mientras susurra "bienvenida a la familia".

Ya en el coche, Vega permanece en silencio durante varios minutos.

—¿Estás bien? —pregunto finalmente.

—Nadie... —empieza, su voz temblando ligeramente—. Nadie había defendido mis decisiones frente a mi madre así antes.

—Oye —tomo su mano—. Se supone que soy tu novia, ¿no? Es lo que hacen las parejas.

Ella me mira y hay algo en sus ojos, una mezcla de vulnerabilidad y gratitud que hace que mi corazón se encoja. Cuando nos damos cuenta de que nuestras manos siguen unidas la soltamos como si nos quemara.

—Gracias —dice simplemente.

—No hay de qué —respondo, y por un momento, casi olvido que todo esto es una actuación.

Casi.

El resto del viaje transcurre en un silencio cómodo, mientras veo las luces de la ciudad pasar por la ventana, me pregunto en qué momento la línea entre actuación y la realidad empezó a desdibujarse.

Porque esta noche, defendiendo a Vega frente a su madre, no estaba actuando. Y eso, más que cualquier otra cosa, me asusta.

Capítulo 15

Vega

Cuando llego a la casa después de dejar a Natalia, miro el móvil y tengo un mensaje de mi hermano.

—Vuestra actuación ha sido de diez. Mamá está furiosa, porque cree que realmente estáis juntas.

Sonrío al pensar cómo le debe de estar poniendo la cabeza a mi padre con que su hija tenga una relación con una mujer.

—Gracias, Lucas.

Es lo único que puedo decir, porque la idea inicial fue de él, aunque ahora ya no sé si esto que estoy haciendo está bien o no.

Llevo una hora dando vueltas en mi cama, incapaz de dormir. Las escenas de la cena se repiten en mi mente: la forma en que Natalia mantuvo la compostura frente a los comentarios de mi madre, cómo me defendió, la naturalidad con la que sostuvo mi mano bajo la mesa cuando la tensión se volvía insoportable.

Mi móvil vibra en la mesita de noche. Es Elsa quien llama.

—¿Y bien? —pregunta sin saludar—. ¿Cómo fue?

Me siento en la cama, encendiendo la lámpara.

—Fue intenso.

—¿Tu madre fue horrible?

—Fue mi madre —respondo con un suspiro—. Pero Natalia... Elsa, deberías haberla visto. Fue increíble.

—¿Te defendió de Aurora?

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la he estado preparando toda la semana para eso —dice con satisfacción—. Sabía que tu madre intentaría provocarla.

Me levanto y camino hasta la ventana.

—No fue solo eso, Elsa. Fue natural. Como si realmente…

—¿Cómo si realmente le importaras? —completa cuando me quedo en silencio.

—Esto es una locura —murmuro—. Se supone que solo estamos actuando.

—¿Lo estáis?

—¿Qué quieres decir?

—Vega —su voz se suaviza—, te conozco desde hace años…

—No empieces —advierto—. Sabes que no me gustan las mujeres.

—¿Estás segura? ¿O es solo lo que siempre te has dicho, por qué es lo que tu madre espera?

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago.

—Esto es un acuerdo de negocios —insisto—. Nada más.

—Si tú lo dices —puedo imaginarla poniendo los ojos en blanco —. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Sobre qué?

—Sobre el hecho de que tu familia ya la conoce. De que esto es real.

Me dejo caer en el sillón junto a la ventana.

—Seguir con el plan, supongo. Mantener las apariencias durante unos meses más y luego —suspiro porque ni yo misma sé lo que va a pasar después.

—¿Y luego qué? —presiona cuando me quedo en silencio.

—Y luego cada una seguirá con su vida —respondo, ignorando el nudo que se forma en mi garganta.

—¿Es eso lo que quieres?

Antes de que pueda responder, mi teléfono vibra con un mensaje. Es de Natalia.

—Tengo que dejarte —le digo a Elsa—. Natalia me está escribiendo.

—Natalia —ríe Elsa—. Las parejas suelen mensajearse antes de dormir —dice para provocarme.

—No somos nada.

—Lo sé, lo sé. Un acuerdo de negocios. Hablamos mañana.

Cuelgo y miro el mensaje de Natalia durante unos segundos antes de responder:

—¿Estás despierta?

—Sí. ¿Está todo bien? —pregunto preocupada.

La respuesta llega casi inmediatamente:

—Solo quería asegurarme de que estás bien. Tu madre puede ser muy intensa.

Sonrío ante su elección de palabras, la misma que yo le dije en el coche.

—Estoy bien. Gracias por defenderme.

—Es lo que hacen las novias, ¿no?

Esa afirmación me hace reír. Es tan agradable hablar con ella, me siento tan a gusto a su lado.

—¿Segura que no eres actriz en vez de fotógrafa? Estuviste increíble.

—Solo soy buena improvisando. Y puede que me molestara ver cómo tu madre te trata.

Me quedo mirando el mensaje, sin saber qué responder. ¿Por qué le importa tanto? ¿Es parte de la actuación o hay algo más?

—¿Vega?

—Lo siento, me perdí en mis pensamientos.

—¿Quieres hablar? Podríamos quedar, puedo coger un taxi a donde me digas y hablamos.

La oferta me toma por sorpresa. Son casi las dos de la mañana.

—Es tarde, debes estar cansada.

—Lo estoy. Pero también estoy preocupada por ti.

Esas palabras hacen que algo se agite en mi pecho.

—Estoy bien, de verdad. Deberías descansar.

—Vale, pero mañana tenemos que hablar. Hay cosas que deberíamos discutir después de esta noche.

—¿Cosas buenas o malas? —pregunto, y una sonrisa se me dibuja de forma inconsciente.

—Solo cosas. ¿Almuerzo?

Dudo un momento. La idea de verla tan pronto me pone nerviosa, pero también me emociona de una manera que no quiero analizar.

—Vale. Te recojo a la una.

—¿Es una cita?

Mi corazón da un vuelco ante esa palabra. Cita. Se supone que llevamos tres meses saliendo, que somos novias, que estamos

enamoradas. Entonces, ¿por qué la simple mención de una cita hace que me sienta como una adolescente?

—Descansa, Nat.

—Tú también. Y Vega...

—¿Sí?

—Me alegro de que me eligieras para esto.

Me quedo mirando el mensaje durante largo rato, incluso después de que la pantalla se haya apagado. Las palabras de Elsa resuenan en mi cabeza: Nunca te había visto tan cómoda como cuando estás con ella.

Me acuesto intentando convencerme de que son solo los nervios por mantener la farsa, la tensión de la cena con mi familia, el alivio de que todo haya salido bien. Pero mientras el sueño me vence, la última imagen que viene a mi mente es la sonrisa de Natalia cuando me defendió frente a mi madre, y la manera en que su mano encaja perfectamente en la mía.

Eso, más que cualquier otra cosa, me aterra. Porque esto ya no se siente como una actuación. Y no tengo idea de qué hacer al respecto.

Capítulo 16

Natalia

El Audi negro de Vega se detiene frente a mi edificio justo a la una. Puntual, como siempre. Me subo al coche intentando ignorar el nudo en mi estómago. Después de la cena de anoche, hay demasiadas cosas dando vueltas en mi cabeza.

—Buenos días —me saluda con una sonrisa cansada—. ¿Has dormido bien?

—Después de terminar de hablar contigo, caí como si hubiera corrido una maratón —respondo

Ríe mientras arranca el coche.

—A mí me pasó lo mismo. ¿Tienes preferencia por algún lugar?

—Dónde podamos hablar tranquilamente del siguiente paso.

Asiente y nos dirigimos a un pequeño restaurante italiano escondido en una calle lateral. Es acogedor y discreto, nada que ver con los lugares elegantes donde hemos estado practicando.

—Vengo aquí cuando necesito pensar —explica mientras nos sentamos—. Nadie me conoce.

Una vez que ordenamos y el camarero se aleja, Vega se inclina hacia adelante.

—Anoche salió mejor de lo que esperaba —dice—. Mi madre está convencida.

—¿En serio? —arqueo una ceja—. Parecía bastante escéptica.

—Créeme, me lo ha contado mi hermano. Su táctica para desestabilizarte no funcionó, y me alegro por ello.

Tomo un sorbo de agua, pensando en cómo abordar el tema.

—Entonces, ¿cuál es el siguiente paso? —pregunto.

—Necesitamos mantener las apariciones públicas —responde, entrando en modo empresaria—. Eventos sociales, algunas cenas, hacer que la gente se acostumbre a vernos juntas. Porque ahora sí que tenemos que exponernos un poco más.

La observo mientras habla de planes y estrategias, de cómo manejar las preguntas de la prensa, de futuros eventos familiares. Es metódica, profesional. Como si la conexión que sentí anoche durante la cena nunca hubiera existido.

El camarero trae nuestra comida y la conversación se desvía hacia temas más ligeros. Me cuenta anécdotas de su trabajo, ríe con mis historias de la cafetería. Es fácil estar con ella, demasiado fácil.

—¿Hay que exponernos ya al público en general? —pregunto.

—Deberíamos, necesito que mi madre sepa por gente que su hija se está viendo con una mujer.

Asiento sintiendo un vacío en mi interior, pensar que para Vega todo esto es solo un trámite y que a mí ya me está costando demasiado fingir, me cabrea. Necesito controlar mis emociones, esto que siento, o lo pasaré realmente mal.

—¿Tienes planes para el resto del día? —pregunta de repente mientras terminamos el postre.

—No. ¿Por qué?

—Hay una película que quiero ver —duda un momento—. ¿Te apetece ir al cine?

Me sorprende la invitación. No hay nadie observándonos, no hay necesidad de mantener la farsa.

—Empieza ya nuestra actuación de novias felices.

—También podemos tomarnos un descanso, ¿no? —sonríe—. Además, después de sobrevivir a mi madre, creo que nos lo merecemos. Hoy será simplemente para ir como amigas —afirma.

Debería decir que no. Debería mantener los límites claros. Pero su sonrisa es contagiosa y, siendo honesta, no quiero volver a mi apartamento vacío.

—Vale, ¿qué película?

—Miramos allí —dice llamando al camarero.

—Pero dijiste que querías ver una película —expongo confundida, por lo que acaba de decir.

—Ya, pero no recuerdo el nombre, aparte puede que no te guste. Esto lo hacemos para relajarnos, para celebrar que tu actuación ha sido perfecta.

Actuación, esa palabra se repite en mi cabeza. La realidad es que debería ser así, actuar ante la familia de Vega, pero anoche hubo algo más que eso.

En el cine vemos las películas que hay en cartelera. Vega quiere ver una de suspense.

—Si entramos a esa no veré absolutamente nada, me dan miedo.

Vega me mira incrédula por lo que acabo de decir, y yo simplemente me encojo de hombros y sonrío.

—No te creo —suelta riendo.

—Podemos ver lo que tú quieras, pero ya te digo que, si eliges esa, estaré casi toda la película con los ojos tapados.

—Miedica —suelta descojonándose de mí.

—Idiota —digo golpeando su hombro.

Tras mirar todo lo que hay, decidimos que lo único soportable para mi pesar es la película que dice Vega. Ella se ve radiante cuando acepto que la veamos, es como si hubiera ganado una pequeña batalla y se saliera con la suya.

Dos horas después, salimos del cine riendo porque la película de suspense tenía muy poco.

—¡Era malísima! —exclamo—. Es la primera vez que veo una película de suspense y me ha hecho reír.

—No pensaba que veríamos una de comedia.

Seguimos debatiendo mientras caminamos sin rumbo, la conversación fluyendo naturalmente de un tema a otro. Es como si nos conociéramos desde hace años, no semanas. Y eso me asusta.

Porque esto no es real. No puede serlo. Vega es heterosexual, esto es un acuerdo de negocios, y yo soy una idiota por permitir que mis sentimientos se involucren.

—Se está haciendo tarde —dice finalmente, mirando su reloj—. Debería llevarte a casa.

El viaje de vuelta es tranquilo, demasiado cómodo. Cuando se detiene frente a mi edificio, hay un momento de duda, como si ninguna de las dos supiera cómo despedirnos sin público.

—Gracias por hoy —digo—. La película fue interesante.

—A pesar de ser predecible —bromea.

—Sí, aunque haya sido casi una comedia.

Nos miramos y hay algo en sus ojos, algo que hace que mi corazón se acelere. Pero antes de que pueda analizar qué es, ella aparta la mirada.

—Te escribo para coordinar la próxima aparición pública —dice, volviendo al tono profesional.

—Claro. Buenas noches, Vega.

Subo a mi apartamento con el corazón pesado. Oliver está en el sofá, viendo una serie, pero la pausa en cuanto me ve.

—¿Dónde estabas? —pregunta inmediatamente.

—Con Vega —digo suspirando.

—¿Qué pasa?

—¿Tan obvio es? —pregunto con desgana.

—Tienes cara de crisis existencial. Estás como agobiada.

Me dejo caer junto a él en el sofá.

—Estoy jodida, Oliver.

—¿Por qué? ¿La cena con la madre dragón salió mal?

—No, ese es el problema. Salió demasiado bien —suspiro—. Todo está saliendo demasiado bien.

Me mira sin comprender qué es lo que quiero decir. Anoche cuando llegué, Oliver no estaba, y después, cuando me fui con Vega, seguía sin aparecer por el apartamento.

—¿Te estás enamorando de ella? —pregunta arqueando las cejas.

—Es una locura, ¿verdad? —río sin humor—. Me estoy enamorando de una mujer heterosexual que me contrató para fingir ser su novia. Suena como una mala comedia romántica.

—No digas eso. Quizás ella. —sugiere.

—Oli, esto no es una película. Es real. Y en la vida real, las mujeres heterosexuales no se enamoran mágicamente de sus novias falsas.

—¿Estás segura de que es heterosexual? —pregunta intentando que no sienta que soy una estúpida por dejarme llevar por mis sentimientos.

—¡Por supuesto que lo es! Todo esto empezó porque quería evitar que su madre la emparejara con más hombres.

—Quizá te has confundido, Nat. Llevas mucho tiempo sin pareja, el roce, el contacto, el pasar tiempo con ella…

—No —lo interrumpo—. No puedo permitirme pensar así. Tengo que dejarlo.

—¿Por qué?

—Si sigo, solo voy a salir lastimada y no quiero eso, Oliver. Voy a parar todo esto.

Oliver se gira para mirarme directamente.

—Escúchame bien: esta es una oportunidad única. No solo profesionalmente, sino personal. Recuerda que Vega es la mejor opción para conocer gente de ese mundo. Estás saliendo de tu zona de confort…

—Y enamorándome de alguien inalcanzable.

—O tal vez descubriendo algo que ni tú ni ella sabían que era posible.

—Oliver...

—No, escucha. No digo que vayas a por ella o que esperes que algo pase. Solo no renuncies. Toma distancia emocional si necesitas, pero no tires todo por la borda por miedo.

Me hundo más en el sofá, procesando sus palabras.

—No sé cómo hacerlo —admito finalmente—. No sé cómo mantener la distancia cuando ella es tan… Es brillante, divertida, y vulnerable de una manera que ni siquiera se da cuenta. Y cuando sonríe, pufff

—Oh, estás completamente perdida —ríe Oliver.

—Cállate —le tiro un cojín—. Se supone que debes ayudarme.

—Te estoy ayudando. Te estoy diciendo que no huyas. Que encuentres el balance entre proteger tu corazón y aprovechar esta oportunidad.

—¿Y si no puedo? ¿Si cada día es más difícil recordar que todo es una farsa?

—Entonces lidiaremos con eso cuando llegue el momento —dice suavemente—. Pero por ahora, intenta disfrutar el viaje sin adelantarte al destino. No tires la toalla tan pronto, ya te dije, intenta tomar distancia, que los encuentros sean menos, que sea ella quien te llame y mantén la compostura.

—Qué fácil lo ves tú —protesto.

—Tu futuro como fotógrafa está en juego, míralo así. Es un sacrificio por algo mejor.

—Y por el camino puede que mi corazón se lastime.

—Intentaremos que no sea así —dice acariciando mi brazo.

Me quedo en silencio, pensando en el día de hoy. En cómo se sintió tan natural estar con ella, en cómo su risa hace que mi estómago dé vueltas, en cómo sus ojos brillan cuando habla de algo que le apasiona.

—Es una tía increíble —murmuro—. Y ni siquiera lo sabe.

—Tal vez ese es parte del problema —sugiere Oliver—. Tal vez necesita a alguien que se lo muestre.

—No puedo ser yo esa persona.

—¿Por qué no?

—Porque cuando todo esto termine, ella seguirá con su vida. Y yo necesito asegurarme de poder seguir con la mía.

Oliver me abraza y me dejo caer contra su hombro.

—Todo estará bien —dice—. De una forma u otra, encontrarás el camino.

Asiento, aunque no estoy tan segura. Porque ya puedo sentir cómo mi corazón se involucra más de lo que debería, y sé que eventualmente tendré que pagar el precio.

Pero por ahora, me permito recordar su sonrisa durante la película, su risa durante nuestra discusión, la forma en que el tiempo parece detenerse cuando estamos juntas. Me pregunto si Oliver tiene razón, si hay algo más aquí de lo que ninguna de las dos se atreve a ver.

Capítulo 17

Vega

Hace más de una semana que no sé nada de Natalia, me he sumergido en mi trabajo evitando contactar con ella. Tengo una sensación extraña que no logro quitarme y, aunque se lo he ocultado a todo el mundo, incluso a mi amiga, sé que está pasando algo dentro de mí que me niego a admitir.

Es martes por la mañana y no puedo concentrarme en el trabajo. Los documentos sobre mi escritorio se acumulan mientras mi mente vuelve, una y otra vez, al último día que la vi. A Natalia riendo en el cine, a nuestras manos rozándose al coger palomitas, a la forma en que el tiempo parecía detenerse cuando estábamos juntas.

—Señora Torres —la voz de mi secretaria interrumpe mis pensamientos—. Su madre al teléfono.

Perfecto. Justo lo que necesitaba.

—Mamá —contesto, intentando sonar profesional.

—Vega. ¿Almorzamos juntas?

—Tengo mucho trabajo pendiente.

—Insisto. Necesitamos hablar sobre Natalia.

Por supuesto que necesitamos hablar sobre Natalia. Todo el mundo parece querer hablar sobre Natalia últimamente.

—Vale —cedo—. ¿El lugar de siempre?

Después de colgar, me recuesto en mi silla y cierro los ojos. Algo está cambiando, lo siento. La forma en que mi corazón se acelera cuando pienso en ella, cómo el domingo busqué excusas para prolongar nuestro tiempo juntas incluso cuando no era necesario para mantener la farsa. No. No puedo permitir que esto suceda.

Abro mi portátil y empiezo a escribir, intentando ordenar mis pensamientos:

Razones por las que necesito distancia:

1. Esto es un acuerdo profesional.

2. Ella está actuando, es su trabajo.
3. No soy lesbiana.
4. Los sentimientos complican los negocios.

Me detengo, mirando la lista. Parece ridículo tener que recordarme estas cosas, pero últimamente, no sé qué es lo que me pasa. Necesito tener claro que esto no puede pasar, que quizá solo esté en mi cabeza y que me estoy complicando la vida con algo que jamás va a suceder.

No soy lesbiana, repito constantemente, pero la realidad es que si lo fuese no pasaría nada, el problema está en que esto ha empezado con un contrato de negocio y no como una casualidad en que las dos nos conocemos y al final yo termino sintiendo algo por ella.

Sacudo mi cabeza intentando sacar todos estos pensamientos que me atormentan. Intento sumergirme en los números y que de mi mente salga Natalia, es así como lo hago últimamente. Enfrascarme en el trabajo y no pensar.

El almuerzo con mi madre es exactamente lo que necesitaba para volver a la realidad. Entre comentarios sobre lo "peculiar" que es Natalia y preguntas sobre la naturaleza de nuestra relación, recuerdo por qué empezó todo esto.

—¿Estás segura de que es apropiada? —pregunta mi madre mientras revuelve su ensalada—. Su experiencia en la vida es bastante limitada.

—Mamá, por favor.

—Es la realidad, Vega. No la veo como la persona para que puedas compartir tu vida, es… como lo diría.

Mi madre se queda pensando un momento antes de lanzar su dardo.

—Vulgar, esa es la palabra.

Me aprieto el puente de la nariz para no caer en sus comentarios clasistas.

—Es perfecta —respondo, y me sorprendo al darme cuenta de que lo digo.

Mi madre termina por no seguir insistiendo en que Natalia no es la persona correcta, simplemente cambia de tema y comienza a

hablarme de mi hermano y de que también debería de sentar la cabeza. Sé que no va a parar hasta que los dos estemos felizmente casados y, aun así, dudo que se quede tranquila.

De vuelta a la oficina, tomo una decisión. Necesito establecer límites claros, no solo con Natalia, sino conmigo misma.

Abro un nuevo documento y, como hice antes, comienzo a plasmar lo que quiero para no involucrarme más de lo que estoy.

Plan de acción:

1. Limitar el contacto con eventos necesarios.
2. No más salidas improvisadas.
3. Mantener las conversaciones profesionales.
4. Evitar el contacto físico innecesario.
5. Recordar el objetivo final.

Unos golpes en la puerta interrumpen mis pensamientos. Es Elsa.

—¿Se puede? —pregunta, aunque ya está entrando.

—Claro —minimizo rápidamente el documento—. ¿Necesitas algo?

Elsa se sienta frente a mí, estudiándome con esa mirada que siempre me hace sentir transparente.

—¿Qué tal la comida con tu madre?

Dudo un momento en la palabra que utilizaría para definir el encuentro con Aurora.

—Soportable.

—¿Segura? Por…

—Todo va según lo planeado —la interrumpo—. Mi madre está convencida, que era el objetivo.

—¿Has vuelto a hablar con Natalia?

—No, no ha sido necesario.

Elsa arquea una ceja.

—¿No mantienen el contacto?

—No es necesario —mantengo mi mejor cara de póker—. Esto es un acuerdo profesional, Elsa. No hay nada que diga que tenemos que estar en constante contacto.

Me mira durante un largo momento, como si intentara leer más allá de mis palabras. Finalmente, asiente.

—Pues tienes toda la razón —afirma, para después levantarse—. ¿Cenamos esta semana?

—Tengo mucho trabajo atrasado. Quizás la próxima. Sabes como son los principios del mes.

—Perfecto. Ahora voy a terminar unas cosas e irme a casa. Tú también deberías hacer lo mismo.

Cuando se va, vuelvo a mirar mi lista. Esto es lo correcto. Necesito mantener el control de la situación. No puedo permitir que estas confusiones arruinen el plan. Porque son solo confusiones, ¿verdad? La intensidad de la actuación, la presión de mantener las apariencias, la comodidad de tener a alguien que me defiende y me apoya, es normal sentirse abrumada.

Abro mi agenda y empiezo a reorganizar los eventos sociales, espaciándolos lo máximo posible. Necesito tiempo, distancia, claridad. Necesito recordar que esto es un acuerdo de negocios, nada más.

Me aferro a mi lista, a mi plan, a la racionalidad que siempre ha guiado mi vida. Y si hay un vacío en mi pecho cuando pienso en mantener la distancia con Natalia, bueno, eso también pasará.Porque la alternativa significaría que todo lo que creía saber sobre mí misma podría ser una mentira. Y no estoy preparada para esa posibilidad.

Cierro el portátil y recojo mis cosas. Me voy a mi apartamento, donde no hay posibilidad de encuentros inesperados, donde puedo convencerme de que este plan sigue siendo solo eso: un plan. Porque tiene que serlo. No puede ser nada más.

Capítulo 18

Vega

La invitación para la exposición de fotografía en la Galería Serra llega en el momento perfecto. Después de días evitando pensar en Natalia, necesitaba una excusa para volver a contactar con ella. La presencia social es importante para mantener nuestra farsa creíble.

—Exposición este viernes. ¿Me acompañas? —escribo, intentando sonar casual.

La respuesta tarda varios minutos en llegar.

—¿Es necesario?

Leo desconcertada, hay un contrato, claro que es necesario.

—Perdona, olvida lo que te acabo de decir —escribe rápidamente, justificándose por lo que ha dicho antes.

—Serra estará allí. Sería bueno para mantener nuestra historia.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

En ese momento la llamo y acordamos los detalles. Cuelgo, ignorando la sensación del cosquilleo en mi estómago. Es solo trabajo, me repito.

El viernes, aparco frente a su edificio. Natalia sale vestida con un traje negro que le sienta perfectamente. Se ha maquillado de forma sutil y lleva el pelo suelto. Mi corazón da un vuelco al verla. No puedo sentirme tan vulnerable con ella.

—Estás... —me aclaro la garganta—, muy elegante.

—Gracias —sonríe mientras sube al coche—. Raquel me ayudó a elegir el conjunto. Dijo que era importante dar buena impresión en estos eventos.

—¿Es tu novia? —pregunta y una punzada de celos se instala en mi pecho.

—No, es mi compañera de trabajo.

—¿Hay algo entre tú y ella? —la pregunta se me escapa sin darme cuenta.

Natalia se ríe y no sabía que me gustara tanto escuchar la risa de alguien. Tengo un serio problema y una respuesta que no llega por parte de Natalia, así que la alterno en mirar la carretera y a ella.

—No, no hay nada —dice encogiéndose de hombros.

—¿Ella es bisexual? —suelto, sin pensar.

—Sí y creo que todas las mujeres lo son, solo que no lo han probado o se niegan a aceptarlo —afirma como si fuera una obviedad.

—Yo no…

—Ya —se apresura a responder.

Durante el trayecto, le explico quiénes estarán en la exposición. Nombres importantes del mundo del arte, posibles contactos. Ella escucha atentamente, asintiendo.

—¿Nerviosa? —pregunto mientras aparco.

—Un poco —admite—. Este no es mi mundo.

—Pero podría serlo —digo sin pensar.

Nuestras miradas se encuentran por un momento y hay algo ahí, una intensidad que me hace apartar la vista rápidamente.

La galería está llena cuando entramos. Natalia toma mi brazo de forma natural, como hemos practicado. El gesto envía una corriente eléctrica por mi cuerpo.

—¡Vega! —Manuel Serra se acerca—. Y esta debe ser la fotógrafa de la que tanto he oído hablar.

Natalia maneja la conversación con una gracia que me sorprende. Habla de técnicas fotográficas, de luz y composición. Serra está claramente impresionado.

—Deberías mostrarme tu trabajo algún día —dice antes de alejarse.

—Lo has hecho increíble —susurro en su oído.

—Años sirviendo café me han enseñado a tratar con la gente —responde con una sonrisa traviesa.

Recorremos la exposición juntas, susurrando comentarios sobre las obras y la gente. Natalia tiene un ojo agudo para los detalles y un sentido del humor que me hace reír constantemente.

—Mira a ese —murmura, señalando discretamente a un hombre con un traje excesivamente llamativo—. Parece que se ha vestido en

la oscuridad.

Su risa es contagiosa y me encuentro riendo más de lo que lo he hecho en mucho tiempo. Es fácil estar con ella, demasiado fácil.

—¡Vega Velasco! —la voz de una amiga de mi madre me devuelve a la realidad—. No sabía que vendrías.

Natalia se tensa ligeramente a mi lado, pero mantiene la sonrisa.

—Blanca, te presento a Natalia, mi novia —las palabras salen con sorprendente naturalidad.

La mirada evaluadora de Blanca recorre a Natalia de arriba a abajo.

—Ah, sí. Aurora me ha hablado de ti —su tono es deliberadamente condescendiente.

—Todo malo, espero —responde Natalia con una sonrisa dulce—. No me gustaría decepcionar tan pronto.

Elena parpadea, sorprendida por la respuesta, mientras yo intento no reír. Al no salirse con la suya, ni siquiera se despide, solo ve pasar a alguien y lo saluda dejándonos solas. Miro a Natalia sonriendo mientras niego con la cabeza la forma que ha tenido de dejar sin palabras a una mujer como Blanca Mendoza.

Después de varias horas de socializar, ambas estamos agotadas. En el coche de vuelta, Natalia se relaja visiblemente.

—Ha sido interesante —dice.

—Lo has manejado perfectamente —respondo—. Serra estaba impresionado.

—Es fácil impresionar cuando has ensayado el papel —su voz suena algo triste.

Me detengo frente a su edificio, pero ninguna hace ademán de moverse.

—Natalia...

—Ha sido una buena noche —me interrumpe, girándose hacia mí.

Hay un momento de tensión, nuestros rostros están demasiado cerca. Sus ojos bajan a mis labios por un segundo y mi corazón se detiene.

—En algún momento tendremos que besarnos —las palabras salen antes de que pueda detenerlas—. Para que sea creíble —

añado rápidamente.

Natalia me mira fijamente antes de inclinarse. Sus labios rozan los míos suavemente, apenas un toque.

—Buenas noches, Vega —susurra antes de salir del coche.

Me quedo sentada, tocando mis labios, donde aún puedo sentir su calor. Esto no debería haber pasado. No debería haber disfrutado tanto de su compañía, de su risa, de su beso.

Pero mientras arranco el coche, no puedo evitar sonreír. Porque por primera vez en mucho tiempo, me siento viva. Y eso, más que cualquier otra cosa, me aterra.

Capítulo 19

Vega

Me he pasado tres días enterrada en el trabajo, intentando no pensar en ella, tratando de no escribirle. Es más difícil de lo que pensaba. La pila de documentos sobre mi escritorio es mi único refugio contra estos pensamientos que no deberían existir.

—¡Hermanita! —la voz de Lucas me sobresalta. Ni siquiera lo he oído entrar.

—¿No sabes llamar?

—Tu secretaria me dejó pasar —se sienta frente a mí con esa sonrisa que siempre significa problemas—. ¿Has olvidado qué semana es la próxima?

Mi mente hace un rápido repaso del calendario y entonces lo recuerdo: la semana en La Sierra. Cada año es lo mismo, toda la familia reunida en la casa que tenemos allí.

—Este año paso.

Lucas suelta una carcajada que me hace fruncir el ceño.

—¿Pasar? ¿Tú? No puedes hacer eso, parecerá que estás huyendo.

—Lucas...

—Es la verdad —me interrumpe—. Necesitas llevar a Natalia. Si vas sola, tendrás que aguantar una semana de indirectas.

—Podría simplemente no ir.

—¿Y darle la razón? ¿Dejar que piense que lo tuyo con Natalia no es lo suficientemente serio como para ir con ella? Esto ya sería más oficial, Vega.

Me recuesto en mi silla, procesando sus palabras.

—He oído a mamá hablando con la tía Elena. Están investigando a Natalia.

—¿Qué?

—Ya sabes cómo son. Han tratado de contratar a alguien para investigar su pasado, su familia, todo. Están convencidas de que

oculta algo. Papá te ha salvado esta vez, pero sabes que no se dará por vencida.

—Esto es ridículo.

—Es mamá —se encoge de hombros—. Si Natalia no va, lo tomará como una confirmación de sus sospechas. Pensará que tienes algo que ocultar.

—No tengo nada que ocultar.

Lucas me mira con esa expresión que dice que ve más de lo que debería.

—¿Estás segura? ¿Sabes todo de ella?

—Sé lo que tengo que saber. Aparte, la idea de contratar a alguien fue tuya, deberías de apoyarme en esto.

—Vega —su tono se suaviza—. Claro que te apoyo, lo que digo es que esta es una oportunidad para callar bocas.

Pongo mis manos en la cara y me apoyo en el escritorio mientras pienso que no quiero pasar una semana con Natalia en la casa, el contacto será mucho y no sé si estoy preparado para eso.

—¿Estás bien? —pregunta Lucas acariciando mi brazo.

—Es el estrés de mantener esta farsa —respondo.

—Se que será estresante, Vega, pero no ir no es una opción y lo sabes. Esto es una tradición.

No contesto. Solo suspiro intentando calmarme.

—Mira —continúa—, no sé qué está pasando realmente entre ustedes, pero sé que mamá está preparando algo. La semana en La Sierra es su campo de batalla preferido, lo sabes. Allí no tienes escapatoria, no puedes huir a tu oficina o poner excusas de trabajo.

—Por eso mismo no quiero ir.

—Por eso mismo debes llevar a Natalia —insiste—. Es tu única protección contra los planes de mamá. Además... —duda un momento—, te prometo que haré todo lo posible para que mamá te deje en paz, puedas descansar y desconectar del trabajo.

—Bufff, no estoy segura de que puedas hacer eso.

—Quizá necesitas ver cómo son las cosas realmente, sin la presión de la ciudad, sin las expectativas de todos. Necesitas desconectar, Vega

—No sé qué hacer —digo cansada.

—Piénsalo. Mamá llamará pronto, y sabes que no aceptará un no por respuesta. La conozco, tiene todo un plan preparado.

—¿Qué tipo de plan?

—No estoy seguro, pero la oí mencionar algo sobre presentar a Natalia a sus amigas. Ya sabes cómo son, juzgando, evaluando. Si Natalia no está presente para defenderse, se cebaran para acabar con ella.

Dejo escapar un suspiro frustrado. Tiene razón. Mi madre es experta en manipular situaciones sociales.

—Te lo advierto —dice antes de marcharse—. Si vas sola, estarás a su merced. Y algo me dice que esta vez va a por todas.

—No sería justo exponer a Natalia —suelto antes de que salga por la puerta.

—Injusto sería que ella no pudiera defenderse. Con ella allí podemos hacer que mamá no se salga con la suya.

Cuando se va, miro mi móvil. Debería llamarla, al menos advertirle. Después de varios intentos, escribo:

—Necesito hablar contigo por teléfono cuando puedas.

Los minutos pasan sin respuesta. Por supuesto, está trabajando. ¿Por qué me molesta tanto que no conteste de inmediato?

Dos horas después, mi teléfono suena.

—¿Vega?

Su voz hace que mi corazón se acelere. Esto es ridículo, me repito.

—Hay algo que debo comentarte —intento sonar profesional—. Cada año pasamos una semana en La Sierra, toda la familia. Es una tradición.

—Oh.

—Mi madre espera que vengas —hago una pausa—. En realidad, insiste en que vengas.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay más en esa insistencia?

—Porque la hay —me paso una mano por el pelo—. Está organizando cosas. Invitando gente. Gente que querrá conocerte y evaluarte.

—Vega…

—Sé que es mucho pedir —la interrumpo—. Una semana entera es complicado.

—Tengo el trabajo en la cafetería. Sé que hay un contrato firmado, pero no puedo irme así sin más.

—¿No podrías pedir vacaciones?

—No es tan sencillo.

—Necesito que las solicites, Natalia. Mi madre puede ser agotadora.

—Lo sé, recuerda que la conozco.

—Sí. Y si no vienes —me detengo—. Está convencida de que hay algo raro en todo esto. En ti. Ha intentado contratar a alguien para investigarte.

Se hace un silencio al otro lado de la línea, solo puedo escuchar su respiración.

—¿Natalia?

—Estoy aquí —su voz suena distante—. ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque necesito que entiendas lo que está en juego. Si no vienes, ella...

—¿Qué? ¿Descubrirá que todo es una mentira?

—No es solo eso —me froto la frente—. Te destruirá socialmente. Conoces a mi madre, sabes cómo es ese mundo.

—¿Y crees que mi presencia lo evitará?

—Creo que necesito que estés allí —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Otro silencio. Esta vez es más largo que el anterior.

—¿Por qué sigues trabajando en la cafetería? —cambio de tema —. Podrías dedicarte a la fotografía.

—Necesito el dinero, Vega.

Y entonces caigo en la cuenta: no le he pagado nada desde que empezamos con esto.

—Te haré la transferencia ahora mismo —digo—. La totalidad del contrato. Así podrías decidir si dejar la cafetería o no.

—No es tan simple. Mi jefe es un capullo, Vega —escucho su frustración en esas ultimas palabras—. Tengo cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

—Como mi vida, Vega —su voz suena cansada—. No todo el mundo puede simplemente dejarlo todo y marcharse a La Sierra una semana.

—Lo siento —susurro—. No pretendía —me detengo—. Al menos déjame hacerte la transferencia. Es lo justo.

—Vale —suspira—. Te paso mi número de cuenta.

—Espera que la hago enseguida.

Ella se mantiene en la línea, no entiendo por qué no corta, al igual que yo tampoco lo hago, solo se escucha su respiración y por detrás un bullicio. Está en la cafetería.

—Listo —le digo cuando le doy a enviar—. Sobre La Sierra...

—Lo intentaré —me interrumpe—. Hablaré con mi jefe mañana. Sé que tengo que hacerlo por ese contrato.

—Gracias —hago una pausa—. Cuando hice el contrato no recodaba esta semana, solo quería que mi madre me dejará tranquila.

—No tienes que justificarte, Vega. La realidad es que yo tendría que aceptar y dejarme de tonterías. Pero tengo miedo a dejar el trabajo,a que me vida cambie de un momento para otro sin poder controlarlo.

—Te comprendo, Natalia. Si decides no ir, lo entenderé.

—¿Lo entenderás o lo aceptarás? —hay un toque de humor en su voz que hace que mi tensión disminuya un poco.

—Ambas. Aunque preferiría no enfrentarme sola a mi madre y sus planes.

—¿Sabes? No puede controlarte cómo lo hace, Vega, ya tienes una edad.

—Lo sé, pero no sé cómo hacerlo, contigo la otra vez me sentí segura por primera vez —admito sin darme cuenta.

—Mira, hablaré con mi jefe. Voy a pedir esas vacaciones, voy a intentar ser valiente por una vez.

—Eres valiente, Natalia —afirmo.

—Y Vega...

—¿Sí?

—Gracias por advertirme sobre lo que está intentando hacer tu madre.

Cuando colgamos, me quedo mirando el teléfono. Una semana entera con Natalia. Una semana de tenerla cerca, de compartir espacios, de mil cosas. No. No puedo permitirme pensar así. Esto es trabajo. Solo trabajo.

¿Entonces por qué no puedo dejar de imaginar cómo será despertar cada mañana sabiendo que ella está allí? ¿Por qué la idea de tenerla como aliada contra los planes de mi madre me hace sentir más segura que cualquier otra cosa? Y, sobre todo, ¿por qué una parte de mí desea tanto que diga que sí?

Capítulo 20

Natalia

La notificación del banco me sorprende mientras limpio una mesa. El importe me hace parpadear varias veces. La conversación con Vega de ayer aún resuena en mi cabeza: una semana en La Sierra, con su familia, con ella. Su madre investigándome.

—¡Natalia! —el grito de mi jefe me devuelve a la realidad—. ¡Las mesas no se limpian solas!

—Está insoportable —susurra mi compañera Raquel.

Guardo el móvil y sigo limpiando, pero mi mente está en otro lugar. Llevo siete años aguantando sus gritos, sus cambios de humor, trabajando horas extra sin quejarme. Y ahora necesito pedirle una semana libre.

Durante mi descanso, me siento en la trastienda y reviso de nuevo el mensaje de Vega. No le he dado una respuesta aún. ¿Cómo decirle que estoy aterrada? Su madre está investigándome. El pensamiento me revuelve el estómago. ¿Qué encontrará?

Al final de mi turno, respiro hondo frente a la puerta del despacho.

—Señor Martínez —mi voz suena más firme de lo que me siento —. ¿Podría hablar con usted un momento?

Me mira por encima de sus gafas con esa expresión que ya conozco demasiado bien.

—¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—Necesito una semana libre —suelto—. Es un asunto familiar importante.

Su risa seca me hace encogerme.

—¿Una semana? ¿Te has vuelto loca?

—En siete años nunca le he pedido nada —me obligo a mantener la calma—. He cubierto turnos extras, he trabajado en festivos, incluso me quedé aquella Nochebuena cuando María se puso enferma.

—¿Y crees que eso te da derecho a abandonar una semana?

—No es abandonar. Puedo buscar a quien me cubra. Sandra...

—No me interesa —me corta—. Esto no es una ONG. O vienes o buscas otro trabajo.

Algo se rompe dentro de mí. Siete años de aguantar sus desprecios, sus gritos, sus humillaciones.

—En ese caso —mi voz suena extrañamente tranquila—, acepto su segunda opción.

Su expresión cambia de golpe.

—¿Estás renunciando? —pregunta con sorpresa.

—Sí.

—Bien —escupe—. Recoge tus cosas y vete. No te molestes en volver.

—¿Ni siquiera me dará una carta de recomendación? —siete años merecen al menos eso.

—¿Por qué debería? —sonríe con malicia—. Acabas de demostrar que no eres fiable.

Salgo de la cafetería con las piernas temblando. El aire frío de la tarde me golpea la cara y de repente la realidad de lo que acabo de hacer me golpea. He renunciado. Sin plan, sin respaldo.

Mi teléfono suena. Es Oliver.

—¿Dónde estás? Necesito un café.

—Acabo de renunciar —respondo de forma mecánica.

Silencio.

—No te muevas. Llego en diez minutos.

Media hora después, estamos en nuestro banco del parque. Le he contado todo: la llamada de Vega, la semana en La Sierra, la investigación de su madre, el dinero, y mi renuncia impulsiva.

—¿Te das cuenta de que acabas de mandar a la mierda siete años de trabajo por una mujer que técnicamente ni siquiera es tu novia? —Oliver me mira entre preocupado y divertido.

—No lo hice por ella —protesto—. Fue... un impulso. Me sentí acorralada.

—¿Acorralada por quién? ¿Por tu jefe o por tus sentimientos?

—Oliver...

—No, en serio —se gira para mirarme directamente—. ¿Qué está pasando realmente, Nat?

Me hundo en el banco.

—No lo sé —admito—. Todo está pasando tan rápido. El contrato con Vega, los sentimientos que no deberían estar ahí, ahora su madre investigándome...

—Y tú renunciando a tu trabajo.

—Fue estúpido, ¿verdad?

—Fue valiente —corrige—. Ese trabajo te estaba matando poco a poco. Lo que me preocupa es que lo hayas hecho sin pensar. Porque sé que el miedo a un futuro incierto te mata, Nat.

—¿Desde cuándo eres tan sabio? —pregunto apoyándome en su hombro.

—Desde que mi mejor amiga está enamorándose de su jefa falsa.

—No estoy...

—Por favor —me interrumpe—. No me tomes por tonto.

El silencio se instala entre nosotros mientras proceso sus palabras.

—¿Qué voy a hacer ahora? —susurro finalmente.

—Primero, respirar —saca algo de su mochila—. Segundo, tomar este chocolate caliente que he traído. Tercero, hacer un plan.

—¿Un plan?

—Sí, un plan —destapa los vasos—. Tienes dinero del contrato, ¿no?

Asiento.

—Entonces tienes un colchón para respirar y pensar. Para variar.

—Ese dinero era para mi equipo de fotografía.

—Y puede seguir siéndolo, vi la cantidad de dinero en el contrato, con ese dinero puedes mantenerte muchos meses después de comprar el material de fotografía —toma un sorbo—. Pero ahora también tienes la oportunidad de replantearte todo.

—¿Todo?

—Tu trabajo, tu futuro... tus sentimientos por Vega —comienza a enumerar

—No hay nada que replantear ahí —respondo, pero ni yo me lo creo.

—Nat —su tono se suaviza—. Te vas a pasar una semana viviendo con ella. ¿De verdad crees que podrás mantener tus sentimientos bajo control?

—Tengo que hacerlo.

—¿Por qué?

—Es un trabajo —me froto la cara—. Porque su madre me está investigando. Porque probablemente encontrará algo que me haga parecer insuficiente para su hija.

—¿Cómo qué? ¿Qué eres, una persona normal y trabajadora?

—Como que vengo de una familia sin contactos ni influencias. Como que trabajo... trabajaba en una cafetería.

—Si eso es un problema para ellos, el problema es suyo —toma mi mano—. Pero creo que hay algo más que te asusta.

—¿Qué?

—Que Vega pueda sentir lo mismo.

Me quedo en silencio, pensando en sus palabras de ayer: "Necesito que estés allí".

—Es complicado.

—El amor siempre lo es —sonríe—. ¿Ya le has contestado?

—No.

—¿Y a qué esperas? —pregunta golpeando mi hombro contra el suyo.

—A saber, qué decirle.

—La verdad, sería un buen comienzo.

—¿Qué he renunciado a mi trabajo por un impulso? —pregunto por qué la realidad es que no sé qué decirle a Vega.

—Que irás con ella.

Miro mi teléfono, donde el mensaje de Vega sigue sin respuesta.

—¿Y si todo sale mal?

—¿Y si sale bien? —contraataca—. Mira, entiendo que estés asustada. Yo también lo estaría. Pero a veces hay que arriesgarse.

—¿Aunque pueda perderlo todo?

—¿Qué exactamente perderías? Ya has renunciado al trabajo que odiabas —razona encogiéndose de hombros.

Tiene razón, como siempre.

Ya en casa, esa noche, miro el techo de mi habitación sin poder dormir. El día ha sido una montaña rusa de emociones y decisiones impulsivas.

Mi teléfono suena. Es Vega.

—¿Has podido hablar con tu jefe?

Respiro hondo. Es ahora o nunca.

—Sí. Iré contigo.

Su respuesta llega casi inmediata.

—¿Te dio las vacaciones? —pregunta.

—Digamos que mi trabajo ya no será un problema.

—¿Qué significa eso?

—He renunciado —le aclaro.

Tres puntos aparecen y desaparecen varias veces antes de su respuesta:

—¿Por esto? Natalia, no era mi intención —dice y noto la preocupación en su voz.

—No fue por esto. Fue por mí. Ya era hora de un cambio.

Más puntos suspensivos.

—¿Estás bien? —me pregunta y me toma por sorpresa. ¿Estoy bien? No lo sé.

—Lo estaré. ¿Cuándo nos vamos?

—El domingo. Pasaré a recogerte.

—Vale —es lo único que puedo responder.

—Natalia.

—¿Sí?

—Gracias.

Esa simple palabra hace que mi corazón se acelere. Esto es ridículo.

Me quedo mirando el teléfono después de que la conversación termine. Cuatro días para preparar una maleta, mi mente y mi corazón para una semana que podría cambiarlo todo.

Oliver tiene razón. Estoy aterrada. Aterrada de la investigación de su madre. Por no estar a la altura. Por semana que me espera. Pero, sobre todo, aterrada de darme cuenta de que una parte de mí está deseando que llegue el domingo.

Capítulo 21

Vega

La mañana transcurre tranquila hasta que mi secretaria me anuncia la visita de mi madre. Ni siquiera espera a que responda, simplemente entra.

—Mamá, estoy trabajando —digo sin levantar la vista de los documentos.

—Esto es importante, Vega. Es sobre tu amiga.

El tono en que dice "amiga" hace que levante la mirada. Mi madre toma asiento frente a mí, sacando una carpeta de su bolso.

—He estado investigando a Natalia García —continúa, colocando la carpeta sobre mi escritorio—. Los resultados son interesantes.

—¿Has investigado a mi novia? —la palabra sale con más firmeza de la que esperaba.

—Por supuesto. Alguien tiene que proteger los intereses de esta familia.

—¿Y qué has encontrado que sea tan terrible? —pregunto, recordando la advertencia de Lucas sobre la posible investigación.

—Sus padres son gente común —dice como si eso fuera un crimen—. Su padre es mecánico, tiene un pequeño taller en las afueras. Su madre es administrativa en una empresa de seguros.

—¿Y?

—Estudió Periodismo, no Fotografía, como dice. Abandonó una prometedora carrera en un periódico local para ¿servir café? —su tono destila, desprecio—. ¿No te parece sospechoso?

Me levanto, incapaz de contener mi indignación.

—¿Sospechoso que venga de una familia trabajadora? ¿Que haya estudiado una carrera y después decidiera seguir su pasión por la fotografía?

—Vega, querida, sé realista. ¿Qué puede ofrecerte alguien así?

—¿Realidad? ¿Quieres realidad, mamá? —mi voz tiembla de rabia —. Te diré lo que veo: veo a alguien que tuvo el valor de dejar un

trabajo seguro para perseguir sus sueños. Veo a alguien que viene de una familia que la apoya incondicionalmente, no que la presiona constantemente.

—No me hables en ese tono —advierte—. Solo intento protegerte.

—¿Protegerme? ¿De qué? ¿De alguien que me acepta como soy? ¿Qué me defiende incluso frente a ti?

—Es una oportunista —insiste—. ¿No ves que solo está contigo por tu posición?

—No, mamá. La única que está obsesionada con las posiciones sociales eres tú.

Mi madre se levanta, sus ojos brillando de indignación. Está rabiosa, lo noto, sé que se está conteniendo por no montar un escándalo, pero estoy segura de que Aurora no parará hasta salirse con la suya.

—La semana que viene, nos vamos a La Sierra —cambia abruptamente de tema—. Toda la familia estará allí. Supongo que traerás a tu camarera.

—Periodista y fotógrafa —corrijo—. Y sí, vendrá conmigo.

—Perfecto —sonríe de una manera que me da escalofríos—. Será una semana interesante.

—Mamá —la detengo antes de que salga—. Si intentas algo contra Natalia, si intentas humillarla o hacerla sentir inferior...

—¿Qué? —me desafía.

—Me perderás a mí también.

Sale sin responder, dejando la carpeta sobre mi escritorio. Me dejo caer en la silla, temblando de rabia y frustración.

Minutos después, Elsa entra sin llamar.

—Vi salir a tu madre —dice, cerrando la puerta—. ¿Estás bien?

—La ha investigado, Elsa —señalo la carpeta—. Como si fuera una criminal.

—Era de esperar —toma asiento—. ¿Qué ha encontrado?

Le cuento todo mientras ella escucha en silencio.

—¿Sabes qué es lo peor? —continúo—. Natalia ha renunciado a su trabajo por esto, por la semana en La Sierra que ni siquiera recordaba.

—¿Ha renunciado?

—Sí. Me siento terriblemente mal, Elsa. La estoy obligando a tomar decisiones impulsivas, a cambiar su vida por este plan absurdo.

—O quizás —dice suavemente—, le has dado la excusa que necesitaba para dar el salto.

—¿Qué quieres decir?

—Vega, esa chica lleva años atrapada en un trabajo que odia, con sueños que no se atrevía a perseguir. Tal vez necesitaba que alguien la empujara fuera de su zona de confort.

—Pero...

—No te sientas culpable —me interrumpe—. A veces necesitamos una crisis para tomar las decisiones que llevamos tiempo posponiendo.

Me quedo en silencio, procesando sus palabras. La realidad es que yo he vivido desde una posición acomodada toda mi vida, sabiendo que, si algo sale mal, está mi padre.

—¿Y qué hay de la semana en La Sierra? —pregunta Elsa—. ¿Crees que podrán manejarlo?

—No lo sé —admito—. Mi madre está preparando algo, lo presiento.

—Entonces prepárense vosotras también —sugiere—. Natalia ya ha demostrado que puede plantarle cara a tu madre. Y tú... —me mira fijamente—, nunca te había visto tan cabreada por algo que ha hecho tu madre, y por lo que me has contado, por fin la has puesto en su sitio.

—Tenía que hacerlo —respondo rápidamente—. No puedo dejar que la ataque así.

Elsa me estudia por un momento, como si viera algo que yo no.

—Lo pueden controlar —sonríe—. Solo recuerda que va a intentar importunar constantemente, deben de estar preparadas.

Cuando se va, miro la carpeta que dejó mi madre. Dentro hay fotos de Natalia en la cafetería, en exposiciones de fotografía, incluso algunas con su familia. En todas ellas se ve natural, auténtica. No hay nada sospechoso, nada que ocultar. No sé cómo mi madre ha podido encontrar eso, debe ser por las redes. La

realidad es que exponemos nuestras vidas sin darnos cuenta de que cualquiera puede acceder a un perfil y sacar información de lo que tienes colgado.

Me recuesto en la silla, pensando en cómo ha cambiado mi vida por un contrato y lo que todavía puede cambiar al tener el contacto con Natalia en esa semana. No sé si seré capaz de mantener esto que empiezo a sentir teniéndola tan cerca.

Capítulo 22

Natalia

El domingo llega demasiado pronto. Estoy terminando de hacer la maleta cuando Oliver aparece en mi habitación con dos tazas de café.

—¿Nerviosa? —pregunta, sentándose en mi cama.

—¿Se nota mucho?

—Solo has rehecho esa maleta tres veces —sonríe—. ¿Qué te preocupa más? ¿La madre dragón o pasar una semana entera con Vega?

—Todo —admito, dejándome caer junto a él—. ¿Y si la investigación de su madre revela algo que no le gusta?

—¿Cómo qué? ¿Qué eres una persona normal con una familia trabajadora? —toma un sorbo de café—. Si eso es un problema, el problema es suyo, no tuyo.

—Ya, pero...

—Pero nada —me interrumpe—. Tu padre es un mecánico respetado que ha sacado adelante su propio negocio. Tu madre ha trabajado toda su vida mientras os criaba. Estudiaste periodismo y decidiste seguir tu pasión por la fotografía. No hay nada de que avergonzarse.

—Lo sé —suspiro—. Es solo que su mundo es tan diferente...

—¿Y? Diferentes no significa peor. Además —sonríe alzando la ceja—, por lo que me has contado, Vega parece bastante interesada en tu mundo.

—No empieces —le advierto.

—Solo digo que...

El timbre nos interrumpe. Mi corazón da un vuelco.

—Es ella —murmuro.

—Ve —Oliver me empuja suavemente—. Yo bajo tu maleta.

Abro la puerta y ahí está Vega, vestida de forma casual, con jeans y una blusa blanca. Se ve diferente, más relajada, más

accesible.

—Buenos días —saluda con una pequeña sonrisa—. ¿Lista?

—Casi —respondo, haciéndola pasar—. Oliver va a bajar mi maleta.

—¿Segura que quieres hacer esto? —pregunta en voz baja—. Todavía puedes echarte atrás.

La miro directamente.

—¿Tú quieres que me eche atrás?

—No —responde demasiado rápido—. Es decir, aprecio que vengas, pero sé que es mucho pedir.

—Oye —toco suavemente su brazo—. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?

Nuestras miradas se encuentran y hay algo ahí, algo que hace que el aire entre nosotras se vuelva denso. Miro sus labios y recuerdo el beso suave que le di en el coche y mi cuerpo se estremece.

—¡Maleta lista! —la voz de Oliver rompe el momento.

—Vega, él es Oliver.

Vega extiende la mano para saludarlo, pero Oliver, que es el hombre más impulsivo que conozco agarra su mano y después le da dos besos.

—Encantado, Natalia me ha hablado mucho de ti —dice el muy capullo.

—¿Sí? —pregunta mirándome.

—No le hagas caso, es… —comienzo a decir.

—Su mejor amigo y confidente —asegura con una sonrisa.

—Lo es —afirmo.

El viaje comienza en silencio. Vega conduce concentrada mientras yo miro por la ventana, observando cómo la ciudad va quedando atrás.

—Mi madre te ha investigado —dice de repente.

—Lo sé, me lo dijiste.

—No, me refiero a que ya tiene resultados —me mira brevemente—. Sabe sobre tus padres, tus estudios de periodismo...

—¿Y? —intento que mi voz no revele mi nerviosismo.

—Y nada. Solo quería que lo supieras. Que estuvieras preparada.

—¿Preparada para qué?

Vega suspira.

—Para sus comentarios, sus indirectas. Va a intentar... —se detiene.

—¿Hacerme sentir inferior? —completo.

—Sí.

—No será la primera vez —intento sonreír—. He lidiado con gente así antes.

—No como mi madre —su voz suena preocupada—. Ha invitado a varias amigas. Va a ser una semana intensa.

—Vega —espero hasta que me mira—. Puedo manejarlo. No me avergüenzo de quién soy ni de dónde vengo.

Su expresión se relaja.

—Lo sé. Es una de las cosas que más me... —se detiene como no queriendo admitir algo que se me escapa.

—¿Qué?

—Qué más admiro de ti —completa, volviendo su atención a la carretera.

El silencio vuelve, pero esta vez es diferente. Como que callamos algo que queremos gritar y no nos atrevemos.

—¿Cómo es la casa? —pregunto para cambiar de tema.

—Grande —sonríe—. Antigua. Ha estado en la familia por generaciones. Se ha ido haciendo reformas, pero el aspecto exterior apenas se ha tocado. Cada uno tiene su habitación asignada desde siempre.

—¿Y yo?

—Te quedarás en la habitación junto a la mía —responde, y noto un ligero rubor en sus mejillas—. No creo que mi madre deje que nos quedemos juntas.

—Claro —asiento—. Ella no puede admitir que su hija tenga una relación con alguien tan vulgar como yo.

—Nat —dice y me mira—. No eres vulgar. A veces pienso que esto es lo más sincero que he tenido en mucho tiempo.

La observo entrecerrando los ojos sin entender.

—Me explico —se apresura a decir—. No hay necesidad de engañar ni de dar sensación de lo que no es. Las dos somos tal cual, no hay mentiras ni falsas pretensiones, somos tú y yo.

—Las dos con un contrato firmado —suelto sin pensarlo.

Vega muerde sus labios, yo cierro los ojos fuerte y apoyo mi cabeza en el cristal, no debí de decir eso. Es una realidad que aquí ninguna tiene que demostrar nada a la otra, es simplemente un convenio en el que Vega necesita encontrar la libertad con su madre. Yo solo soy una de las actrices enfrente de la malvada. Con Vega soy yo, Natalia, la mujer que quiere cumplir su sueño de ser fotógrafa profesional.

El resto del viaje transcurre entre conversaciones y silencios cómodos. Vega me cuenta historias de veranos pasados en la casa, de travesuras con su hermano, de tradiciones familiares.

Cuando finalmente llegamos, me quedo sin palabras. La casa es más bien una mansión de piedra, rodeada de jardines y con vistas a La Sierra.

—¿Preparada? —pregunta Vega mientras aparca.

—No —respondo honestamente—. Pero hagámoslo de todos modos.

Toma mi mano y la aprieta suavemente.

—Juntas —dice.

—Juntas —confirmo, ignorando cómo mi corazón se acelera ante su tacto.

Porque esto es solo actuación, me recuerdo. Una semana de fingir ser la novia perfecta, de enfrentar a su madre, de mantener las apariencias.

Capítulo 23

Vega

Miro a la casa, la imponente fachada de piedra, todo sigue igual, sin embargo, con Natalia aquí, nada se siente como antes.

—Tu madre está en la ventana —murmura Natalia

Efectivamente, nos observa desde el ventanal principal, se puede ver cómo intenta no ser vista, pero tiene medio cuerpo entre la cortina y la ventana.

—Que comience el espectáculo —digo, intentando tener una seguridad que no siento.

Al salir, noto el aire puro de La Sierra. Rodeo el coche para abrir la puerta de Natalia. Es uno de nuestros gestos ensayados, pero cuando ella toma mi mano para salir, noto que está temblando y tienes las manos frías.

—Oye —susurro—. Estás helada.

—Nervios —admite con una sonrisa tímida.

Sin pensarlo, tomo sus manos entre las mías para calentarlas. Es un gesto que no estaba planeado, y cuando me doy cuenta de lo natural que se siente, casi me detengo. Pero estamos siendo observadas, así que continúo, ignorando el cosquilleo que siento en el estómago.

—¡Por fin! —la voz de Lucas rompe el momento. Mi hermano baja los escalones de entrada corriendo como cuando éramos niños —. Pensábamos que os habíais perdido por el camino.

—El tráfico —respondo automáticamente, soltando las manos de Natalia y siento un vacío que no esperaba.

—Claro, el tráfico —guiña un ojo—. ¿Seguro que no os distrajisteisen alguna área de descanso?

—Lucas... —advierto, notando cómo Natalia se sonroja.

—Vale, vale —levanta las manos en señal de rendición—. Déjame ayudar con las maletas antes de que mamá baje y nos dé un discurso sobre modales.

Demasiado tarde. Mi madre ya está descendiendo los escalones con la elegancia estudiada que la caracteriza.

—Bienvenidas —dice, su sonrisa tan perfecta como falsa—. Natalia, querida, espero que el viaje no haya sido muy agotador.

—Para nada, Aurora —responde Natalia con una seguridad que me sorprende—. Vega es una excelente conductora.

—Por supuesto que lo es —el tono de mi madre sugiere que cualquier otra cosa sería inaceptable—. ¿Pasamos dentro? Elena y Carmen llegarán para la cena.

—¿La tías Elena y Carmen? —la miro fijamente—. No mencionaste que vendrían tan pronto.

—Oh, ¿no lo hice? —su falsa inocencia hace sonar todas mis alarmas—. Están ansiosas por conocer a tu… Natalia.

La pausa antes del nombre de Natalia es tan sutil que casi podría parecer accidental. Casi.

Lucas y yo nos encargamos de las maletas mientras mi madre guía a Natalia por la casa, señalando cada cuadro, cada mueble antiguo, cada detalle que grita "tradición" y "clase social". Es la apariencia lo que le ha movido siempre a mi madre, y tanto para mi hermano como para mí, es agotador.

—Esta casa ha estado en nuestra familia por cinco generaciones —explica mi madre—. Cada rincón tiene una historia.

Observo cómo Natalia asiente y hace preguntas, mostrando interés en la arquitectura y los detalles. Su mirada de fotógrafa capta cada detalle, y por un momento me pregunto cómo se vería esta casa a través de su lente.

—Y esta —dice mi madre, deteniéndose frente a una puerta familiar—, era la habitación de mi madre.

La habitación de la abuela. El santuario intocable. Mi madre la abre con un gesto exagerado, como si entráramos al mismo cielo.

—Había pensado que Natalia podría instalarse aquí —continúa—. Está justo al lado de tu habitación, Vega.

Natalia entra en la habitación, sus ojos recorriendo los techos altos, los ventanales con vistas a la montaña, los muebles antiguos de madera oscura.

—Es preciosa —dice sinceramente.

—Aunque... —mi madre deja la palabra flotando en el aire—. Pensándolo mejor, quizás deberíais compartir habitación.

Me atraganto con mi propia saliva.

—¿Perdón? —pregunto, no esperando esa propuesta.

—Bueno, querida —su sonrisa es dulce como el veneno—. "No quisiera separar lo que el destino ha unido" —hace las comillas con los dedos—. Tu habitación es más que suficientemente grande para las dos.

Lucas, a mi lado, contiene una risa que se convierte en tos.

—Mamá, no creo que...

—Insisto —me interrumpe—. ¿Qué clase de madre sería si separara a dos personas que se aman tanto? —cada palabra está cargada de ironía—. Lucas, ayuda a trasladar las cosas de Natalia a la habitación de tu hermana.

Y con eso se marcha, dejándonos a los tres en un silencio absoluto. Caminamos hasta mi habitación y sigo tan sorprendida que no dudo en decirlo.

—¿Qué demonios ha sido eso? —susurro cuando estoy segura de que mi madre está fuera del alcance auditivo.

Lucas deja caer las maletas y me mira seriamente.

—No te confíes, hermanita. Está tramando algo.

—¿Tú crees? —el sarcasmo en mi voz podría cortar cristal.

—No, en serio —insiste—. Esto no es normal. Mamá es la primera que siempre ha insistido en mantener las apariencias, en que las parejas duerman separadas hasta el matrimonio.

—Quizás ha cambiado —sugiere Natalia, aunque su tono indica que ni ella se lo cree.

—Mi madre no cambia —respondo—. Evoluciona hacia formas más sofisticadas de tortura.

Lucas asiente.

—Probablemente, quiere teneros bajo vigilancia constante —teoriza Lucas—. O tal vez espera que la convivencia forzada os haga pelear.

—O quizás... —me detengo, una idea se está formando en mi mente.

—¿Qué? —preguntan Lucas y Natalia al unísono.

—Quizás espera pillarnos en que esto es una farsa —digo en voz baja—. ¿Qué mejor manera que forzarnos a compartir espacio íntimo?

Un silencio pesado sigue a mis palabras.

—Bueno —dice finalmente Natalia, con una determinación que admiro—. Entonces tendremos que ser muy convincentes.

La miro, sorprendida por su resolución. Está de pie junto a la ventana, y por un momento me quedo sin aliento.

—Os dejo que os instaléis —dice Lucas, con una sonrisa que no me gusta nada—. El té se servirá en la terraza en media hora. No tardéis mucho, tortolitas.

Cuando nos quedamos solas, el silencio se vuelve algo incómodo. Natalia camina hasta su maleta y la abre, sacando algunas cosas.

—¿Qué lado de la cama prefieres? —pregunta con una naturalidad que me desconcierta.

—Yo... eh... el derecho —respondo.

—Perfecto, yo prefiero el izquierdo —sonríe, y hay algo en esa sonrisa que hace que mi estómago dé un vuelco.

La observo mientras coloca su ropa en el armario, junto a la mía. Es un gesto tan íntimo, que tengo que apartar la mirada.

—Vega —su voz me hace volver a mirarla—. ¿Estás bien con esto?

—¿Con qué parte exactamente? —intento bromear—. ¿Con qué mi madre está jugando con nosotras? ¿Con qué vayamos a compartir cama? ¿Con qué la tía Elena y Carmen vengan a la cena para el interrogatorio?

—Con todo —responde simplemente.

Me siento en el borde de la cama, nuestra cama por los próximos días, y suspiro.

—No lo sé —admito—. Esto se está complicando más de lo que esperaba.

Natalia se sienta a mi lado, tan cerca que puedo oler su perfume.

—Podemos hacerlo —dice con una convicción que no siento—. Ya hemos engañado a todos hasta ahora.

"¿A todos?" Quiero preguntar. Porque últimamente, no estoy segura de a quién estamos engañando realmente.

Un golpe en la puerta nos sobresalta. Es Lucas de nuevo.

—Mamá dice que el té está servido —anuncia—. Y que no quiere tener que subir a interrumpir nada —dice poniendo los ojos en blanco.

Natalia se sonroja y yo siento que las orejas me arden.

—Vamos —digo, levantándome—. No hagamos esperar al comité de bienvenida.

Antes de salir, Natalia me detiene con una mano en mi brazo.

—Oye —dice suavemente—. Juntas, ¿recuerdas?

Asiento, incapaz de formar palabras cuando me mira así. Me encanta cómo lo hace, y no entiendo qué es lo que me está pasando con ella. ¿Cómo he podido dejar que esto pase?

Mientras bajamos las escaleras, soy dolorosamente consciente de su presencia a mi lado, del calor de su cuerpo cuando nuestros brazos se rozan, de cómo su mano busca la mía naturalmente. Y me pregunto, en qué momento esta actuación comenzó a sentirse tan real que ya no puedo distinguir dónde termina el papel y dónde empiezo yo. Porque esta es solo la primera tarde de una larga semana, y ya siento que estoy perdiendo el control de algo que se suponía que era solo un plan, solo una farsa.

Capítulo 24

Natalia

El té en la terraza parece una escena sacada de una película de época. La vajilla de porcelana fina, los pasteles perfectamente dispuestos, las servilletas de tela con iniciales bordadas, todo grita elegancia y tradición.

Me siento incómoda, consciente de cada movimiento, como si cualquier gesto pudiera delatarme como una impostora en este mundo de refinamiento.

—Natalia, querida —la voz de Aurora me saca de mis pensamientos—. ¿Dos terrones o uno?

—Ninguno, gracias —respondo—. Lo prefiero solo.

Noto cómo sus labios se tensan ligeramente. Otro punto en contra, supongo.

—Como la abuela —comenta Lucas, guiñándome un ojo—. Ella también lo tomaba sin azúcar.

El comentario hace que Aurora casi derrame el té. Vega, sentada a mi lado, esconde una sonrisa tras su taza.

—Y dime, Natalia —continúa Aurora—. ¿Cómo te sientes dejando tu trabajo en la cafetería?

El modo en que pronuncia "cafetería" hace que suene como si hubiera dicho "vertedero". Pero lo que me sorprende es cómo lo sabe.

—¿Cómo sabes que he dejado mi trabajo?

—Contactos —dice con una sonrisa que borraría de un tortazo en la cara, pero tengo que contenerme—. Y bien, ¿cómo te siente? —insiste.

—En realidad —respondo, manteniendo mi voz tranquila—, lo veo como una oportunidad para centrarme en mi fotografía.

—Ah, sí. La fotografía —su sonrisa es mezquina—. Una afición encantadora.

—No es una afición, mamá —interviene Vega—. Natalia es una fotógrafa profesional.

—Por supuesto, querida —el tono condescendiente hace que Vega se tense a mi lado—. ¿Y tienes exposiciones?

—Algunas —respondo, y antes de poder pensarlo mejor, añado—. De hecho, estoy preparando una para dentro de dos meses.

Esto capta su atención inmediata, como un depredador que detecta movimiento. Soy su presa, lo sé y ahora la cazadora está sorprendida.

—¿Oh? ¿En qué galería? —pregunta Aurora, con ese tono de mostrar interés, pero no lo tiene.

—Prefiero no adelantar nada hasta que todo esté cerrado —respondo con una sonrisa—. Soy algo supersticiosa con estas cosas.

Aurora arquea una ceja, claramente insatisfecha con mi respuesta evasiva. El silencio que sigue se siente demasiado incómodo.

El resto del té transcurre entre preguntas aparentemente inocentes que son en realidad pequeños dardos: sobre mi familia, mis estudios, mis "planes de futuro". Aurora es una maestra en el arte de la guerra social. Solo quiere confirmar que todo lo que sabe de mí es real. Vega aprieta mi mano debajo de la mesa, siento que ella está tan incómoda como yo y que no es capaz de hacer parar a su madre. Mientras Lucas, hace que la conversación intente ser más amena, aunque es más un interrogatorio por parte de su madre. Incluso diría que la dupla con Lucas me parece hasta divertida. Él evitando que me sienta incómoda, mientras que su madre pretende todo lo contrario.

Cuando finalmente podemos retirarnos, siento como si hubiera corrido una maratón. Esa mujer puede torturar a cualquiera solo con sus palabras.

—Lo siento —dice Vega en cuanto entramos en la habitación—. Mi madre puede ser...

—¿Una arpía elegante? —sugiero, dejándome caer en la cama.

Vega ríe, y no puedo contener las ganas de yo también hacerlo.

—Iba a decir agotadora, pero tu descripción es mejor.

Se sienta a mi lado, tan cerca que nuestros hombros se tocan, y por un momento siento un escalofrío recorrer mi cuerpo, lo que me hace ponerme de pie de inmediato.

—No me habías contado lo de la exposición —dice después de un rato.

La miro con una culpa que no sé por qué siento. Noto cómo mi estómago se contrae por la mentira.

—Porque no existe —admito en voz baja.

—¿Qué? —Vega me mira sorprendida.

—No hay ninguna exposición —me siento en la cama, sintiéndome agotada—. Lo dije porque estaba cansada de su tono condescendiente, de que tratara mi fotografía como un pasatiempo insignificante.

Me preparo para su decepción, para su reproche, pero en su lugar, Vega me mirada con una expresión comprensiva.

—Mi madre tiene ese efecto en la gente —dice agotada—. Te hace sentir que necesitas justificar cada aspecto de tu vida.

—Lo siento —susurro—. No debí mentir. Es solo que...

—Hey —toma mi mano—. No necesitas explicarte. De hecho, fue bastante inteligente no dar detalles. Así no pueden verificar nada.

La miro sorprendida.

—¿No estás enfadada?

—¿Por defenderte de mi madre? —sonríe—. Por favor, he visto a gente mucho más experimentada derrumbarse ante ella. Una pequeña mentira defensiva es prácticamente un mecanismo de supervivencia en esta casa.

Nos quedamos en silencio, cada una perdida en sus pensamientos. La proximidad de Vega es abrumadora. Puedo oler su perfume, sentir el calor de su cuerpo.

—Deberíamos cambiarnos para la cena —dice finalmente, levantándose—. Mi madre tendrá un ataque si no nos arreglamos apropiadamente.

—¿Código de vestimenta?

—Formal, pero no demasiado. Elegante pero no ostentoso. Es un arte —sonríe—. Por suerte, el armario de mi habitación está lleno de opciones.

Una hora después, estoy frente al espejo. El vestido que Vega ha elegido es perfecto: elegante, sin ser pretencioso, en un tono azul profundo que hace que mis ojos parezcan más claros.

—Estás... —Vega se detiene, sus ojos recorriéndome de una manera que hace que mi piel se caliente.

—¿Presentable? —sugiero.

—Hermosa —dice simplemente.

El momento se estira entre nosotras, denso y cargado de algo que no me atrevo a nombrar. Un golpe en la puerta nos sobresalta.

—La tía Carmen acaba de llegar —anuncia Lucas—. Mamá dice que bajáis. Por cierto, Elena no ha venido.

Vega se acerca y, en un gesto que se está volviendo habitual, ajusta un mechón de mi pelo.

—¿Lista para el segundo asalto? —pregunta suavemente.

—No —admito—. Pero contigo aquí, creo que puedo manejarlo.

Su mano se detiene en mi mejilla por un momento, y juro que puedo sentir cómo su pulso se acelera.

—Vamos —dice finalmente, ofreciéndome su mano—. No hagamos esperar al pelotón de fusilamiento.

Mientras bajamos las escaleras, su mano firmemente entrelazada con la mía, me pregunto en qué momento empecé a desear que estos fuera reales. Cuando dejé de actuar y empecé a sentir. Porque cada toque, cada mirada, cada instante compartido se siente cada vez menos como una farsa y más como algo peligrosamente cercano a la verdad.

La tía Carmen es exactamente lo opuesto a Aurora: donde una es hielo, la otra es fuego. Mientras las observo saludarse, noto cómo los ojos de Carmen brillan con una picardía que me recuerda a Lucas.

—Así que tú eres la famosa Natalia —dice Carmen, evaluándome con una mirada que, a diferencia de Aurora, parece de curiosidad—. He oído mucho sobre ti.

—Espero que no todo malo —respondo con una sonrisa que intento no delate mis nervios.

—Oh, querida —ríe Carmen—. En esta familia, que hablen de ti es mejor que el silencio, eso es lo que debes temer.

—Carmen —advierte Aurora.

—¿Qué? —su hermana se encoge de hombros—. Sabes que es verdad, Aurora. ¿O ya olvidaste cómo trataste a la pobre novia de Lucas cuando...?

—¿Por qué no pasamos al comedor? —interrumpe Aurora—. La cena está servida.

El comedor parece sacado de una película de época, con candelabros y cubertería que probablemente vale más que todo el mobiliario que tengo en mi apartamento con Oliver. Me siento junto a Vega, buscando instintivamente su mano bajo la mesa. Su tacto es lo único que me ancla a la realidad en este mundo que parece de fantasía.

—Entonces, Natalia —comienza Carmen mientras sirven el primer plato—. ¿Cómo conociste realmente a mi sobrina?

—Ya les contamos —empieza Vega.

—No, no —la interrumpe Carmen—. Me refiero a la verdadera historia. No esa versión edulcorada que probablemente habéis preparado para Aurora.

Miro a Vega de reojo y, en un impulso de rebeldía o quizás locura, decido improvisar.

—La primera vez que vi a Vega, derramé café sobre su camisa blanca.

La carcajada de Carmen contrasta dramáticamente con el casi ahogo de Aurora.

—¿Disculpa? —dice la matriarca.

—Fue mi culpa —interviene Vega rápidamente—. Entré distraída mirando el móvil, cuando la vi ya era demasiado tarde y choqué con ella.

—Y en lugar de disculparse —continúo, dejándome llevar por esta nueva narrativa—, me regañó por no estar prestando atención.

—Porque estabas bailando mientras llevabas el café —replica Vega, siguiéndome el juego con una naturalidad que hace que mi corazón se acelere.

—Era una buena canción.

—Estaba sonando reguetón —dice poniendo los ojos en blanco, como si todo lo que estamos contando hubiera pasado de verdad.

—¿Y? —la desafío con la mirada—. BadBunny es un artista respetable.

El horror en la cara de Aurora es casi cómico.

—Por favor, dime que no estás hablando en serio —murmura la madre desesperada.

—Oh, totalmente en serio —respondo, sorprendiéndome a mí misma con mi atrevimiento—. De hecho, esa es nuestra canción, ¿verdad, cariño?

Vega me mira con una mezcla de diversión y asombro que hace que mi estómago dé un vuelco.

—Cómo olvidarlo —dice, llevando su mano a mis labios—. "Yo perreo sola".

El gesto, aunque es parte de nuestra actuación, envía un escalofrío por mi columna. Carmen está prácticamente llorando de risa, mientras Aurora parece estar reconsiderando todas sus decisiones de vida.

—Fascinante —dice Carmen, limpiándose las lágrimas—. ¿Y después?

—Después volví al día siguiente —responde Vega—. Y al siguiente. Y al siguiente.

—Para asegurarte de que no bailara mientras servía café, claro —añado.

—Por supuesto —confirma Vega.

—Y por qué te gustaba cómo preparaba el café —afirmo guiñándole el ojo.

—Entre otras cosas —asegura arqueando una ceja.

Nuestras miradas se encuentran y, por un momento, el resto del mundo desaparece. ¿Cuánto de esto es actuación? ¿Por qué mi corazón late tan fuerte cuando me mira así?

—El amor joven —suspira Carmen—. ¿No es hermoso, Aurora?

Aurora fuerza una sonrisa que parece causarle dolor físico.

—Encantador —dice—. ¿Más vino?

El resto de la cena transcurre entre las preguntas curiosas de Carmen y los comentarios ácidos de Aurora. Es agotador, este baile constante entre verdad y mentira, entre lo que es real y lo que pretendemos que sea.

Cuando finalmente nos retiramos a la habitación, siento el peso del día en cada músculo.

—Tu tía es increíble —digo mientras nos preparamos para dormir.

—Carmen siempre ha sido la oveja negra de la familia —responde Vega—. Lo cual, en esta familia, es un cumplido.

Nos quedamos en silencio, conscientes de la única cama en la habitación. El espacio parece cargado de una tensión diferente a la que hemos manejado durante la cena.

—Lo siento por lo de BadBunny —digo finalmente—. No pude resistirme.

—¿Bromeas? —ríe—. La cara de mi madre valió la pena. Aunque ahora probablemente está reescribiendo su testamento.

—¿Crees que te desheredará antes o después de descubrir que también escuchas reguetón?

—Definitivamente, antes —responde—. El reguetón será solo la confirmación de que tomó la decisión correcta.

Su risa hace que algo se agite en mi pecho. Es peligrosamente fácil olvidar que esto es una farsa cuando ella ríe así. Me meto en la cama primero, mi corazón martilleando cuando ella se une segundos después. El espacio entre nosotras parece vibrar con algo no dicho.

—Buenas noches, Vega —susurro en la oscuridad.

—Buenas noches, Natalia —responde.

Me quedo mirando al techo, consciente de su presencia a centímetros de mí. De su perfume. De cómo mi cuerpo intenta evitar el contacto con el suyo. Porque no sé cuánto tiempo más puedo ocultar lo que me hace sentir Vega.

Capítulo 25

Natalia

No puedo dormir. El cuerpo de Vega a mi lado irradia calor como una hoguera y mis pensamientos son un torbellino que no puedo controlar. Su respiración suave y relajada me indica que está dormida, pero eso solo hace las cosas más difíciles. Porque en la oscuridad, con ella tan cerca, mi mente vaga por territorios peligrosos.

Cada vez que se mueve, cuando su pierna roza la mía, cuando su mano descansa casualmente sobre mi brazo, siento que voy a combustionar. No puedo seguir así. No cuando todo mi cuerpo grita por tocarla, cuando cada fibra de mi ser anhela acortar esa distancia que nos separa.

Necesito aire. Quiero espacio. Alejarme de la tentación que supone su cuerpo dormido junto al mío. Me levanto con cuidado, cogiendo mi móvil de la mesilla. Su luz me guía mientras salgo de la habitación, bajo por las escaleras en busca de la cocina.

El lugar es enorme, como todo en esta casa. Me sirvo un vaso de agua y me subo a la encimera, dejando que mis piernas cuelguen. ¿Cómo llegué aquí? Parece irreal que hace apenas unos días estuviera sirviendo café en la cafetería, y ahora esté en esta mansión, fingiendo ser la novia de alguien que hace que mi corazón se acelere con solo mirarme.

El beso en el coche... Me toco los labios inconscientemente y sonrío. Fue impulsivo, pero se sintió tan correcto. La forma en que me miró después, sus ojos brillando en la oscuridad.

Un ruido me sobresalta y me bajo de la encimera de un salto. Vega está en la puerta, puedo ver su silueta.

—¿Qué haces aquí? —pregunta en voz baja.

—No podía dormir —confieso.

Se acerca lentamente, y cada paso que da hace que mi pulso se acelere.

—Yo tampoco —dice, y hay algo en su voz que me hace temblar.

Está tan cerca ahora que puedo oler su perfume, esa mezcla de vainilla y algo más que es únicamente suyo. Se estira para alcanzar algo detrás de mí y, sin pensarlo, mis manos se aferran a su cintura.

Nos quedamos inmóviles, su cuerpo presionado contra el mío. Cuando se separa ligeramente, sus ojos encuentran los míos, y todo el autocontrol que he mantenido hasta ahora se desvanece.

—Vega —susurro agitada.

La beso como he querido hacerlo desde que la vi esta mañana, desde hace días, desde siempre. Su boca se abre bajo la mía y gime suavemente, sentirla hace que sienta un escalofrío por mi columna. Cuando nos separamos, ambas estamos jadeando.

Pero ella no me deja alejarme. Sus labios encuentran los míos de nuevo, más urgentes, esta vez, más hambrientos. Sus manos se deslizan bajo mi camiseta y mi piel arde bajo su tacto.

—Espera —susurro contra sus labios—. Aquí no, tu madre…

No termino la frase porque ella ya está tirando de mi mano, dirigiéndonos de vuelta a la habitación. En cuanto la puerta se cierra tras nosotras, sus labios están sobre los míos de nuevo, y esta vez es el deseo quien habla por nosotras.

Antes de que caigamos en la cama, me separo lo suficiente para mirarla.

—¿Estás segura? —pregunto, necesitando saber que esto no es solo deseo, que no es solo el calor del momento.

—Nunca he estado más segura de algo —responde, y hay tanta convicción en su voz que hace que mi cuerpo se estremezca—. Quiero esto. Te quiero a ti.

Sus palabras desatan algo dentro de mí. La beso de nuevo, mis manos recorren su cuerpo. Nos deshacemos de la ropa apresuradamente, tenemos hambre la una de la otra, nuestra respiración se escucha en la habitación, en una noche donde el único testigo de lo que está pasando es la luna.

Caemos en la cama. Vega está debajo de mi cuerpo y me separo un poco para mirarla. Puedo ver el deseo en sus ojos, su boca medio abierta, su pecho subir y bajar a un ritmo frenético.

—Eres preciosa —se me escapa en un susurro.

Vega pasa la mano por mi nuca y me atrae, nos devoramos, mientras mi mano baja hasta su sexo y se cuela entre sus bragas. Escucho un suspiro escapar de su boca y es el sonido más placentero que he escuchado en mucho tiempo.

Los gemidos inundan la habitación, no quiero para de escucharla, me separo un poco cuando creo que ya no va a poder más, y la miro. Puedo ver cómo tiene los ojos cerrados, su pecho sube y baja de forma rápida.

—Mete los dedos —súplica.

Es lo que hago, me hago a un lado, los meto y toco ese punto donde el placer aumenta. Su cuerpo se arquea y bombeo mientras toco su clítoris, es a los pocos segundos cuando su cuerpo comienza a temblar y un grito contenido sale de su boca. El sudor resbala por su frente y su mano atrapa la mía para que pare de acariciarla.

—Joder —susurra tapando sus ojos.

Solo puedo sonreír por ver a la mujer más increíble que he conocido, intentando contener todo lo que está sintiendo en este momento. La atraigo hasta a mí y dejo que se relaje entre mis brazos. No pienso en mi deseo o en que la entrepierna está a punto de explotar si no pongo solución, solo está ella, su cabeza en mi regazo y sintiéndome completamente feliz.

Su mano baja por mi costado y desliza mis bragas a un lado, al notar el contacto, un suspiro se escapa de mi boca.

—Yo nunca… —no continua la frase.

—Solo tienes que hacer lo que a ti te gustaría.

Vega me toca despacio, recorre mis pliegues con una suavidad que me desespera. Busco más el contacto, no sé si lo hace de forma consciente, pero me está matando. Con mi mano guio la suya hasta que mi cuerpo comienza a temblar como hizo el suyo hace unos minutos. Dejo que el orgasmo me arroye y, tras los últimos espasmos, saco mi mano y la suya para después abrazarla. Y estando así, pienso que quizás esto nunca fue una farsa. Tal vez sea lo más real que he sentido en mi vida.

Y por primera vez, no tengo miedo de admitirlo.

Capítulo 26

Vega

La claridad que entra por la ventana es la que me hace abrir los ojos. Lo primero que veo es la espalda desnuda de Natalia. Mi cuerpo aún vibra con los recuerdos de sus manos, sus labios, la forma en que pronunció mi nombre entre suspiros.

No puedo evitar estirar mi mano y acariciar suavemente su espalda. Tiene la piel tan suave como recordaba de hace unas horas. Se estremece bajo mi roce y se gira lentamente, sus ojos se encuentran con los míos con una mezcla de timidez.

—Buenos días —susurra.

—Buenos días —respondo, y mi voz suena ronca.

—Anoche... —empieza, mordiéndose el labio.

—Fue increíble —completo, acercándome para besar su hombro.

—¿No te arrepientes?

La pregunta me hace levantar la cabeza para mirarla.

—¿Tú te arrepientes?

—No —responde inmediatamente—. Pero esto complica las cosas, ¿no?

Antes de que pueda responder, unos golpes en la puerta nos sobresaltan. Y antes de que podamos reaccionar, Lucas abre la puerta.

—Vega, el desayuno está... ¡Oh, mierda!

Natalia y yo nos cubrimos rápidamente con las sábanas mientras Lucas se gira de espaldas.

—¡Lucas! —exclamo—. ¡No es lo que parece!

—Ahora entiendo por qué no bajabais —ríe—. El desayuno está listo, pero tomaos vuestro tiempo.

—¡Lárgate! —le grito, sintiendo cómo mi cara arde—. Ya bajamos. Y no creas que…

—Yo no creo nada —me interrumpe, alzando las manos en señal de rendición mientras sale—. No he visto nada.

Cuando la puerta se cierra, miro a Natalia, que tiene la cara tan roja como debe estar la mía.

—Tenemos que bajar, antes de que sea mi madre quien suba —le digo recogiendo la ropa que está tirada por la habitación.

—Perfecto —responde con una sonrisa sentándose en la cama.

El desayuno es más informal que la cena, pero mi madre mantiene su postura seria incluso al untar mantequilla en una tostada. Mi tía Carmen, como siempre, parece disfrutar provocándola con cada comentario.

—¿Dormisteis bien? —me pregunta Carmen con ese tono suyo que sugiere más de lo que dice.

—Perfectamente —respondo, sirviéndome más café.

Mi rodilla roza la de Natalia bajo la mesa. Bajo mi mano y la toco sobre su pierna, siento cómo Natalia se tensa y sonrío. Vuelvo a rozar su pierna con mis dedos, recordando cada caricia y beso de anoche. Su forma de tratarme, de hacerme sentir, no había disfrutado tanto del sexo como anoche. Sin darme cuenta, mi mano comienza a subir por el muslo de Natalia, las escenas de anoche se repiten en mi cabeza una y otra vez.

—Natalia, querida —la voz de mi madre interrumpe mis pensamientos—. ¿Has pensado en buscar un trabajo más estable? Ahora que ya no estás en la cafetería.

—Mi trabajo es la fotografía —responde Natalia con una calma que admiro—. Tengo varios proyectos en marcha.

—Mm —murmura mi madre con ese tono suyo que me hace querer gritar—. ¿Y esos proyectos pagan las facturas?

—Mamá —advierto, sintiendo la tensión crecer.

—Solo me preocupo por su futuro, hija. El tuyo también.

—Mi futuro está perfectamente bien —digo, y noto cómo mi voz adquiere un tono peligroso—. Y el de Natalia también.

—Por supuesto —sonríe mi madre, pero sus ojos permanecen mirando fijamente a Natalia—. Solo espero que sepas lo que haces.

Mi padre, que ha estado silenciosamente leyendo el periódico, levanta la vista.

—Aurora —dice suavemente—, creo que ya son mayorcitas para tomar sus propias decisiones.

—Luis, por favor —responde mi madre—. Solo intento...

—Controlar todo, como siempre —completa Carmen, ganándose una mirada asesina de mi madre.

—Tengo llamadas que hacer —anuncia mi madre, levantándose con la dignidad que no quiere perder.

La vemos salir, su espalda rígida como siempre que algo no va según sus planes.

—No cambiarás nunca, ¿eh, hermana? —murmura Carmen, más para sí misma que para nosotros.

Mi padre dobla el periódico con calma.

—¿Por qué no vais a dar un paseo? —sugiere—. El jardín está precioso en esta época. Lleva a Natalia a ver los alrededores.

Natalia toma mi mano y prácticamente me arrastra fuera. El aire fresco ayuda a despejar la tensión acumulada.

—Lo siento —digo después de un momento—. Mi madre no va...

—Oye —se detiene, para mirarme—. No tienes que disculparte por ella.

—Es que... —me paso una mano por el pelo—. Siempre hace lo mismo, juzga, intentan controlar. Como si nada fuera suficientemente bueno.

—Tu padre parece diferente —comenta suavemente acariciando mi rostro.

Sonrío sin poder evitarlo, atrapo su mano entre mi cara y mi hombro.

—Mi padre es el mejor. Viene de una familia como la de mi madre —comienzo a decir agarrando su mano con la mía—, pero él siempre ha sido diferente. Más libre, más auténtico. No sé cómo lo hace, vivir en este mundo sin dejar que lo cambie.

—Como tú —dice, y hay algo en su voz que me hace mirarla.

—¿Qué?

—Eres como él —sus ojos brillan con algo que no me atrevo a nombrar—. Puede que trabajes en ese mundo corporativo, pero hay algo en ti que no pertenece ahí. Algo más real.

Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo. Aprieto fuerte su mano y suspiro.

—A veces —confieso—, cuando estoy en la oficina, revisando informes que no me importan, tomando decisiones sobre cosas que no me interesan, pienso en dejarlo todo.

—¿Qué te detiene? —pregunta.

La miro, y de repente somos lo único que existe en este jardín, en este mundo.

—Últimamente tú.

El aire entre nosotras se vuelve denso, eléctrico. Natalia acaricia de nuevo mi rostro, y pasa su pulgar por mis labios, abro la boca ligeramente y mi acompañante lo introduce.

—Vega... —susurra, y mi nombre en sus labios suena como una súplica—. Tenemos que hablar.

—Lo sé —digo, intentando sonreír a pesar de las ganas que tengo de que me bese—. Hablar, pero porque no simplemente dejamos que esto que está pasando siga su curso, que no nos detengamos.

Natalia me guía hasta que mi espalda da contra un árbol.

—Yo también quiero que esto siga pasando, pero eres tú la que tienes que estar segura.

—De lo único que estoy segura ahora mismo es que necesito que me beses.

Ella se moja los labios y yo estoy muerta de deseo, por volver a sentir su lengua en mi boca, sus manos recorrer mi cuerpo. Soy yo la que exige ese beso, la que mete la lengua en su boca y la que no puede controlar sus manos y las termina metiendo por debajo de la camiseta de Natalia.

—¿Lo has hecho alguna vez al aire libre? —me pregunta retirándose.

—No —confieso y sigo con el beso.

—¡Vega! —se escucha el grito de mi hermano—. Necesito que leas unos contratos.

Dejamos de besarnos y Natalia pega su frente a la mía.

—Voy a terminar odiando a Lucas antes que a tu madre —afirma con frustración.

—No creo que eso pase —aseguro separándome de ella.

Acaricio su rostro y aprieto mis labios por tener que marcharme a saber qué es lo que quiere ahora la malvada de este cuento.

—Tengo que ir.

—Ve —dice Natalia—. Tu hermano te espera.

Asiento, pero me detengo un momento antes de irme. Hay tanto que quiero decir, tanto que necesito explicar, pero las palabras se quedan atascadas en mi garganta.

Mientras camino hacia la casa, pienso en cómo comenzó esto, en cómo al final mi madre me ha llevado a encontrarme con Natalia y que sucediera todo.

Capítulo 27

Natalia

Han pasado varios días y todo se siente como un sueño del que no quiero despertar. Las noches se han convertido en nuestro refugio, pero los días están llenos de momentos robados que me dejan sin aliento.

Ahora estoy en la cocina como hago cada mañana. Me despierto temprano y bajo para prepararme un café antes de desayunar. Siento que alguien entra, no necesito girarme, sé que es ella, baja cuando ve que no estoy en la cama.

—Buenos días —susurra pegada a mi espalda.

—Buenos días —respondo girándome para tenerla de frente.

Agarro su cintura y, tras mirar a la puerta y comprobar que no se acerca, nadie la beso. Vega pasa sus manos por debajo de mi camiseta y la sube por un costado hasta atrapar uno de mis pechos. Un suspiro escapa de mi boca y ella lo ahoga volviéndome a besar.

—Joder —jadeo.

—No sabía que podría ser adicta a tu boca —afirma para volver a devorarnos.

Es un ruido lo que nos hace separarnos y vemos que entra Carmen bostezando.

—Por mí podéis seguir con lo que estabais —dice sacando una taza.

Los dos sonreímos por lo que dice la tía. La realidad es que estando ella allí el peso con Aurora es menor. Carmen siempre tiene algo para pararle los pies, o un arte para poder cambiar de tema. También tengo que decir que tanto Luis como Lucas, están haciendo que mis días aquí no sean tanto horror.

Dejo a Vega con la tía en la cocina mientras yo voy al exterior con la taza de café. Tomo asiento en unos sofás que tienen y mi recuerdo vuela a estos días.

Nuestros encuentros, caricias cómplices. Como ayer, durante una película, todos estaban concentrados en la pantalla mientras su mano encontraba la mía bajo la manta que compartíamos. Sus dedos dibujaban sobre mi palma de la mano, enviando escalofríos por mi columna. La miré de reojo y vi esa pequeña sonrisa que reserva solo para mí.

El jardín se ha convertido en nuestro lugar favorito. Hay un rincón detrás de los rosales donde nadie puede vernos, donde puedo besarla sin miedo, donde sus manos pueden vagar libremente por mi cuerpo mientras ahogo los gemidos contra su boca.

—Te vas a meter en problemas —me advirtió ayer cuando la arrastré detrás de un árbol.

—Ya estoy en problemas —respondí antes de besarla.

Las caricias se han vuelto tan naturales como respirar. La forma en que su mano busca mi espalda cuando pasamos una junto a la otra, cómo sus dedos se enredan en mi pelo cuando cree que nadie nos mira, cómo busca cualquier excusa para tocarme.

Pero la duda crece en mi pecho cada mañana. ¿Qué pasará cuando volvamos a la ciudad? ¿Es esto solo la magia de estar lejos de nuestra realidad?

Anoche, después de hacer el amor, mientras acariciaba su espalda desnuda, casi le digo todo lo que siento. Pero el miedo me paralizó. Porque esto se siente demasiado perfecto y no quiero estropearlo.

Vega sale y se sienta a mi lado, entrelazando sus dedos con los míos como si fuera lo más natural del mundo. Como si siempre hubiera sido así.

—¿En qué piensas? —pregunta, apoyando su cabeza en mi hombro.

—En que esto se siente demasiado real —confieso.

Me mira con esos ojos que me desarman por completo, pero antes de que pueda decir algo, Carmen llega y Vega se separa sutilmente.

Ese pequeño gesto hace que mi estómago se retuerza. No entiendo por qué se aleja. Tengo que hablar con Oliver porque no sé qué significa todo esto y parece que el destino está dispuesto a que

la conversación con Vega sobre lo que está pasando no suceda nunca.

Más tarde, me escondo en nuestro rincón del jardín y llamo a Oliver.

—Hola, perdida —reclama haciéndose el enfadado.

—Ha pasado algo —susurro, aunque sé que estoy sola—. Estos días, nosotras... —dejo las palabras en el aire, pero sé que Oliver sabe a lo que me refiero.

—Vaya.

—Ya.

—¿Qué significa lo que está pasando? —pregunta calmado.

—No lo sé. No hemos hablado de ello. Bueno, solo después de la primera noche, que esto fluyera, pero no puedo seguir en esta incertidumbre, Oliver. Es como si viviéramos en una burbuja. Cada noche, cada momento a solas es perfecto. Pero en unos días volveremos y no sé qué va a pasar.

—Tienes miedo de que la burbuja estalle.

—Exacto. Esta mañana, mientras desayunábamos, me pasó la mermelada y nuestros dedos se rozaron. Y fue como... como si todo el mundo desapareciera. Pero entonces su madre carraspeó y ella retiró la mano como si quemara. Lo mismo pasa cuando nos ve su tía, hermano, padre… Huye, Oliver, y no tiene porque hacerlo, supuestamente somos pareja. En cambio, cuando estamos a solas es otra Vega.

—¿Qué quieres tú, Nat?

La pregunta me coge de sorpresa. ¿Qué quiero?

—La quiero a ella —admito finalmente—. No solo estos momentos robados. La quiero cuando está recién despierta y gruñona hasta que toma su café. La quiero cuando está concentrada trabajando y frunce el ceño. La quiero cuando ríe sin control por algo tonto que he dicho. La quiero en mi vida, en mi día a día. Quiero despertar con ella y que no sea una actuación.

—Entonces díselo.

—¿Y si ella no quiere lo mismo?

—¿Y si sí? Nat, creo que ella tiene el mismo miedo que tú. Una de las dos tiene que dar el paso. La realidad es que tienes que saber

la verdad, sea cual sea. Aunque duele un rechazo, al menos sabrás a lo que atenerte.

Sus palabras me dan el valor que necesito. Cuando termino la llamada, busco a Vega por toda la casa. La encuentro saliendo del despacho de su padre, su rostro serio transformándose en una sonrisa al verme.

—Necesito hablar contigo —digo, tomando su mano—. A solas.

La llevo al jardín, a ese rincón junto a los rosales donde hemos compartido tantos besos secretos.

—Vega, yo... —mi corazón late tan fuerte que apenas puedo oír mis propias palabras—. Estos días han sido increíbles, no puedo fingir que no significan nada. Para mí significa todo.

Sus ojos se suavizan, y veo algo en ellos que me da esperanza.

—Sé que empezamos esto como una farsa, pero ya no lo es. Al menos no para mí. Y necesito saber si...

—¡Vega! —la voz de Aurora corta el aire como un cuchillo—. ¡A mi despacho, ahora!

Vega me mira con disculpa, su mano apretando la mía una última vez.

—Lo siento, tengo que...

—Lo sé —intento sonreír—. Ve.

La veo alejarse y maldigo en voz baja. El momento perfecto, arruinado. Como todo en esta casa, controlado por Aurora.

Me dejo caer en un banco del jardín, recordando cada momento de estos días. La forma en que me mira cuando cree que no me doy cuenta. Cómo busca mi mano bajo la mesa durante las comidas. Los "te necesito" susurrados en la oscuridad.

Capítulo 28

Vega

Suspiro antes de ir tras mi madre, aunque ella va a un paso más rápido que el mío. No sé qué querrá ahora, tenía que haberle dicho, que ahora no podía, y tener esa conversación con Natalia que he ido posponiendo día tras día.

Entro a la habitación que utilizan como despacho y me siento como una niña de nuevo. Ella está sentada tras su escritorio, su rostro serio de siempre, ese que parece que nunca hago nada bien.

—Cierra la puerta —ordena.

Obedezco, preparándome mentalmente para lo que sea que viene.

—¿Realmente crees que esto es sensato? —pregunta sin preámbulos.

—¿El qué exactamente?

—No te hagas la tonta, Vega Velasco —usar mi nombre completo es su forma de demostrar que esto va en serio—. Esta relación con la camarera.

—Fotógrafa —corrijo automáticamente—. Y se llama Natalia.

—Como sea —hace un gesto despectivo con la mano—. ¿Has pensado en tu futuro? ¿En la empresa? ¿En lo que dirá la junta cuándo…?

—¿Cuándo qué, mamá? —la interrumpo—. ¿Cuándo descubran que salgo con alguien que trabaja para ganarse la vida? ¿Qué no viene de una familia apropiada?

—No seas melodramática —suspira—. Sabes perfectamente a qué me refiero. Las conexiones son importantes en nuestro mundo. Los matrimonios...

—¿Los matrimonios qué? —la corto de nuevo, y siento la ira bullir en mi interior—. ¿Cómo el tuyo con papá? Porque hasta donde yo sé, ese fue un matrimonio por amor que escandalizó a toda la familia.

Veo cómo se tensa, cómo sus dedos se cierran alrededor de su pluma de oro, porque Aurora no puede tener nada que no sea elegante, aunque sea para escribir una lista de la compra.

—Eso fue diferente.

—¿Por qué? ¿Por qué papá, aunque no seguía las reglas del juego, venía de una buena familia? ¿O por qué era un hombre y no una mujer?

El silencio que sigue es ensordecedor. Mi madre me mira como si nunca me hubiera visto antes.

—Vega…

—No, mamá —me levanto—. No quiero oírlo. No quiero oír cómo esto es diferente, cómo estoy cometiendo un error, o cómo estoy tirando mi vida por la borda.

—Solo quiero lo mejor para ti.

—No —sacudo la cabeza—. Quieres lo que tú crees que es mejor para mí. Hay una diferencia.

Me dirijo a la puerta, pero su voz me detiene.

—¿La amas?

La pregunta me golpea como un puñetazo al estómago. Me giro lentamente.

—¿Qué?

—¿La amas? —repite, y por primera vez veo algo de vulnerabilidad en sus ojos—. Porque si esto es solo una fase, una forma de rebelarte...

—No lo es —respondo, y la certeza en mi voz me sorprende incluso a mí.

No es amor, no todavía. Pero es algo. Algo real, algo que crece cada día, cada vez que la miro y veo más allá de esta farsa que hemos construido y lo con lo que ha pasado estos días lo he confirmado.

Mi madre me observa por un largo momento antes de asentir levemente.

—Tu padre era igual —dice finalmente—. Cuando algo le importaba, no había forma de hacerle cambiar de opinión.

—Lo sé.

—Él me salvó, ¿sabes? —su voz es tan suave que apenas la oigo —. De convertirme en lo que mi madre quería que fuera.

La miro, sorprendida por esta repentina confesión.

—A veces me pregunto si lo he decepcionado —continúa—. Me he convertido exactamente en lo que él me ayudó a evitar. Mírame a hora, intentando que mi hija no haga su vida.

—Mamá…

—Ve —me interrumpe, recomponiéndose visiblemente—. Natalia debe estar esperándote.

Salgo de la oficina con el corazón pesado. Mi padre está en el pasillo, apoyado contra la pared, como si hubiera estado esperando.

—¿Todo bien? —pregunta suavemente.

—No lo sé —respondo honestamente.

—Tu madre —suspira—. Ella solo intenta protegerte. A su manera.

—Lo sé.

—¿Vale la pena? —pregunta, y sé exactamente a qué se refiere.

Pienso en Natalia, en su risa, en cómo sus ojos brillan cuando habla de fotografía, en cómo me hace sentir más yo misma que nadie.

—Sí —respondo—. Vale la pena —admito, aunque el miedo sigue ahí.

Sonríe, esa sonrisa suya que siempre me ha hecho sentir que todo estará bien.

—Entonces lucha por ello —dice simplemente—. Y no dejes que nadie, ni siquiera tu madre, te diga lo contrario.

Lo abrazo, agradecida por su apoyo silencioso, por cómo casi sin palabras siempre ha sido mi apoyo en todo, y de algo estoy segura, es que ese cambio de mi madre él tiene algo que ver.

Cuando me separo, veo a Natalia en el jardín a través de la ventana. Está tomando fotos de los rosales, completamente absorta en su trabajo. En ese momento, mirándola, entiendo perfectamente por qué mi padre eligió el amor por encima de las expectativas familiares. Porque hay cosas que valen más que todas las fortunas del mundo y ella podría ser una de ellas.

—Se te cae la baba, hermanita —la voz burlona de Lucas me sobresalta.

—No digas tonterías —respondo, aunque no puedo apartar la mirada de ella.

—¿Tonterías? —ríe—. Llevas diez minutos embobada mirándola. Y esta mañana... bueno, digamos que las paredes no son tan gruesas como crees.

Me giro bruscamente, sintiendo cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas.

—Lucas...

—¿Qué? —levanta las manos en señal de paz—. No te estoy juzgando. De hecho, nunca te había visto así.

—¿Así cómo?

—Feliz —dice simplemente—. Mírate como estás, Vega. Ella te mueve todo por dentro.

—Es complicado.

—¿Lo es? —pregunta, colocándose a mi lado—. Porque desde donde yo estoy, parece bastante simple. Estás enamorada de ella.

—No es tan...

—Vega —me interrumpe—. Te conozco, estás a gusto con ella, sonríes, se esconden incluse perdiéndose entre los árboles.

—Empezó como una farsa —admito en voz baja.

—Pero ya no lo es, ¿verdad?

Miro de nuevo hacia el jardín, donde Natalia sigue absorta en su trabajo. La forma en que se mueve, cómo inclina la cabeza cuando encuentra el ángulo perfecto, cómo sonríe satisfecha cuando captura lo que busca...

—No —respondo finalmente—. Ya no lo es.

—¿Y qué te asusta más? —pregunta Lucas—. ¿Qué mamá no lo acepte? o ¿Qué tus sentimientos sean reales?

La pregunta me coge por sorpresa. Mi hermano siempre ha tenido ese don para ver a través de mis defensas.

—Ambas cosas —confieso—. Pero, sobre todo, tengo miedo de que ella no sienta lo mismo. De que para ella siga siendo solo un contrato.

Lucas suelta una carcajada tan fuerte que Natalia levanta la vista. Cuando nos ve, sonríe y saluda con la mano. Mi corazón da un vuelco.

—¿En serio? —dice Lucas cuando se recupera—. ¿Has visto cómo te mira? Porque yo sí, y te aseguro que nadie mira así a alguien por un contrato.

—¿Cómo me mira? —pregunto, y odio lo vulnerable que suena mi voz.

—Como si fueras todo lo que siempre ha querido y nunca se atrevió a pedir —responde—. Como si cada vez que entras en una habitación, el resto del mundo desapareciera. Los besos que se dan, lo que se escucha en esa habitación. Joder, Vega, eso no se hace por un contrato.

Salgo al jardín y me acerco silenciosamente. Está tan concentrada en su trabajo que no me oye llegar, o al menos eso parece.

—La luz es perfecta aquí —dice sin girarse, como si hubiera sentido mi presencia—. Los rosales de tu madre son impresionantes.

—Tú eres impresionante —las palabras salen antes de que pueda detenerlas.

Se gira y me mira, hay algo en sus ojos que hace que mi corazón se acelere. Escucho la risa de Lucas desde la ventana y le hago un gesto obsceno sin que Natalia lo vea.

—¿Todo bien con tu madre? —pregunta, bajando la cámara.

—Sorprendentemente, sí —respondo, acercándome más—. Hemos tenido una conversación interesante.

—¿Interesante bueno o interesante malo?

—Diferente —digo, pensando en la vulnerabilidad que vi en mi madre—. Creo que por primera vez hemos tenido una conversación real.

Natalia asiente y vuelve a levantar su cámara, enfocándome.

—No —protesto, intentando cubrirme—. Odio las fotos.

—Quieta —ordena—. La luz es perfecta y tú... —se detiene, mordiéndose el labio—. Tú estás perfecta.

—¡Qué monas! —grita Lucas desde la ventana—. ¡Ahora un beso!

—¡Lucas! —grito, pero no puedo evitar reír.

—¡Vale, vale, me voy! —responde—. Pero recuerden que la hora del almuerzo es sagrada para mamá. No se entretengan demasiado por el jardín.

Cuando finalmente se va, miro a Natalia, que está intentando contener la risa.

—Lo siento —digo—. Mi hermano puede ser...

—¿Un idiota adorable? —completa.

—Algo así.

El clic de la cámara rompe el silencio, pero yo apenas lo noto. Estoy demasiado ocupada mirándola, admirando cómo sus ojos brillan cuando está tras el objetivo.

—¿Qué ves cuando miras a través de la cámara? —pregunto.

Baja la cámara y me mira directamente.

—La verdad —responde—. La cámara no miente. Muestra lo que realmente está ahí, si sabes dónde mirar.

—¿Y qué ves cuando me miras a mí? —mi voz sale apenas en un susurro.

Se acerca, tanto que puedo sentir su calor.

—Veo a alguien que está empezando a ser quien realmente es —dice—. Alguien que está aprendiendo a ser libre.

Mi corazón late tan fuerte que temo que pueda oírlo. Sus palabras resuenan en mi interior, haciendo eco de la conversación con mi madre.

—Natalia —susurro—. Esto ya no es una actuación, ¿verdad?

—No —responde, y hay tanta honestidad en su voz que casi duele—. Creo que dejó de serlo hace tiempo.

Levanto mi mano para acariciar su mejilla, y ella se inclina hacia mí como si fuera lo más natural del mundo. Y supongo que lo es, porque nada en mi vida se ha sentido tan real como esto.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunta.

—No lo sé —admito—. Pero por primera vez, no tengo miedo de averiguarlo. No tengo nada que ocultar, ni a mi madre, ni a nadie. Lo que siento por ti es verdadero. Quiero que esto ya no sea un contrato, Nat. Quiero que lo intentemos y dejar de tener miedo.

—Yo también necesito dejar de tener miedo. Quiero intentarlo.

Se inclina y me besa, es calmado, tan diferente de la pasión desenfrenada otras veces. Cuando nos separamos, apoya su frente contra la mía.

—Tu madre va a odiar esto —murmura.

—Probablemente —río suavemente—. Pero creo que empezará a aceptarlo. O, al menos, a intentarlo.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque hoy me ha recordado que ella también eligió el amor una vez —respondo—. Aunque le costó admitirlo, creo que entiende que yo estoy haciendo lo mismo.

Sus ojos se abren con sorpresa.

—¿Amor? —susurra.

Mi corazón se detiene por un momento. Es demasiado pronto para esa palabra, pero...

—Podría serlo —digo finalmente—. Si nos damos la oportunidad.

Su respuesta es otro beso, este más profundo, más seguro. Y mientras la beso, pienso que quizá mi madre tenía razón en una cosa: las conexiones son importantes. Solo que ella no entendía que las verdaderas conexiones no tienen nada que ver con el estatus social o las expectativas familiares.

—¡Tortolitas! —la voz de Lucas nos sobresalta de nuevo—. ¡Mamá dice que el almuerzo está servido! ¡Y que, si no vienen en cinco minutos, vendrá ella misma!

Nos separamos riendo, y Natalia apoya su cabeza en mi hombro.

—Tu hermano tiene un don para interrumpir momentos —asegura riendo.

—Es su superpoder —respondo, besando su frente—. Vamos, antes de que mi madre realmente venga a buscarnos.

Mientras caminamos hacia la casa, nuestras manos se entrelazan con naturalidad, pienso en cómo ha cambiado todo. Hace apenas unos meses, esto era solo un plan elaborado para mantener a mi madre a raya. Ahora, mirando a Natalia, cómo sus ojos brillan cuando me mira, sé que es mucho más.

Capítulo 29

Natalia

El almuerzo transcurre en una extraña mezcla de tensión y comodidad. Aurora mantiene su compostura perfecta, pero hay algo diferente en la forma en que nos mira a Vega y a mí. Ya no es la hostilidad abierta de antes, sino algo más parecido a una resignada aceptación.

—¿Has pensado en exponer tus fotografías en nuestros hoteles? —la pregunta de Luis, el padre de Vega me toma por sorpresa.

Casi me atraganto con el agua que estaba bebiendo. Vega, sentada a mi lado, coloca su mano sobre mi rodilla bajo la mesa, un gesto que pretende ser tranquilizador, pero que solo consigue acelerar mi pulso.

—Yo no había considerado esa posibilidad —respondo con sinceridad, aunque ese era parte del contrato con Vega, pero ese acuerdo ya no existe.

—Deberías —continúa Luis—. Tenemos espacios perfectos para exposiciones en varios de nuestros establecimientos. El hotel de Barcelona, por ejemplo, tiene una galería que...

—Luis —interrumpe Aurora—. ¿No crees que es un poco prematuro?

—¿Por qué? —interviene Carmen—. Las fotografías que he visto en su Instagram son extraordinarias.

Ahora sí que me atraganto.

—¿Has estado mirando mi Instagram? —pregunto cuando recupero el aliento.

—Por supuesto, querida —sonríe Carmen—. ¿Crees que solo Aurora hace su investigación?

Lucas suelta una carcajada que intenta disimular como tos cuando su madre lo mira severamente.

—La diferencia —continúa Carmen—, es que yo lo hago por interés, no para buscar fallos.

—Carmen... —advierte Aurora.

—¿Qué? Es la verdad. Y debo decir, Natalia, que tu serie sobre el amanecer en el puerto es particularmente impresionante.

—Gracias —respondo, sintiendo cómo mis mejillas se calientan—. Aunque esas fotos son de hace tiempo.

—Deberías volver a fotografiar el puerto —sugiere Vega, y hay algo en su voz que me hace mirarla—. Podríamos ir juntas.

El podríamos, resuena en mi pecho. No es una sugerencia, es una promesa de futuro.

—Me gustaría eso —respondo.

—Oh, por favor —murmura Aurora, pero no hay verdadera malicia en su tono—. ¿Podemos al menos terminar el almuerzo antes de que empiecen con los planes de luna de miel?

—¡Mamá! —exclama Vega, sonrojándose intensamente.

—Solo digo que hay un tiempo y lugar para todo —continúa Aurora, pero hay un brillo en sus ojos que no había visto antes—. Y hablando de tiempo, ¿cuándo planeas mudarte?

—¿Mudarme? —pregunto confundida.

—Por supuesto. No puedes seguir viviendo en ese apartamento compartido si vas a ser parte de esta familia.

El silencio que sigue es ensordecedor. Vega se tensa a mi lado, y puedo sentir cómo todos en la mesa contienen la respiración.

—Me gusta mi apartamento —respondo finalmente—. Mi compañero de piso es como mi hermano.

—Pero seguramente querrás algo más apropiado —insiste Aurora.

—Lo que quiero —digo, y me sorprende la firmeza de mi voz—, es construir mi vida con Vega a nuestro propio ritmo. Sin presiones, sin expectativas externas.

Vega aprieta mi mano bajo la mesa, y cuando la miro, veo tanto orgullo y afecto en sus ojos que casi me quedo sin aliento.

—Bien dicho —interviene Luis—. ¿Más vino?

La conversación deriva hacia temas más seguros, pero puedo sentir la mirada de Aurora sobre nosotras. No es hostil, como antes, sino más bien evaluadora. Como si estuviera reconsiderando algo.

Después del almuerzo, Vega y yo escapamos al jardín de nuevo. El sol de la tarde me hace desear tener mi cámara a mano.

—Lo siento por mi madre —dice Vega mientras nos sentamos en un banco bajo un árbol—. A veces no sabe cuándo parar.

—No te disculpes —respondo, recostándome contra ella—. De hecho, creo que está empezando a aceptarlo.

—Eso parece, pero tiene una forma bastante rara de hacerlo.

—Bueno, ha pasado de querer investigar mi pasado criminal a planear mi mudanza —rio—. Yo lo llamaría progreso.

Vega ríe también, y el sonido hace que mi corazón se hinche de afecto.

—¿Sabes? —dice después de un momento—. Cuando empezamos con esto, tenía tanto miedo de que nos descubrieran, de que todo saliera mal.

—¿Y ahora?

—Ahora tengo miedo de otras cosas —admite—. De que esto sea demasiado bueno para ser verdad. De que un día despiertes y te des cuenta de que podrías tener algo mejor que una ejecutiva con una familia complicada.

Me incorporo para mirarla directamente.

—Vega Velasco —digo seriamente—. ¿Realmente crees que después de anoche, después de esta mañana, después de todo lo que hemos compartido, podría querer algo más que esto? ¿Qué podría haber algo mejor que tú?

Sus ojos brillan con lágrimas contenidas.

—Es que a veces parece irreal —susurra—. Como si fuera demasiado perfecto.

—No es perfecto —respondo—. Tu madre todavía me intimida, tu hermano nos interrumpe en los peores momentos, y tú sigues siendo terriblemente terca a veces.

—¿Yo? ¿Terca?

—Terriblemente —confirmo con una sonrisa—. Pero eso es lo que lo hace real. Las imperfecciones, los momentos incómodos, las pequeñas batallas diarias. Todo eso es lo que hace que esto sea de verdad.

Se inclina para besarme y puedo sentir su sonrisa contra mis labios.

—¿Cómo te volviste tan sabia? —murmura cuando nos separamos.

—Años sirviendo café —bromeo—. Ves muchas historias detrás de una barra.

—¿Y nuestra historia? ¿Cómo la ves?

La miro, esta mujer increíble que entró en mi vida con un contrato y terminó robando mi corazón.

—La veo como el principio de algo extraordinario —respondo—. Algo real, algo nuestro.

—¡Chicas! —la voz de Lucas nos interrumpe de nuevo—. ¡Carmen quiere hacer un brindis antes de irse!

—Tu hermano tiene un don —murmuro.

—Te lo dije —ríe Vega, levantándose y ofreciéndome su mano—. ¿Vamos?

Tomo su mano y me levanto, pero antes de que podamos movernos, la atraigo hacia mí para un beso antes de entrar.

—¿Y eso por qué fue? —pregunta cuando nos separamos.

—Porque puedo —respondo—. Porque quiero. Porque esto es real.

Su sonrisa ilumina su rostro y mientras caminamos de vuelta a la casa, pienso en cómo un simple contrato puede llevar a algo tan profundo, tan verdadero.Porque esto ya no es una actuación, ya no es un acuerdo de negocios. Es amor, simple y complejo a la vez, con todas sus complicaciones y maravillas. Y no cambiaría ni un solo momento de cómo llegamos hasta aquí.

Epílogo

3 meses después

Vega

Me despierto, ya que anoche, cuando llegamos del Quantum, no cerramos las cortinas y la claridad del día entra sin piedad. Natalia duerme plácidamente a mi lado, como cada fin de semana desde hace dos meses. Es increíble cómo las cosas han cambiado, cómo esta rutina se ha vuelto tan natural.

Mi padre decidió exponer las fotos de Natalia en algunos de los hoteles, y dentro de unas semanas tendrá una exposición, por eso hoy iremos a visitar a sus padres.

Me giro para observarla mejor. Tiene el pelo revuelto sobre la almohada y una expresión tan serena que hace que mi corazón se hinche de amor. Como si sintiera mi mirada, sus ojos comienzan a abrirse lentamente.

—Buenos días —susurro, apartando un mechón de pelo de su cara.

—Mmm... —murmura, acurrucándose más cerca—. ¿Qué hora es?

—Temprano. Todavía tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué? —pregunta con una sonrisa adormilada.

—Para esto —respondo, inclinándome para besar suavemente sus labios.

Se estira como un gato perezoso y me abraza, enterrando su cara en mi cuello.

—¿Nerviosa por conocer a mis padres? —murmura contra mi piel.

—Un poco —admito, acariciando su espalda—. ¿Y si no les gusto?

Se incorpora sobre un codo para mirarme, sus ojos ahora están completamente abiertos.

—Eres imposible, ¿lo sabías? —dice, mirándome fijamente—. ¿Cómo no van a quererte?

—No soy tan encantadora como tú.

—No, eres mejor —se inclina para besarme—. Eres fuerte, inteligente, divertida cuando te relajas —cada palabra viene acompañada de un beso—. Y me haces más feliz de lo que nunca pensé que podría ser.

—¿Incluso cuando soy terca?

—Especialmente cuando eres terca —ríe—. Me encanta cuando frunces el ceño y...

La corto besándola, la agarro por la cintura y hago que ella quede encima de mí.

—Te amo —susurro contra sus labios—. ¿Sabías eso?

—Mmm, no sé —bromea—. Quizás deberías demostrármelo.

—¿Sí? —deslizo mi mano bajo su camiseta—. ¿Y cómo sugiere que haga eso, señorita García?

Sus ojos brillan con deseo y diversión.

—Se me ocurren algunas ideas —dice y se deshace de su camiseta.

Sus pechos quedan al descubierto y mis manos van a ellos, los aprieto, y Natalia arquea su espalda. Siento cómo mi entrepierna se moja al instante, ese es el efecto que causa en mí. Natalia apoya sus manos a los lados de mi cuerpo y me besa, después saca su lengua y lame mis labios. Se retira un poco y veo el deseo en sus ojos.

—Vamos a llegar tarde —susurro, aunque tengo unas ganas terribles de hacer el amor.

—Da tiempo, y ahora quiero que me hagas tuya.

Tiro de su cuello hasta que nuestras bocas se tocan, mis manos recorren su cuerpo y decido que prefiero tenerla de bajo, me giro y hago que ahora sea yo la que esté encima sentada a horcajadas. Mi respiración está agitada y la suya está igual, no dejo de mirarla y le quito las bragas, quedando así completamente desnuda. Yo me quito mi camiseta y vuelvo a besarla haciendo que nuestros cuerpos desnudos se toquen. Natalia aprieta mis nalgas y hace que su pubis tenga contacto con el mío.

—No tan rápido —susurro contra su boca.

Comienzo un camino de besos por su cuerpo, ella arquea su espalda exigiendo contacto. Me encanta verla desesperada, es cuando más vulnerable es. No sabía lo que me gustaba el control hasta que he estado con ella. Sigo mi recorrido entre suspiros de Natalia, sé que arde en deseo porque mi boca llegue a su zona más erógena, pero me encanta este tipo de tortura.

—Por favor —súplica.

Paso mi mano por sus pliegues y la miro a los ojos, ella los cierra de forma automática al sentir el contacto. Mis dedos dejan en medio su vulva y comienza a pasar los dedos, Natalia se agita y se mueve al mismo ritmo, su respiración es cada vez más fuerte y los movimientos de su cuerpo me exigen más contacto, es en ese momento cuando decido que ya es hora no alargar esto mucho más y paso mi lengua por su clítoris haciendo que un gemido se escape de su boca.

Continúo devorando su sexo, entre los jadeos que inunda la habitación, sujeto sus caderas para que mi boca pueda centrarse más en lamer, exactamente la zona que le gusta. A los pocos segundos, un grito ahogado sale de su boca y su cuerpo comienza a temblar. Me encanta escucharla, llegar al orgasmo, subo dejando un reguero de besos por su cuerpo hasta llegar a su boca. Natalia sonríe agotada al verme, sujeta mi cara y pasa su lengua por el labio inferior, baja su mano y desplaza las bragas para meter sus dedos. Un gemido sale de mí sin poder controlarlo.

—Me gusta tenerte así de cachonda —dice con una sonrisa.

—No me hagas sufrir —pido moviendo mi cuerpo para poder tener un mayor roce de sus dedos en mi sexo.

Natalia retira los dedos y yo siento una decepción y bufo desesperada. Cuando ve que voy a bajar mi mano para darme ese placer, ella me detiene y vuelve a meter su mano. Esta vez se incorpora y quedamos las dos de rodillas en la cama, mis piernas tiemblan al igual que todo mi cuerpo por el deseo que siento. Cuando siento sus dedos entrar, un suspiro de placer se escapa. Natalia continúa bombeando en mi interior hasta que apoyo mi cabeza en su hombro y ocultando mi rostro en su cuello, ahogo el gemido que me produce el orgasmo.

Las dos terminamos bocarriba en la cama jadeantes, y soy yo quien termina con la cabeza encima de su pecho después de recuperarme. Natalia acaricia mi espalda, está todo en silencio, solo nuestras respiraciones que comienzan a calmarse y pienso en cómo pasó todo y sonrío besando su torso.

—Me encantas —susurro.

—Tú también a mí —afirma abrazándome.

Nos preparamos para el día entre risas y besos. Hoy es un día importante: voy a conocer oficialmente a sus padres. Los nervios se apoderan de mí mientras conduzco hacia las afueras de Madrid, donde vive la familia de Natalia.

—Estás tensa —comenta Natalia, colocando su mano sobre la mía en la palanca de cambios.

—¿Se nota mucho?

—Vega, relájate. Mis padres no son como tu madre. Si yo conseguí que Aurora me aceptara, tú no tendrás que hacer prácticamente nada para caerles bien.

—Es diferente —protesto—. Tú eres encantadora. Yo soy...

—¿La mujer que amo? —completa con una sonrisa—. Eso es todo lo que les importará.

Su mano comienza a moverse sobre mi pierna.

—Ni se te ocurra —advierto, aunque no puedo evitar sonreír—. Estoy conduciendo.

—Podría ser divertido —susurra en mi oído.

—Natalia... —mi voz suena más como un gemido más que como una advertencia.

—¿Sí? —pregunta inocentemente.

—Si quieres continuar con esto, tendrá que ser en otro momento. Ahora vamos a conocer a tus padres.

Ríe y retira su mano, pero la mirada que me lanza promete que esto no ha terminado.

—Vale, pero me debes una.

—Eres insaciable.

—¿Te molesta eso? —pregunta y siento su mirada.

—No me molesta, es más, me encanta, espero que esto nunca se apague.

—Eso no va a pasar —asegura.

Llegamos a una casa modesta pero acogedora. El jardín está perfectamente cuidado, con flores por todas partes. Es exactamente como Natalia la describió.

—¿Lista? —pregunta, tomando mi mano.

Respiro hondo.

—Lista.

La puerta se abre antes de que lleguemos a ella, y una mujer que es claramente la madre de Natalia sale a recibirnos. Tiene la misma sonrisa de su hija.

—¡Por fin! —exclama, abrazando primero a Natalia y luego, para mi sorpresa, a mí—. Llevamos semanas esperando conocerte, Vega.

El abrazo es tan natural, tan maternal, que siento cómo parte de mi tensión se desvanece.

—El placer es mío, señora García.

—Por favor, llámame Isabel. Pasa, pasa. Miguel está terminando de preparar la paella. Es su especialidad.

Mientras seguimos a Isabel al interior, Natalia me aprieta la mano y me guiña un ojo. Y así, con ese simple gesto, sé que todo estará bien.

Porque esto es lo que somos ahora: una historia de amor que comenzó como una farsa y se convirtió en la cosa más real de mi vida. Una historia que empezó con un contrato y terminó con dos corazones latiendo al mismo ritmo.

Porque a veces, solo a veces, la vida tiene una forma maravillosa de darte exactamente lo que necesitas, incluso cuando no sabías que lo estabas buscando.